



La Isla de Hidrógeno — PSJM

empatía|ediciones

**La Isla de Hidrógeno**  
PSJM



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported (CC BY-NC-ND 3.0)

Usted es libre de:

copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
- Los derechos morales del autor;
- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

© PSJM 2010

© EMPATÍA EDICIONES 2010

Diseño e ilustraciones: PSJM

Impresión: Sello Gráfico

ISBN: 978-84-614-6801-0

Depósito Legal: GC-001-2011

Esta publicación forma parte del proyecto de monumento, vídeo,  
dibujo, escultura y novela 'La Isla de Hidrógeno' de PSJM,  
equipo artístico formado por Pablo San José y Cynthia Viera.

[www.psjm.es/index\\_isla.html](http://www.psjm.es/index_isla.html)



Se habían derretido ya los blancos paisajes del gélido y oscuro invierno, severo ese año en su crudeza. Al fin ahora, el azul y el verde reemplazaban al dominio cromático del agua helada. Por un carril hendido en la voluptuosa vegetación, venía Celia en su bicicleta, ladera abajo, abriéndose paso entre el canto matinal de las aves y las nubes de polen que, liberadas, jubilosas, bailaban caóticamente en el aire. Llegó Celia hasta el punto tangencial de una sinuosa curva, bastante elevada, y se paró allí. Le gustaba hacerlo siempre que acudía a las reuniones presenciales con su equipo productivo. Le gustaba quedarse allí y contemplar la armoniosa conjunción de arquitectura y naturaleza, tecnología y vida. Desde niña acudía Celia a aquel lugar para rendirse ante una imagen que se le antojaba sacada de un microscopio molecular. Sobre la gran explanada verde aterciopelada, aquí y allá, puntos blancos,

como blancos nodos, se conectaban entre sí con líneas transparentes de flujo humano. Como una red orgánica sin centro, nivelada, geoméricamente desordenada. Cúpulas semiesféricas interconectadas que albergaban centros de actividades y experiencias, alojamientos, restaurantes, fábricas y granjas, talleres y laboratorios: la Isla Espejo 4.

Contemplar los barracones circulares que formaban el complejo comunitario siempre había sido para Celia una fuente de energía. Aquellas formas, aquel paisaje, significaban para ella el delicioso símbolo de una sociedad que había alcanzado la utopía.

Celia More recorrió los pasillos del barracón Espejo Activo, observando distraídamente a su paso el interior de las salas que dejaban ver los muros acristalados. Estudios, talleres y laboratorios destinados a la investigación y desarrollo de las más variadas disciplinas, se iban intercalando con salas de lectura, visionado y simulación. Risas, silencio, música, risas, silencio, risas. Como un murmullo intermitente, como un suave cambio de dial, sin estridencias, amablemente, los sonidos se iban sucediendo, sincronizados todos con la imagen de una actividad colectiva. Grupos de personas concentrados en sus tareas, grupos de personas debatiendo, grupos de personas colaborando. Celia More se detuvo ante una puerta señalizada con grandes letras amarillas: YST. Irrumpió en la estancia en el momento en que Melissa Jack y Néstor Packard saludaban a Moss y se unió al intercambio de afectuosas bienvenidas.

—Ya estamos todos. ¿Conectamos? —sugirió Moss, al tiempo que desplegaba el dispositivo de comunicación.



Una gran pantalla proyectada en el vacío se fue dividiendo en otras de menor tamaño, creando un *video-wall* circular de colores primarios.

—Espera, Moss —interrumpió Melissa, mientras tomaba asiento y extraía una agenda de su cartera—. Vamos a repasar el tema antes de hablar con ellos, que siempre vas a mil por hora.

—Sí, por favor. Yo estoy un tanto perdido —diciendo esto, Néstor Packard se dejó caer sobre el borde de una mesa, guardando un inestable pero, al parecer, cómodo equilibrio.

Moss giró la cabeza hacia Celia levantando una ceja, en un gesto que sugería que debía ser ella quien aportara un pequeño resumen del proyecto.

—Vale. Como sabéis, hemos sido elegidos por el Comité Federal para desarrollar uno de los proyectos de experiencia conmemorativa que formarán parte de la Celebración Tricentenaria. Estamos aún en el estado embrionario del proyecto, con lo que antes de empezar a diseñar algo que nos guste a todos, debemos comenzar con las tareas de documentación e investigación. Así que en esta primera fase realmente seremos Moss y yo quienes tendremos más actividad, pero no está de más que todos estemos al tanto del proceso productivo.

Aunque su formación podía variar según las peculiaridades de cada proyecto, el núcleo principal del equipo productivo YoSoyTú estaba compuesto por la diseñadora de gestión Melissa Jack, el diseñador de producción Néstor Packard, la diseñadora de experiencias Celia More y Moss, investigador y puente de información. YST centraba su actividad en la creación de experiencias y simulacros sígnicos. Sus productos habían tenido gran aceptación entre los usuarios, extendiéndose su reconocimiento

por todo el Archipiélago Global. Sin duda, este hecho contribuyó en gran medida a que el Comité Federal hubiera aprobado en votación su propuesta de abordar esta significativa tarea. Se trataba de crear ‘algo’ que simbolizara el gran cambio a la Era Empática.

—¿Por qué nos reunimos ya con Flux&Flow? ¿No es un poco pronto? —preguntó Néstor.

—Bueno —intervino Moss—. Desde un comienzo, Celia y yo vimos claro que si debíamos simbolizar la Gran Transformación, habría que trabajar el tema de la energía, y ya sabéis que Flux&Flow son unos máquinas, no sólo con los nuevos dispositivos energéticos, sino que además muestran un gran interés en la investigación y conservación de los viejos generadores. Y como esto va de creación histórica...

—Todo claro. ¿Vamos a ello? —ahora parecía Melissa Jack la impaciente por comenzar. Todos asintieron ante su sugerencia y dirigieron su atención al *video-wall*.

Paulatinamente, los cuadrados de vivos colores que ocupaban las pantallas fueron suplantados por diferentes interfaces de Flux&Flow. Las caras sonrientes de Barbara Akum, Ernesto Winkler y Rosalind Goodman rondaban los 30 años. Eran tres bellas caras, algo nada extraño por otra parte, ya que a este lado de la comunicación todos gozaban también de una simetría corporal acorde con los cánones armónicos. De alguna forma todos estaban ‘nivelados’ física e intelectualmente.

—Uhm! Me gusta Barbara — susurró Melissa con disimulo.

Celia la enfocó de reojo. Melissa Jack siempre pensaba en lo mismo. No era un hecho que llegara a molestarla, pero los romances de Jacky con colaboradores de otros equipos casi siempre acababan en rocambolescas

historias. Como en aquella ocasión en que puso todo su empeño en sacar adelante el *Proyecto Beso*. Un producto a todas luces innecesario en un mundo donde no existe el odio y todos los ciudadanos se aman, en una sociedad donde no haces nada que perjudique al otro y donde el otro no hace nada que no reporte en beneficio de todos. El *Proyecto Beso* era, sin lugar a dudas, una experiencia superflua. Pero la perseverancia y el irresistiblemente cariñoso encanto de Jacky, la colocaron en posición de conseguir los suficientes votos comunitarios como para dar luz verde a semejante majadería. Melissa Jack se había fijado en una diseñadora de actuaciones de la Isla Nouveau 3 y no paró hasta robar un beso de Chantal, que así se llamaba ella, Chantal Fourrier, con la que duró apenas seis semanas. Las peripecias de Jacky tampoco hacían mal a nadie, pero Celia More sentía que aun así, de algún modo, constituían pequeñas manipulaciones. Y manipulación era un concepto tabú en todo el Archipiélago Global, en esta sociedad internacional de pequeñas islas colaborativas. Cuando nadie quiere tener más poder que el otro no es necesaria la manipulación. Tan sólo se mantenía, como un rastro inveterado de pulsiones olvidadas, la manipulación *soft* que la seducción conlleva, la rendición consciente ante los encantos de otro ser humano, o frente a una palabra o una imagen. La humanidad no se había deshecho de la belleza. Si se practicaba lo bueno, irremediabilmente se admiraba lo bello. Se acordó entonces de Scott, su compañero, su amigo, su amor entero. ¿Dónde estarás Scott, allá en los cielos? No quiso entristecerse y bajó a tierra.

La reunión virtual estaba ya entrando en detalles. Moss había presentado a todos las exigencias del proyecto y por su parte Ernesto Winkler, que parecía llevar

la voz cantante al otro lado, propuso una idea del gusto de todos: visitar la Isla Primera, la Isla de Hidrógeno, de donde todo surgió. Un lugar ideal para investigar e inspirarse. Celia ya había estado allí y su sola mención la llenaba de gratos recuerdos. Como un acto reflejo, siguió el juego de Jacky y miró a Ernesto con ojos interesados. Había oído hablar de Ernesto Winkler y su arrolladora personalidad y, en cierto modo, allí mismo pudo sentir su magnético encanto. Miró a su alrededor y topó con la cautivada sonrisa de todos sus compañeros.

Quiso romper el hechizo y atravesó una frase materialista.

—Bien, entonces habrá que preparar los detalles de viaje, alojamiento y actividades.

—Ya mismo, si queréis —Winkler hizo una pequeña pausa y continuó sin degradar ni un mínimo su nivel de simpatía—. Por cierto, Celia, estamos deseosos de ver tus dibujos preparatorios, dicen que son una auténtica delicia.

—¡Oh! Vaya... Gracias —titubeó Celia ruborizada—. Pero aún es pronto para usar el lápiz, hay que seguir el proceso.

Sin pretenderlo, Celia More escondió su maestría en el manejo de las líneas bajo otro de sus rasgos sobresalientes; la Celia metódica y organizada.

—¡Mrs. Planning! —corearon Néstor y Jacky entre risas.

Melissa Jack, de YoSoyTú, y Rosalind Goodman, de Flux&Flow, hicieron un aparte para comenzar las gestiones y poder viajar cuanto antes a la Isla de Hidrógeno, a 4 grados bajo el Trópico de Cáncer. Los demás convinieron establecer contacto en cuanto hubiera novedades, se despidieron cordialmente y cortaron la conexión.

La base operativa de Flux & Flow se encontraba en la Isla WeWe, al sur del continente y a 3.000 kilómetros de distancia de Isla Espejo 4, sede de YST, que estaba enclavada en las praderas del norte continental. Rosalind Goodman cortó la comunicación con Melissa Jack, recogió sus cosas y salió a la carrera. Ernesto y Barbara se quedaron solos en la sala de reuniones y comités.

—No me gustó que dijeras eso —dijo Barbara Akum con la mirada fija en sus notas.

—¿A qué te refieres? —respondió Winkler con suficiencia.

—Me refiero a que no le dijeras la verdad a Moss cuando te preguntó por Xing —Barbara le clavó una aguda mirada inquisitiva.

Al comenzar la reunión con YoSoyTú, la conversación pasó por lo que aparentemente no eran más que palabras de cortesía. Moss sabía que Xing Owen, conocido de su Isla originaria, la Comunidad de los 1.000 Integrados, colaboraba casi a tiempo completo con Flux&Flow y preguntó por él. Ernesto Winkler, anticipándose a cualquier miembro de su equipo, quitó importancia al asunto con: «Se encuentra mal. Se nos unirá más adelante». Y de una forma muy natural pasó a otro tema.

—Tampoco hay por qué publicarlo. No creo que nos ayude en nada —argumentó Winkler ahora.

—Todo debe ser publicado, Ernesto. Esto no está bien.

Celia More y Moss se despidieron bajo la bóveda del corredor.

—Nos vemos en el Yoko —se dijeron mutuamente.

En contra de lo que pudiera parecer, el Yoko no era un lugar, sino un dispositivo, un terminal conectado a la red global. Los caprichos del habla quisieron que la red acabara tomando el nombre del objeto tecnológico que daba forma a su presencia material. Conectado a la red global y del tamaño de un botón, el Yoko no era sino un tele-comunicador que, obteniendo provecho de inspirados avances en tecnología molecular, lograba proyectar en el vacío, ante el usuario, una imagen-pantalla sensible al tacto. Todo el mundo llevaba un Yoko. Constituía una prolongación de las facultades humanas absolutamente imprescindible para la vida en sociedad. El dispositivo y la red Yoko pasaron a ostentar la naturaleza de un producto de primera necesidad. Tanto es así que en la

Comunidad de los 1.000 Integrados, una Isla índica con réplicas desperdigadas por todo el planeta, decidieron todos ellos implantarse un nano-chip Yoko, directamente en el cerebro. Así, conectados de continuo a la red, los componentes de la comunidad integrada llegaban a vivir dos vidas simultáneas, ambas de igual intensidad.

Los integrados, pese a guardar fama de ser un pueblo místico, no se diferenciaban en gran medida del resto de los comunitarios. Su facilidad y pericia para bucear en los abismos del Yoko favorecía el que un gran número de sus miembros se ocupara de labores concernientes a la selección de información o a la investigación. Otros, sin embargo, dedicaban su tiempo y vocación al diseño de experiencias, a la gestión, al control de dispositivos o a cualquier otra actividad productiva. Su rigor y la curiosidad inherente a la mayoría de ellos era algo que Celia admiraba. No obstante, el aura de misticismo que les envolvía no acababa de cuadrar del todo con el carácter racionalista de More, muy apegado a lo tangible y los hechos materiales. Como quiera que fuese, Celia More siempre congeniaba a las mil maravillas con estos humanos conectados de por vida al Yoko. Más aún por el hecho de que, en general, los integrados solían ser un tanto singulares en su modo de vestir y sus maneras, algo que a More le divertía enormemente. Los consideraba seres entrañables, por eso, cuando conoció a Moss en aquellas votaciones del Comité de Presupuestos para el Simulacro, tardó muy poco en advertir que había encontrado un inmejorable compañero de investigación. De eso ya hacía mucho tiempo y, a partir de entonces, se tornó insustituible la implacable efectividad que tenía Moss cuando exploraba los densos lugares de la información semi-transparente, en las profundidades del

Yoko. Celia se había acostumbrado a Moss, a su acento extraño y a sus gustos extravagantes. Pensó en él y sus labios dibujaron una sonrisa.

Había acordado con Moss que él peinaría el Yoko y ella repasaría el conocimiento histórico, sirviéndose primero de un robot educativo Wise y trabajando más tarde sobre los textos puenteados por Moss.

En la era en que vivían Moss y Celia More, la educación y formación de los comunitarios no quedaba exclusivamente circunscrita al periodo inicial de la existencia, infancia y juventud, sino que se extendía a lo largo de toda la línea de la vida, permitiendo a los individuos desarrollar diferentes vocaciones. Ampliar, actualizar y adaptar sus facultades intelectuales y prácticas cuando nuevos intereses se manifestaran. No se trataba ya de enseñar la información, se trataba de enseñar a aprender. Se instruía en las artes de la selección de información, asociación y razonamiento. Se cualificaba el criterio de selección. Se enseñaba a elegir. Se formaba desde niños a estas gentes en la lógica de la decisión. Se preparaba al individuo para votar, todos los días, a todas horas. Y con sus votos gozar de una influencia inmediata sobre todo tipo de decisiones comunitarias. Una democracia directa de flujo permanente, llevada a cabo en una red planetaria de pequeñas comunidades en colaboración.

Bien común. En esta sociedad plural sólo un dogma permanecía incuestionable: Yo Soy Tú, el lema de la Filosofía Moral del Espejo. Corriente hegemónica de pensamiento y comportamiento basada en la capacidad de la sociedad educativa para lograr que cada cual se ponga en el lugar del otro siempre. Siguiendo un comportamiento enteramente empático, los conflictos se disipan. El bien común manda.



El proceso de acumulación de conocimiento constituía de por sí una actividad placentera, llegando a confundirse con el entretenimiento. En consecuencia, también era habitual que cuando un equipo productivo se preparaba para ampliar su saber sobre algún tema en concreto, acompañase al investigador un grupo de niños. Y eran muy solicitadas estas sesiones, pues la inocencia infantil aportaba visiones de una contundencia lógica aplastante. Hacían pensar al adulto.

Celia More se encontró con los niños frente al Centro de Conocimiento y Juegos de Isla Espejo 4. Ya en el interior del edificio, juntos recorrieron el camino hasta una puerta acristalada que daba paso a una habitación completamente blanca; sin muebles, sin ventanas, nueve metros cúbicos de blanco.

—Queremos un Wise —solicitó Celia, dirigiéndose a la nada.

Los luminosos muros de la sala no llegaban a tocar el piso, dejando a la sombra un hueco de poco más de un palmo entre suelo y pared. De allí salió campante un aerodinámico melón achatado, fabricado en un liso y resplandeciente material biometálico. Una superficie elíptica de negras, tersas y lustrosas placas solares cubría su parte superior y venía a terminar en el ecuador de su orgánica forma, dibujando sutilmente una sonrisa en su celeste cuerpo metálico. Nada más a la vista constituía la apariencia de este ser con alma digital, si exceptuamos un pequeño hueco semicircular en su base, albergue de una bola magnética que parecía permitir su movimiento. Llegó ante Celia y los niños y, dejando que la pequeña bola permaneciera en tierra, comenzó

a ascender en el aire de forma escalonada, remarcando con esta sucesión de paradas las distintas alturas de los allí presentes. Levitó luego un rato ante los ojos de Celia y una voz de niño dijo:

—¡Hola! Soy Wise 323.

La voz reverberó en el immaculado espacio.

—Hola, 323. Yo soy Celia More y ellos son...

—Yo soy África y este es mi hermano Xavi. ¡Hola, Wise! —exclamaron a dúo.

—Yo soy Zen, Zen Peterson —dijo el más pequeño de los tres.

—Hola a los cuatro. Es hora del saber. ¿De qué vamos a hablar?

Seguido en tierra por su bola magnética, Wise 323 voló dibujando una pequeña parábola en el vacío, para alejarse un poco y tomar unas coordenadas que le permitieran quedar a la vista de todo el grupo. Por supuesto, los conocimientos de Wise estaban disponibles en el Yoko, toda información era informatizada y hecha pública. Sin embargo, servirse de un Wise presencial tenía sus ventajas, especialmente cuando un trabajo de investigación se combinaba con la educación infantil. Su comportamiento y apariencia gustaba mucho a los niños. Esta especie de animal, de constitución minimalista y ademanes simpáticos, cambiaba además la edad de su voz, siendo niño, adulto o anciano según la antigüedad de la información tratada. Con un Wise podías comentar los datos y entablar una conversación lógica. Era algo así como un robot filósofo capaz de modificar molecularmente las propiedades del entorno, con el único fin de obtener las mejores condiciones ambientales de confort y belleza, creando siempre un marco ideal para las actividades del conocimiento.

—Nos interesa una sesión comentada de historia y sociedades comparadas. Un repaso básico de nuestra sociedad en relación a la Era PreEmpática. Qué ha perdurado y qué ya no está.

—Estupendo. Jugaremos a «Palabras que no existen». Conozco el lugar perfecto para este juego.

El grupo salió del edificio con Wise 323 a la cabeza y pasearon unos minutos por la campiña hasta encontrar el lugar adecuado. Entre risas y juegos, alcanzaron una explanada delimitada al oriente por una laguna. Más arriba, otro grupo de jóvenes bañistas disfrutaban del lugar. Tan sólo se vislumbraba desde allí el trasiego incesante de los trajes de baño que, convertidos en rutilantes puntos de color, saltaban, jugueteando en el aire con esos reflejos estrellados que arranca el sol al agua, cuando comienza la tarde.

Winkler sostenía en las manos una pequeña placa solar de no más de dos palmos de largo, una de esas antigüedades de consumo energético especialidad de Flux&Flow. A esas horas el laboratorio del equipo productivo de Isla WeWe no tenía más ocupante que su diseñador de energía histórica; Ernesto Winkler, que, abstraído, observaba con veneración aquel extraño objeto del pasado. El sonido de su Yoko lo trasladó de inmediato al presente. Era Barbara, otra vez.

—Dime, Barbara.

—Ernesto, por fin tengo noticias de Xing. El muy...  
—Barbara Akum negó con la cabeza y continuó—. Nos tiene dos días preocupados, sin saber nada de él, como desaparecido del mapa y ahora se descuelga con una carta de esas suyas, medio místicas.

—¿Qué dice?

—Que está en proceso de recogimiento corporal. ¿Habías oído hablar de algo así? Yo creo que es una ceremonia funcional o algo por el estilo, no lo tengo claro. Con estos integrados nunca se sabe.

—Vaya... Por lo que yo sé, creo que debemos despedirnos de Xing Owen durante unas dos semanas —contestó Winkler—. Necesitaríamos otro puente de información. ¡Caray, Owen, podrías haber avisado!

—Vale, llamaré a Rosalind y buscaremos a alguien para el proyecto.

—Genial. Yo sigo aquí con lo mío —Ernesto Winkler sonrió—. Dile a Xing de mi parte que es un caso.

Al cortar la comunicación, Ernesto se quedó como ido, mirando la pequeña pieza que había estado manipulando. Se giró sobre el taburete y abrió el Yoko. Seleccionó «Winkler», su disco privado, y abrió un documento llamado «XO». Era la carta en la que Owen disculpaba su ausencia. En puro contraste con la frialdad de su mirada, Winkler esbozó una sonrisa y borró el documento. Se levantó y salió al pasillo.

Un ascensor le llevó dos plantas más abajo. Al abrirse las puertas apareció ante él una gran nave de perspectiva muy marcada; interminables avenidas de contenedores transparentes que protegían, suspendidos en su interior, objetos de épocas pretéritas dramáticamente iluminados.

Ernesto Winkler dio un paso adelante y se internó en las calles del Archivo de Arqueología Industrial de Isla WeWe, el más completo de todo el continente. Flux&Flow tenía el honor de ser uno de los equipos votados para gestionar su funcionamiento, ocupándose de la sección de energía. De siempre le habían gustado a Winkler los asuntos relacionados con las ciencias del pasado y,

aunque comenzó su formación en el campo de la bio-informática diseñando nano-dispositivos, fue la lectura de *Past is Future*, del colectivo NewNow, lo que despertó su interés hacia este apasionante viaje en el tiempo que era la arqueología industrial. Conseguir objetos valiosos, almacenarlos, coleccionarlos, poseerlos. Winkler sentía una sensación de puro gozo paseando por allí. Rodeado de aquella monumental arquitectura puesta al servicio de la acumulación, a Winkler le abordaba un sentimiento de... ¿Poder?

Constatando la ausencia de público, Ernesto Winkler lanzó un par de miradas disimuladas tras de sí, antes de abrir una puerta al final del segundo corredor y acceder a un cuarto lleno de trastos. Allí dentro, encendió la luz y apartó algunas cajas que le impedían el paso. Al fondo, tras retirar una lámina bioplástica de la pared, descubrió una pequeña trampilla. Un ojo de pez de perímetro tan reducido que a duras penas dejaría pasar por allí un cuerpo humano. Ernesto introdujo primero los pies y luego el cuerpo. Y se fue girando hasta quedar tan sólo su cabeza rodeada por la moldura circular, a la que se había agarrado con ambas manos. Pensó en la ridícula estampa que esta postura forzaba y, con un resignado suspiro, se dejó caer.

**W**ise 323 se situó frente al pequeño lago. Cuando quiso detenerse, a menos de seis pasos de la orilla, los demás formaron un espontáneo semicírculo tras él y se sentaron en la hierba fresca. Alcanzando el borde del agua en su frente y cobijando a todos ellos a su espalda, 323 creó una apeginada burbuja de tenue luz interior. Subió la temperatura un grado y una tierna brisa acarició a Celia y

los niños. La burbuja enmarcaba ante ellos una vista que poseía la sublime exquisitez de lo mínimo. Desde allí, el horizonte partía la visión en dos, creando una imagen minimalista de perímetro curvo. Un tondo diametralmente dividido por dos campos azules, conformados por el cielo y el lago. Un tímido oleaje daba movimiento a la base de esta pintura natural que, con un manso azul verdoso, se hacía eco de los tonos forestales. Otra mancha continua de celeste pálido tenía como mitad superior; sobre ella se arrastraban, perezosas, las nubes de primavera. De pronto, arreció sobre el lago una lluvia de pelotas de colores; grandes bolas que vinieron a chocar todas contra la superficie acuática, levantando un festival de gotas expansivas y pequeños estruendos. Aquellas bolas que cayeron en primer plano llegaron a salpicar a Xavi y Zen, obligándoles a recular con alborozo sobre el esponjoso césped.

—¡Palabras que no existen! —cantó la joven voz de 323.

El breve chaparrón de colores había dejado un paisaje de radiantes boyas esféricas flotando en el lago. Estaban allí, esperando.

—¡Vamos, África! —animó Celia a la niña, haciendo un gesto con el brazo.

África se levantó y se acercó a la orilla. Desde allí, con cuidado de no caerse al agua, señaló una pelota naranja. En ese mismo instante, las bolas se transformaron en una flota de palabras que surcaban el lago.

—COMPETICIÓN—GUERRA—POLUCIÓN—  
HÉROES—DOMINACIÓN—TRABAJO—CLASES—  
EXPLOTACIÓN—ARTE—RELIGIÓN—PODER—  
ESTADO—POLICÍA—MANIPULACIÓN—DINERO—  
HAMBRE—VIOLENCIA—ASESINATO—ROBO—  
VIOLACIÓN—EXTORSIÓN—DEPRAVACIÓN—  
CORRUPCIÓN—...

La niña se agachó para coger una pequeña piedra del suelo y la arrojó tan diestramente que le dio de lleno a TRABAJO, hundiéndose en picado bajo las aguas.

—El trabajo —dijo Wise— ha desaparecido en nuestra sociedad.

—¿La gente no trabaja? —preguntó el pequeño Zen.

—Antes de seguir, niños —interrumpió Celia—, debéis comprender que las palabras se refieren a conceptos. Y que, dependiendo de los lugares y tiempos de la Historia, las palabras pueden variar su significado, para perderlo por completo o ser sustituido su empleo por el de otras, que se ajustan mejor a las nuevas formas de vivir. Esto es lo que pasa, por ejemplo, con *actividades*, que ha reemplazado a *ocio* y *trabajo*. ¿No es así, 323?

—Una apreciación muy oportuna, amiga More —continuó Wise 323, envejeciendo su voz hasta la edad adulta—. Recordad chicos: Yo Soy Tú, ponte en el lugar del otro. De ahí parte todo lo demás. Nivelación, nivelación, nivelación. No hay cabida en la Era Empática para un «Yo Soy Más que Tú».

Viendo que 323 comenzaba a divagar, una debilidad corriente en estos sabios de metal, Celia More carraspeó, en un intento por retomar el tema. Tuvo éxito.

—Antes de la Gran Transformación —continuó Wise 323—, de la Gran Toma, y desgraciadamente antes también de la trágica y devastadora Gran Epidemia, el ser humano había experimentado con diferentes concepciones del trabajo, determinando el sistema económico de cada época. Esclavismo, feudalismo, capitalismo. Todas las formas sociales del trabajo se levantaban sobre la dominación del hombre por el hombre, sobre la deuda y la explotación. Una falta de empatía que hacía entender a las personas como objetos y no como personas. Y que,

irónicamente, provocaba que las personas vieran a los objetos no como objetos, sino como personas, fetichizándolos, viviendo en un mundo encantado, desencajado en sus premisas. Y cruel. Tremendamente injusto.

Wise 323 ilustraba su discurso proyectando sobre la parte celeste de la pantalla un amalgama visual en el que pirámides egipcias y filósofos griegos se intercalaban con trabajos forzados de esclavos. Imágenes de archivo, extractos de antiguas películas y filmaciones documentales en las que se mostraba a cansados y sucios obreros saliendo de una fábrica. Manos manchadas de trabajadores recibiendo monedas. Empresarios comprando joyas. Masas descansando, daiquiri en mano, bajo las palmeras, y masas de personas encerradas en diminutos cubículos, trabajando de sol a sol. Niños muertos, de hambre; y niños obesos, jugando en un centro comercial.

Cambiando drásticamente la edad de sus cuerdas vocales, que hasta ahora correspondía a la de un anciano, continuó Wise 323 con voz de infante.

—Nuestro actual sistema de *actividades* no comprende el trabajo como un castigo divino, como pago por una culpa, sino como una actividad más del tiempo de vida, una ocupación con la que el ser humano puede encontrar un sentido de reafirmación personal, donde la superación individual es fuente de placer y vía de esparcimiento. En las primeras Islas se logró rebajar sin dificultad la jornada de trabajo necesaria a cuatro horas diarias. En estas pequeñas comunidades de economía local, la planificación comunal, la mecanización de los procesos y una ocupación laboral plena, habían permitido un clima productivo pausado y eficaz. La estrategia lógica para reducir las horas de trabajo pasaba por reducir el tiem-



po de producción. O lo que es lo mismo, en moderar la producción, calmar el ritmo de producción y consumo. Con la consecución de este objetivo se lograría, a la vez, bajar el nivel de polución. Aunque eso, niños, lo trataremos en el capítulo de POLUCIÓN y PODER.

Estas dos palabras, que navegaban por el lago, aumentaron súbitamente su tamaño, provocando un oleaje a su alrededor que hizo volcar parte de la flota semántica. Wise 323 continuó.

—Con la ayuda de cooperantes y activistas, pensadores, gentes de letras y artistas, fueron los llamados ‘científicos morales’ quienes fundaron las primeras comunidades. La ‘acción científica’ resultó determinante para conseguir el cambio. Yo Soy Tú. Todos los esfuerzos y recursos, que antes se empleaban en la investigación científica aplicada a fines sangrientos, se destinaron ahora a objetivos bien distintos, provocando un florecimiento sin parangón en las ciencias y en las artes. Se sucedieron avances tecnológicos increíbles en todos los campos de la ciencia: la ingeniería energética, los medios digitales y las telecomunicaciones, la medicina genética, la nanoinformática, la tecnología molecular, la bioinformática o la robótica. Se disponía de todo el saber y los medios suficientes para desarrollar robots que liberaran al individuo comunitario de los trabajos más desagradables. Pasando a existir únicamente *actividades de conocimiento y control de dispositivos*. Con todo, como sabéis, aún se conserva hoy la costumbre de dedicar cuatro horas diarias a la actividad física; dos de las cuales se destinan a la salud del cuerpo y las otras dos a una actividad como pueden ser limpiar las calles o arar los campos. Tareas que bien podrían hacer los robots, y las hacen, pero a las que también se encomiendan gru-

pos de personas, como una prueba de responsabilidad social. Es una de nuestras tradiciones funcionales.

323 hizo una pausa y Celia aprovechó para colar una pregunta.

—¿Alguien sabe lo que era el ocio?

Los niños ni se movieron. Sólo al cabo de un rato, África respondió.

—¿Un espacio de tiempo?

—¡Bravo! —exclamó Celia—. En el pasado existía algo llamado tiempo libre. Al estar endeudados y explotados los trabajadores, que es como se denominaba a las personas que realizaban estas *actividades* bajo las órdenes y vigilancia de otros, entendían su tiempo de *actividad de mantenimiento* como una condena. Así que al resto de las horas del día que les quedaban las llamaban horas libres, tiempo de ocio. En nuestra Isla Espejo 4, como en todas las comunidades, la vida es un flujo de actividades productivas: actividades de mantenimiento y control, actividades de conocimiento y experiencia, actividades que necesita la comunidad y cuya práctica los comunitarios encuentran placentera; porque la ejercen en libertad, tan sólo sujetos al dictado de las votaciones y al dogma: Yo Soy Tú.

No era casualidad que Celia More, Melissa Jack y Moss —Néstor Packard se les unió más tarde— escogieran YoSoyTú como nombre para su equipo productivo. Ellos eran un grupo historicista muy activo en el Comité Espejo, asamblea encargada de los asuntos estéticos de la Filosofía Moral del Espejo. Toda comunidad del planeta o de las colonias exteriores seguía esta ética hegemónica, sin excepción, sin discusión. Yo Soy Tú, el único dogma inamovible en un mundo que privilegiaba el conocimiento plural y las visiones heterodoxas de la realidad. El Yoko era un flujo y reflujo de información libre, no manipulada, transparente e independiente, nunca sujeta a los intereses del poder. Pues MANIPULACIÓN y PODER se encontraban entre esas palabras que Wise 323 hacía navegar por el lago y, por lo tanto, no eran más que significantes sin significado en la sociedad de More. Ella y sus compañeros se encontraban muy a gusto con

proyectos como el que tenían entre manos. En cierta medida, eran unos clásicos. Sus diseños de experiencias bebían de las fuentes estilísticas del pasado, influenciados, sobre todo, por los primeros estilos empáticos que surgieron tras la Gran Toma.

El pequeño Zen se levantó de un salto, corrió hasta la orilla e hizo ademán de lanzar una piedra e intentar hundir una de las palabras. De pronto, se paró y dándose la vuelta le soltó a 323:

—Wise, ¿tú estás explotado?

La cara de Celia palideció.

—Querido Zen. Yo soy un robot —replicó 323— y por lo tanto, un objeto.

—Pero haces actividades como nosotros —insistió Zen.

—Pero no soy humano.

El pequeño Zen Peterson había metido el dedo en la llaga. Celia More sabía que un dilema ético amenazaba a su mundo. La inteligencia artificial, si llegaba a desarrollarse lo suficiente —y Wise era una buena muestra de a dónde podía llegar— comenzaría a desdibujar esa débil línea que separa al ser humano de la máquina, a la persona del objeto. Aunque Celia consideraba que las comunidades deberían ir dando solución a este problema de base, no era éste el propósito de su investigación. Así que cambió de tercio.

—¡Tira, Zen, que se te escapan!

Zen miró a Wise y dudó un instante, pero la pasión del juego pudo más que la curiosidad infantil y tiró. La piedrita pasó por el agujero de la Ó de POLUCIÓN. Al segundo intento, le dio a la E de COMPETICIÓN y volcó la palabra entera. Se hundió tumbada.

—Competición, competición —canturreó un joven 323—. Competitividad. Ganadores y perdedores, vence-

dores y vencidos. Nada de eso existe ya. Quizá, niños, vosotros no os podéis imaginar cómo es un mundo donde el ser humano ha de competir constantemente con sus hermanos, donde ha de dominar o ser dominado. Un mundo donde has de ser el mejor, estar por encima. Arriba y abajo. Héroes y masas. Todo eso, hoy, es extraño a nuestro mundo. Pero existió, y las personas vivieron miles de años encerradas en esa cruel selva de depredadores y presas.

»Para ser más que el otro —prosiguió Wise 323—, para quitarle al otro lo suyo, y tener lo tuyo y lo del otro, para tener más recursos, más riqueza, más poder que el otro, se inventaron las guerras, la violación, el robo, el asesinato. Palabras que ya no se usan, pero que perduran en nuestro saber para, amargamente, recordarnos lo que fuimos.

»Tiempos en los que el intercambio de bienes también estaba mediado por la competitividad, enfrentándose siempre dos contrarios en ese proceso que hacía circular las llamadas mercancías, combatiendo todos contra todos en la arena del mercado. —Diciendo esto, 323 colocó dos imágenes sobre el paisaje. En el cielo, un futbolista alzando una copa dorada; abajo, sumergido en el lago, su oponente lloraba. Ninguno de los presentes pudo contener un profundo sentimiento de amargura.

Ernesto Winkler se incorporó e instintivamente se sacudió el polvo del mono que vestía. No estaba dispuesto a chafar esa reconstrucción del mono-Rodchenko que hoy estrenaba. Allí abajo, la oscuridad era total. Desplegó el Yoko ante él a modo de linterna y avanzó hacia el negro vacío. Cuando hubo recorrido unos treinta metros, se

paró, tanteó en la oscuridad y pasó la mano por una superficie fría, limpia, lisa hasta parecer frágil. Un punto rojo parpadeó bajo sus dedos y de inmediato se iluminó ante él una sala alargada, que una pesada puerta de metal, una antigualla, cerraba al fondo. Con cara importunada, Ernesto Winkler volvió a mirarse el mono. Ahora, con más luz, pudo examinarlo con precisión. Ni un rasguño. Siguió adelante y entró.

La habitación era más bien un pasillo ancho, con vitrinas del suelo al techo como costados. Winkler cruzó la estancia lentamente, dejando caer su mano derecha sobre el cristal, acariciándolo a su paso. Eran suyos, sólo suyos. Ernesto Winkler estaba acumulando trofeos.

Yo Soy Tú, el dogma empático, impedía a los comunitarios poseer demasiados bienes. Si tienes mucho más que los otros, ya comienzas a faltar a la regla espejo. Ocupas una posición dominante, desnivelas, tomas ventaja. Así que los comunitarios simplemente practicaban un consumo reducido, sin llegar al ascetismo, pero alejado del derroche. Yo Soy Tú no daba pié a acumular riquezas, aunque por otro lado, a nadie le interesaba esto, ya que tenían a su disposición todo lo necesario para que todos vivieran una existencia plena, sin angustias ni obsesiones. Winkler se sabía toda la teoría, comprendía el asunto, pero no podía contener sus impulsos.

Celia More consultó su reloj. Ella y los niños llevaban un buen rato con Wise 323 y ya se estaba haciendo tarde. Buscó en la orilla hasta que volvió con un puñado de cantos y, decidida, los lanzó. Un bombardeo asoló la flota de palabras, derribando a PODER, ARTE y DINERO, y dejando alguna que otra nave tocada. More rió.

—¡Buen tiro, More! —dijo el joven Wise—. Al ser practicadas por todos, todos los días, las artes y la política han dejado de existir como conceptos. Toda actividad es creativa y cualquier decisión colectiva es votada en asamblea. Como supongo que ya sabéis, hay asambleas de todo tipo, periódicas y excepcionales. Nuestro sistema es un constante estado de asamblea y votación. El dogma empático garantiza que estas decisiones sean rápidas y justas. Claro está, tampoco hay lugar ahora para el derecho, los tribunales, las cárceles y la policía. Simplemente, no hace falta nada de eso.

A Celia More le parecía que Wise 323 se estaba saliendo un poco del tema, así que interrumpió el discurso.

—A ver chicos. ¿Alguno sabe qué pasó con el PODER? —preguntó.

—Está distribuido... Como la energía... la generación distribuida de energía —contestó la niña.

—Muy bien, África. Esa es la clave. Poder distribuido, creatividad distribuida, generación distribuida de energía.

—Nivelación, nivelación, nivelación —canturreó 323.

—Exactamente, Wise: nivelación —convino Celia—. Lo que pasó, por ejemplo, con ciertos conceptos como HAMBRE, COMPETICIÓN o EXPLOTACIÓN, es que dejaron de existir al ser eliminados, desaparecieron. Sin embargo, otros como ARTE, PODER o FAMILIA sufrieron una ampliación tal de su alcance que, digamos, implosionaron. Estas categorías arcaicas no tienen hoy sentido alguno, pasaron a ser términos disfuncionales cuando sus prácticas se extendieron democráticamente al completo de la población. El comportamiento empático prescinde del uso de la dominación, así que el poder está distribuido, como la energía, entre individuos y células colaborativas.

En este punto, a Celia le pareció oportuno añadir una cita de un texto ya clásico que encajaba a la perfección con los temas comentados. Y así se lo anunció a los niños. Se trataba de *Sociedades Empáticas*, del equipo productivo ThinkingThings, un grupo de analistas estético-sociales que habían retratado la época de los primeros cambios.

—323, S-E, p.156 —solicitó Celia alzando el cuello.

Wise 323, de forma instantánea, recitó el pasaje con voz de mujer.

“El juego de la seducción, por medio de imágenes y palabras, es tomado en nuestro tiempo como un entretenimiento, inseparable de la producción de significado, la reflexión o los deportes no competitivos. Nadie juega ya a intentar ganar a un contrario, rastro de épocas depredadoras, sino a superarse a sí mismo, practicando deporte individual y juegos simulacrales colectivos. La gente se divierte y reflexiona con las simulaciones que los diseñadores de experiencias crean en colaboración con otras células productivas industriales. Es el arte existente en este planeta de Islas autogestionadas que colaboran en red. Un arte hecho por la sociedad en su conjunto, que engloba tanto técnicas tradicionales como nuevas tecnologías, tanto objetos incitadores de discurso crítico, como los puramente fenomenológicos y sensitivos, los funcionales y los contemplativos. Todos fetichizados, altamente sígnicos, sobresaturados de significación, donde resulta imposible separar la experiencia estética del arte de vivir.”

—¿Dónde está el arte? —preguntó 323—. ¿Dónde está la creatividad, Xavi?

Xavi, inseguro, no supo contestar y se quedó callado.

—En todas las *actividades* —respondió África.



Wise giró en un vuelo elíptico alrededor de Celia, que estaba de pie ante el párrafo que tramaba el paisaje. Celia More se sentía pletórica, disfrutaba como una niña, más incluso que los propios niños. En ese momento vibró su Yoko y una tipografía abstracta flotó ante los ojos de More. Era Moss.

—Disculpadme niños, tengo una llamada que atender. Por favor, 323, continúa tú con ellos. Enseguida vuelvo.

Celia salió de la burbuja con la que el Wise les cobijaba y desplegó el Yoko.

—Hola, Moss.

—¿Cómo vas, More?

—Bastante bien. Bueno, el Wise se exalta un poco y divaga. Divaga bastante, pero bien, lo tengo controlado y creo que a los niños les gusta.

—¿Nombre?

—323.

—Mejor el 010, más frío, pero riguroso.

—Vale, lo tendré en cuenta para la próxima ocasión. Aunque ya le estoy cogiendo cariño a este... —Celia recordó al cantarín 323 y sonrió. Luego preguntó —. ¿Algo nuevo?

—Bastantes cosas. Te envió varios textos y monográficos que he encontrado. Me he leído alguno y hay cosas por ahí... Un libro antiguo... sobre la economía del hidrógeno, de un tal Rifkin. Te va a gustar.

—¡Genial! Mañana empezaré con todo.

—¡Ah! Barbara Akum manda un mensaje, supongo que lo tendrás por ahí. Cambian de puente de información. Owen está de retiro corporal, abajo en el Yoko. Y se incorpora Salazar, Kristel Salazar, una chica nueva.

—¿Integrada?

—Claro. Aunque no la conozco —Moss se quedó en silencio. Xing Owen era un experto, veremos esta Salazar qué sabe hacer, pensó.

—Seguro que bien, ya verás —dijo More, que le adivinaba el pensamiento—. Flux&Flow no da puntada sin hilo.

—Sí, veremos...

—¿Algo más? ¿Algo sobre el viaje?

—Jack está gestionando todo eso.

—Ok. Hablo con Jacky...

—Otra cosa, More.

—¿Sí?

—He estado metido en el Yoko, ya sabes, rebuscando en los vertederos de ahí abajo.

Ese era el fuerte de Moss, podía pasarse horas escarbando en las *junk hills*, las montañas de información desechada. Moss era un *junky*, y los que eran como él disfrutaban recuperando archivos olvidados. Tenían un talento especial para encontrar servidores abandonados y escudriñarlos. Para ser un *junky*, por fuerza debías ser un integrado. Se decía que sólo ellos podían acceder a la octava capa del Yoko. Durante años se pensó que la red Yoko era como una malla, una meseta infinita de nodos conectados, pero los integrados hablaban de profundidad, de capas, de otras dimensiones del Yoko. Los integrados, un pueblo tecno-místico, conectado a la espiritualidad de la comunicación global, podían llegar, si forzaban en extremo la saturación de información, a una especie de trance y alcanzar el vacío, el vacío del Yoko, la nada tecnológica.

Moss continuó.

—He encontrado algo que te va a interesar.

—¿Ah, sí?

—*Power*.

—¿*Power*?

—Sí. Una miniserie, una pequeña trilogía, ya sabes, de la época de los documentales conspiranoia.

—Ah, ya... —suspiró escéptica More.

—El caso es que esto no es exactamente un documental. Está ambientado en la época, en el contexto histórico, pero es ficción. Los personajes no son reales.

—¿De quién es?

—Anónima, ya sabes, de la primera ola de genio colectivo. Debió de ser un equipo de los primeros, se nota en el estilo. El tema es bastante cañero, coloca a los instigadores de la Gran Transformación en un lugar bastante feo. Aún no la he visto, pero por lo que explica el mini texto que acompaña los archivos, pone en cuestión muchas cosas: la revolución pacífica, las causas de la Gran Epidemia y demás. Habrá que verla.

—¿Merecerá la pena? Tengo mucho que leer...

—Sí, claro, seguro que te viene bien. Sobre todo porque está ambientada con rigor. Te va a encantar el vestuario y, sobre todo, los decorados, la arquitectura. Reproduce la época de las primeras Islas, la Isla de Hidrógeno sale todo el rato.

—Habrá que verla entonces. Pásamela.

—Bueno, el caso es que he tenido muchos problemas para extraerla de la montaña de donde la he sacado, una zona inexplorada de los vertederos. Los jodidos archivos son escurridizos, inestables. No los puedo enviar por el Yoko... —Moss dijo esto avergonzado—. Es como si no permitieran su publicación...

—Vaya, el Yoko se le resiste al gran Moss —dijo Celia para chincharle cariñosamente.

—He conseguido pasarlos a un soporte rígido. Los he grabado en una moneda. Te la puedo dejar en tu buzón,

si quieres. No me viene mal, luego tengo que pasar cerca de tu casa.

—Gracias, Moss. Eres un sol.

Un chivato avisó a Celia y a Moss de que alguien más quería conectarse.

—Hola, chicos —dijo Melissa Jack.

—Hola, Jacky —contestó Celia.

—Hola, Jack.

Jack, no Jacky. Moss siempre se dirigía a las personas por su apellido, sin excepción. Sin embargo, Moss no era su apellido, sino su nombre de pila. Así era como le llamaban los demás. Cuando Celia conoció a Moss en aquel comité, él se había presentado como «Ercilurrutigastañazogoeascoa, Moss Ercilurrutigastañazogoeascoa». Jamás More pudo pronunciar su apellido de seguido. Eran las cosas de Moss, extrañamente singulares.

—Debo irme. Luego me cuentas, More. Adiós, Jack. Moss desconectó.

—...

—Hija, qué soso es este Moss.

—Es un poco seco, sí, pero a ratos es divertido. Ya sabes cómo es... —le disculpó Celia.

—¿No será que le gusto? Porque siempre que aparezco sale pitando.

—¡Jacky!

—Ya, bueno. En fin, vamos a lo nuestro. Te lo digo, estoy E-M-O-C-I-O-N-A-D-A.

—Cuenta.

—Chica, Celia, pues que ya estoy preparando el bikini. ¡Nos vamos en una semana!

—¿Has planificado las actividades de mantenimiento y todo lo demás?

—Sí, todo eso está. El comité de actividades de la Isla de Hidrógeno ya está sobre aviso. Esta semana os paso opciones.

—Genial.

—Otra cosa más. Adivina.

—...

—Pues que Winkler cree conveniente que uno de nosotros vaya a Isla WeWe esta semana. «Por ejemplo, Celia More», dijo. Yo creo que le haces tilín.

—No digas bobadas, Melissa.

—¿No te parece mono?

—No me he fijado, la verdad —mintió More.

—Venga, Celia, ya es hora de pasar página. Scott era un encanto, pero no va a volver. Debes olvidarlo. Y Ernesto es tan... tan elegante, tan guapo.

—Estoy bien así. No seas pesada —dijo Celia.

—¿Vas a ir a WeWe?

—Ya veremos. Hablaré con él a ver qué quiere.

Una minúscula gotita de agua mojó la mejilla de More. Luego sintió otra. Y otra mayor. Y otra más.

—Jacky, está empezando a llover. Tengo que cortar. Hablamos. *Ciao*.

«Salvada por la campana», pensó Celia y desconectó.

Cuando volvió a la burbuja del Wise, él y los niños se hallaban en mitad de una discusión. Xavi sostenía que las tarjetas de puntos comunitarias eran dinero y 323 intentaba hacerle comprender que no eran exactamente lo mismo. Wise 323 había recitado un párrafo de George Simmel y los niños no habían entendido nada. En el momento en que 323 proyectó sobre las aguas al mismísimo Marx, declamando parte del primer libro de *El Capital*, More decidió que ya era bastante por hoy.

Ya de vuelta, pedaleando, su entusiasmo aumentaba a ritmo creciente. Pensaba en la Isla de Hidrógeno, en sus lugares cargados de historia. Pensaba en el proyecto, en la colaboración con Flux&Flow. Y, por un momento, pensó en Ernesto Winkler, en lo que Jacky insinuaba. Se sintió deseada y un espíritu adolescente la llevó a casa.

**E**stela Diermissen creció en Isla Mayor, una pequeña comunidad bañada por las templadas aguas del Mediterráneo. Su infancia transcurrió entre juegos y mimos. Oskar y Hans, sus tutores, se habían trasladado a Isla Mayor tiempo atrás, a fin de poder disfrutar de la luz del sol durante todo el año, un bien escaso en las frías tierras del norte, de donde la joven pareja procedía. Estela, como el resto de niños, disfrutó del cariño, atención e instrucción de toda la comunidad. Y como era costumbre, pasó sus primeros años entre la casa de los niños y la casa tutorial, cuajando en su interior un intenso sentido de fraternidad. A edad temprana, despuntó en Estela la habilidad para construir y modelar volúmenes con sumo cuidado. La niña, de forma incansable y obsesiva, modelaba en barro todo lo que la naturaleza ponía ante sus ojos y también esas imágenes que, como fognazos, asaltaban su mente. La pequeña Estela Diermissen podía intuir los lados ocul-

tos de cualquier objeto, sus vanos interiores, sus salientes diminutos, su gravedad, su dureza, su textura. Tan destacado talento instó a Oskar y Hans a reforzar su educación en el manejo de las formas, los signos y el dibujo.

Estela Diermissen consumió su adolescencia estudiando las tecnologías de la información y el modelado digital; parecía que nada más atraía su interés. Muy pronto, los retratos holográficos de Estela comenzaron a ser muy apreciados y no había chico, chica o adulto de su entorno que no quisiera verse inmortalizado por uno de sus modelados virtuales. Su especialidad eran los retratos colectivos. Y el paisaje, esculpía paisajes con luz. Sin duda, tenía talento.

El refinado gusto de sus creaciones rivalizaba tan sólo con el dulce encanto de aquel rostro y aquella linda figura suya, lugar de sinuosos y elegantes ademanes. Sus compañeros de taller a duras penas podían resistirse y sucumbían, embrujados, paralizados, ante el abrumador espectáculo que suponía la contemplación de tan deliciosa gracia productiva. Belleza creando belleza. Un acto reproductivo de pura bondad, de puro amor. Era como si Estela sintiera la necesidad de regalar a todos el exceso de sutiles líneas, armónicos volúmenes y deliciosos movimientos que circulaban por su mente y describían su cuerpo. «Quizá algún día llegue a fundirme con mi obra», había declarado en una ocasión, a la edad de 11 años, dejando a Oskar en estado de total perplejidad.

Un genio comprometido en tal grado con su misión, dejaba a la joven Estela poco tiempo para el romance. Y aunque sus pretendientes eran legión, con 22 años no había mantenido más que un par de insulsos amoríos que no tardó en olvidar. Fue a esa edad cuando Estela Diermissen se mudó a Isla WeWe, para quedarse.



Si bien es cierto que en todas las comunidades, en todas las Islas, se potenciaba la creatividad en cada acto de la vida, Isla WeWe constituía un foco especial para las cosas de la estética. La planificación urbanística de WeWe contó desde sus inicios con la asignación de grandes espacios que servirían de archivo. La comunidad se creó abocada al estudio y conservación de los objetos del pasado. Grandes edificios —muchos subterráneos— de vigorosas líneas orgánicas y pieles reflectantes en su exterior, ocultaban interiores adscritos a una geometría de muros enladrillados; un racionalismo gótico-orgánico muy del gusto de la época.

Diermissen decidió trasladarse allí para ampliar su formación. Se incorporaría, en calidad de asistente, al equipo productivo GoodGoods, que estaban llevando a cabo una gran obra; un diseño de experiencia sígnico y sensorial en el Archivo de Arqueología Industrial de Isla WeWe.

Convivían diariamente en WeWe un grupo de jóvenes en prácticas que rondaban la misma edad, procedentes de diferentes campos como la música, la construcción, la bioinformática o las ciencias de la información. Estela Diermissen encajó muy bien en aquel clima de ideas en efervescencia, pero no tanto en las burbujeantes noches de baile que alcanzaban el amanecer.

Aquella mañana Estela cortaba el césped en los jardines del Archivo de Arqueología Industrial. Había elegido pasar sus dos horas de actividad de mantenimiento asiendo un aparato en su mano con el que segaba quirúrgicamente la hierba. Una correa en su hombro hacía pivotar una fina vara de metal que, con un mudo y pequeño ventilador a un extremo y tres cintas bioplásticas al otro,

seccionaban, implacables, el verde que pisaba. A través de su máscara de protección transparente, Estela podía sentir el aroma del césped recién cortado. Amaba aquel olor fresco e intenso. Y pensó que ese olor tenía color, era olor verde, verde joven, verde agua. Sumida en este mar de ensoñaciones, no se dio cuenta Estela de que alguien se le acercaba por la espalda.

—¡Vaya! Por lo que veo, no fuiste anoche a la fiesta.

Estela se giró para ver quién era. Tras ella, un chico manejaba un vehículo corta-césped, una moto triciclo ultrasilenciosa. Diermissen no llevaba más que una semana en la Isla, así que no conocía aquel chaval sino de haberlo visto de pasada alguna vez, en los comedores o en los juegos colectivos simulacrales. Estela se fijó en su cara y la descompuso en formas, luces, sombras y vacíos, hasta poder tocarla con la vista. Era una cara amable, dulcemente simétrica, casi de niño; aspecto acentuado por un largo flequillo rubio, que pasaba por su frente hasta ocultarle las cejas.

—Ernesto Winkler —se presentó él.

—Estela, Estela Diermissen —dijo ella, devolviéndole su encantadora sonrisa, pero sin dejar su tarea.

—Estás con GoodGoods, ¿no? —preguntó Ernesto.

—Así es. En el proyecto del *Cubo*.

Estela apagó su máquina, se giró y levantó la plancha bioplástica que le protegía la cara.

—Estamos empezando —añadió.

—Dicen que haces hologramas increíbles.

—Bueno, lo intento. Pero este proyecto no tiene nada que ver con lo que yo hago, aunque también me gusta. GoodGoods son muy buenos. Estoy contenta, aunque acabo de llegar... —Estela se percató de que estaba dando más información de la requerida y de que, sin quererlo, hablaba con voz nerviosa.

—Conozco el proyecto del *Cubo*, nuestro equipo estuvo involucrado en el tema del petróleo. Está muy bien —comentó Winkler.

—¿Qué haces tú? —preguntó Estela.

—Estoy de prácticas en el Archivo, sección de energía.

—¿Arqueología?

—Sí, bueno, estudié sobre todo bioinformática, pero me encanta la historia. Así que aquí estoy —respondió Ernesto, mientras se apoyaba en la moto.

A Estela le pareció una postura tremendamente sexy. No estaba acostumbrada a sentirse atraída por un chico más allá de lo que estrictamente concernía a sus formas volumétricas y superficies texturadas, más allá de ver en él un modelo para su arte. Diermissen disimuló ajustándose la correa del cortacésped y, con aires profesionales, puso espacio de por medio.

—Debo seguir con esto. Encantada de conocerte.

—Oh, claro... encantado —dijo Winkler, un poco cortado, mientras se acomodaba en la moto—. Uhm... ¿Vas a ir al concierto de MtM? —insistió—. Tengo un amigo que va a proyectar conceptos visuales.

—¡Genial! —se le escapó a Estela. Querría haber dicho otra cosa, otra cosa cualquiera menos aquel estúpido «¡Genial!». Su tez se puso roja e intentó ocultarla dispensando al cortacésped toda su atención.

—Quizá nos veamos allí —dijo.

—Estupendo. Nos vemos allí —dijo él, y se fue.

Estela no quiso mirar atrás y se ofuscó, presa de un humor extraño, en el manejo del aparato jardinero que portaba.

Los dos días que transcurrieron hasta el concierto de MtM —un grupo de *hard-lounge* muy cañero y elegante—, los pasó Estela sumergida en un pegajoso com-

puesto de actividad constante y estado anestésico. Se le caían los materiales y herramientas con facilidad, a lo que ella reaccionaba con la más edulcorada de las sonrisas, sumida como estaba en aquella sensación gravitatoria de tan baja intensidad.

Se encontró con Ernesto Winkler en otra ocasión, antes del día del concierto. Ella estaba soldando unas piezas para la sujeción del *Cubo* en una de las grandes salas del Archivo. La instalación *Cubo* consistía en la colocación de un gran cubo de cristal de veinte metros por lado, abierto en su cara superior y repleto de petróleo hasta los bordes, de manera tan precisa que el crudo creaba una superficie completamente lisa en lo alto y hacía parecer que un cristal sellaba también ese plano. El aspecto era el de un monumental y resplandeciente cubo de cristal negro que reflejaba, como un espejo, los altos muros enladrillados del edificio. Desde abajo, la obra se imponía al espectador de forma solemne. Desde arriba también se podía contemplar, gracias a una pasarela de corte industrial que cruzaba la sala en paralelo a uno de sus lados. Desde allí, la calma imperturbable de ese mar de cristal negro producía el vértigo que sólo provoca el vacío, el vacío del espacio exterior. GoodGoods reconocían su deuda con una obra clásica de Charles Ray, a la que habían dado un aire renovado sobredimensionándola y aportándole un nuevo significado, al cambiar el contenido original —tinta— por petróleo. El proyecto se encontraba muy avanzado. Ya sólo restaban algunos ajustes, remates y comprobaciones.

Y allí estaba Estela, junto con sus compañeros, dedicada a los detalles, cuando cruzó el otro lado de la nave una fila de chicos y chicas todos enfundados en monos blancos. Portaban aparatos y piezas de formas extrañas:

metales en desuso, plásticos del pasado, motores contaminantes y cosas por el estilo. Entre los componentes de aquel singular desfile asomaba Ernesto Winkler, tras uno de esos trastos. Pasó muy rápido, pero al pasar miró a Estela en la distancia, se llevó la punta de los dedos a sus labios y le envió un cariñoso beso volado. Y con mucha puntería hizo esto Winkler, pues el beso fue a aterrizar directamente en el corazón de Estela, para acelerar súbitamente su pulso y paralizar su cuerpo. Inmóvil, mientras esbozaba una sonrisa embobada, tan sólo pudo agitar su mano izquierda como una autómatas, a modo de saludo.

Después de cambiarse cinco veces ante el espejo, el modelito final que Estela llevaba puesto cuando cruzó la puerta de la sala de conciertos constaba de un mono de verano —cuello Mao, manga corta, casi al hombro, y *shorts*— y unas botas de media caña del mismo color; un celeste por el que, de vez en cuando, pasaba un avión. Era un estampado en tela *screen*, un avance de la tecnología molecular y la nano-informática que permitía la fabricación de tejidos programables aptos para reproducir cualquier tipo de imagen en movimiento. Con un mismo vestido o traje se podía cambiar de estampado a gusto de uno, simplemente bajándote un archivo de las siempre actualizadas galerías del Yoko. Estela llevaba un estampado GoodGoods. Pese a que ella también creaba motivos para sus trajes, no quiso parecer vanidosa y escogió éste para su primera cita con Ernesto. Coronando esta esbelta y dulce estampa, iba su pelo castaño recogido en un moño, de perfección esférica. Y giraba en su órbita, en el aire y a media velocidad, una pequeña

bola también del color del cielo, un complemento satélite de uso común en aquellos años.

—Estás preciosa —le dijo él, al encontrarse ambos en la barra.

—Gracias, Ernesto. Tú también estás muy elegante —dijo ella, casi ruborizada.

A partir de ese momento la noche se convirtió en una nebulosa atemporal de miradas y roces, de risas y bailes. Un estado semiconsciente y absolutamente burbujeante, más propio del estado del sueño que de la vida despierta. Encantador. Ernesto Winkler era encantador. Sus modales, sus cuidados, su humor; sus agudos comentarios y su sofocante físico producían en Estela el influjo de un hechizo arrebatador.

—¿Querrás cenar conmigo mañana? Me gustaría llevarte a un lugar muy especial —le dijo Winkler cuando la acompañó hasta su portal.

—¿Dónde? —dijo Estela con voz melosa.

—Es una sorpresa, te recogeré aquí a las diez. ¿Sí?

—Te estaré esperando.

Entonces Ernesto selló su boca con un dulce beso, de pasión contenida. Acarició suavemente su mejilla, dio media vuelta y lentamente se marchó.

Estela subió sin pisar suelo hasta su habitación y, entre nubes de almohadones, logró quedarse dormida repitiendo dos palabras: «hasta mañana».

La noche del día siguiente era una de esas que la primavera regala; ligeramente fresca, amablemente cálida. Ernesto llegó puntual a la cita. Estela describía con paso nervioso una yuxtaposición de círculos en torno a su habitación, tan sólo interrumpida por la urgencia de algún retoque en el maquillaje o la correcta colocación de su corta falda, siempre esquiva e indomable. Sonó

el timbre y ella se apresuró a la entrada. Al llegar a la puerta se recompuso, como intentando aparentar calma. Un ramo de rosas blancas ocupó su campo de visión cuando abrió. Tras las flores, los cariñosos rasgos regulares de Ernesto Winkler se organizaban alrededor de una sonrisa repleta de seguridad.

—Esculturas naturales... —dijo, entregándole el ramo.

—Eres un sol, Ernesto —respondió ella y le dio un beso en la mejilla.

Pasearon uno al lado del otro por los pasillos y calles de la comunidad, hablando de sus gustos comunes, de sus pasiones compartidas, de la creación de realidad y la construcción de estéticas profundamente bellas. Él le dijo que ella era así, como una obra perfectamente creada. Ella se ocultó entre las rosas, simulando olerlas, para más tarde hacer emerger de entre el pequeño mar de flores sus brillantes ojos turquesa, como el amanecer de dos preciosos soles verdes que alboreaban para decir «gracias».

Rodearon los jardines del Archivo de Arqueología Industrial, delimitado a su espalda por un río de aguas cristalinas y corrientes vigorosas. Caminaron por su orilla para internarse en el complejo.

—¿Es aquí? —le dijo ella a Ernesto ante la puerta trasera de aquel edificio con piel de molusco y órganos cuadrangulares.

—Aquí es —respondió él, y galantemente le cedió el paso.

Atravesaron las penumbras hasta llegar a la enladrillada sala que albergaba la instalación del *Cubo*. Accedieron a su interior por la planta alta, directamente a la gran pasarela industrial que flanqueaba el monumental cubo de petróleo y cristal por uno de sus lados.

—¡Oh! —exclamó ella.

Dos líneas de pequeñas luces flameantes perfilaban los extremos del puente y reflejaban su hipnótico baile en el cromado metal de las barandas. A mitad de camino, sobre el cuadrado mar de queroseno, una mullida manta hacía las veces de mantel para un cena romántica. Flores y flores, cojines y almohadas. Abajo, una calle de tulipanes blancos rodeaba el negro *Cubo*. Arriba, se cruzaron las miradas.

—Es precioso, Ernesto —le dijo ella al llegar a la manta.

Sus ojos brillaban, azuzados por los débiles destellos que les circundaban. Él pasó suavemente su brazo por la cintura de ella y con una leve presión la atrajo a su cuerpo. Sus labios se acoplaron en un largo beso, cada vez más intenso, cada vez más húmedo, cada vez más ardiente.

Ella se apartó, al final.

—Espera, no tan rápido —dijo con voz juguetona.

Él dio un paso atrás, sin soltarla del todo. Sus ojos la miraron carentes de expresión, como dos témpanos de hielo. Fue un instante fugaz en el que Estela tuvo una incómoda sensación, no sabría decir cuál.

**E**l miedo a otra persona, una emoción nunca antes sentida, ni tan sólo imaginada. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? Estela no puede entender nada. Una gota roja brota de sus labios. Incrédula se echa la mano a la cara y comprueba asombrada el rastro de sangre en sus dedos. Se vuelve para decir:

—Pe... pero... ¿Qué haces?

Entonces recibe el impacto de otra bofetada, mucho más violenta esta vez, que la arroja a los cojines. Él se



tira encima, y la inmoviliza brutalmente. Le da la vuelta y la agarra fuerte de la coleta. Estela empieza a comprender.

—¡No! ¡Noo! ¡Déjame, déjame!

—¡Cállate! —golpea su cara contra el suelo.

—¡Suéltame! Suéltame, por favor —está llorando, el terror la vence.

—¡Cállate, joder! —grita Ernesto al tiempo que le levanta la falda y presiona su cara contra una almohada.

Una lágrima tras otra anegan los ojos de Estela; tristes, desconsolados, aterrorizados. Entonces, sufre una fuerte embestida que desgarrá ferozmente su sexo. Se le escapa un grito ahogado.

—Noooooo.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Ernesto golpea su cabeza contra los cojines en cada embestida. Ahora la mantiene ahí, cruelmente penetrada y con la cara atrapada en un cojín. Le falta el aire. Dolor. La está ahogando. Dolor. No logra respirar. «¿Por qué?». Solloza. «¿Por qué?». Se ahoga.

«¿Por qué?».

Ya no siente nada.

El temprano sol de la mañana había traído consigo una poderosa luz que la persiana dejó filtrar y pintar de incandescentes paralelas todo el cuarto. Celia More entreabrió un ojo. Eran las cinco de la madrugada. Se acurrucó y quiso aguantar un poco más bajo las sábanas. Sin pedir permiso, llegaron los primeros pensamientos del día, los que te traen de regreso a la vida, los que te ponen en hora y fijan lugar. Hoy. Ayer. Mañana. Lo primero que le vino a la mente fue la Isla, el proyecto, Winkler. Ya no pudo quedarse en la cama y enfiló torpemente el camino al baño.

Diáfano, de paredes y suelos conectados por suaves curvas de orgánico blanco, el apartamento de More se asemejaba al interior de un ser vivo de impoluto metabolismo. Blancos techos se abrazaban con blancos suelos a través de blancos muros, más o menos curvos, más o menos inclinados. Una superficie sin fin de níveo satinado era el espacio.

Junto a la entrada, la cocina americana daba paso a una pequeña escalera de caracol que conducía al dormitorio y al baño. Este altillo venía a morir sobre el estudio y el salón de doble altura que estaban debajo. Dividido en campos rectangulares por finas rectas cromadas, un extraordinario ventanal, un ovoide irregular del tamaño de dos pisos, ocupaba el muro del fondo del apartamento al completo y regalaba luz a ambas plantas. Desde fuera, las hiedras se asomaban por los lados y enmarcaban el frondoso paisaje. La vista era espectacular. Celia podía contemplar desde su estudio un panorama de esponjosas masas fotosintéticas cruzadas, en ocasiones, por tubos transparentes y unas cúpulas de cristal, dispuestas al final de los prados, que remataban graciosamente la composición.

Se preparó un café con leche y un sándwich vegetal. Cruzó el salón medio dormida y se sentó en la silla del estudio, ante la mesa de dibujo; una especie de protuberancia en la pared cuyo sobre era una gran pantalla en blanco. Allí dibujaba Celia More. Al lado, bajo la montaña de plaquetas para textos, apuntes y otras huellas del proceso de trabajo, se intuía una mesa más chica. Ese punto constituía el pequeño cosmos caótico de Celia, una reserva protegida en el universo metódicamente ordenado del apartamento. Sin duda, esa mesita cubierta de caos significaba una válvula de escape al racionalismo planificado y previsor que predicaba y practicaba Celia More.

Mientras sorbía el ardiente café, balanceándose en la silla, revisó la planificación del día. Se había levantado antes de lo previsto, así que el programa de actividades se movería un poco. No le importaba. Tenía varias votaciones atrasadas que ya iban a cumplir plazo y otras tantas sobre las que quería estar informada a fondo antes de emitir su voto.

Desde el techo se proyectó una pantalla y en ella el *interface* personalizado del Yoko. En un círculo situado en la esquina superior izquierda aparecía su foto. Orlados de largas pestañas, sus dulces ojos pardos transmitían confianza, responsabilidad, inteligencia, bondad. Hasta el cuello le llegaba su dorado cabello, cortado estilo *flapper*. Era una cara bonita, de suaves facciones y tierna sonrisa. Le gustaba aquella foto a More especialmente. Jacky la había tomado años atrás, e hizo un disparo con el que supo congelar el sutil instante de un gesto cargado de expresión. Con muy poco, aquella imagen decía mucho. Rebuscó en la mesita del caos y consiguió un pequeño espejo en el que se miró. Seguía siendo joven. «Y por muchos años», se dijo.

La primera de las dos horas que Celia dedicó a las votaciones se la pasó informándose sobre las cuestiones relacionadas con las medidas propuestas. En el Yoko podía visualizar los debates que se habían generado al respecto y participar, si así lo creía conveniente, con sus observaciones. A estas horas de la mañana, a bien seguro no habría nadie reunido en asamblea, ni nadie escribiendo su opinión, así que More optó por ver una grabación del día anterior; una asamblea cuyo objeto era dictaminar la pertinencia de producir un bien de consumo, la actualización de un nuevo robot de limpieza doméstica.

Los debates eran casi un acto litúrgico, mantenidos más por el placer de hallar puntos en común y profundizar en una cuestión que por el ansia de imponer posturas personales. Yo Soy Tú, me pongo en tu lugar; esto hacía que no fuera complicado ceder y llegar a acuerdos, consensos en los que todos sabían que hacían lo más justo para todos. *Win-win business*, todos ganaban.

A Celia le divertía realmente el proceso de votación, la documentación, el debate, el acuerdo. Siempre le gus-

tó. Durante su infancia, en la casa de los niños se jugaba a votar, al igual que se hacía ahora. Los 'Vota y Gana' infantiles eran juegos en los que todo un grupo competía unido contra la adversidad. Y esa adversidad era la ignorancia. El adulto planteaba un tema, un caso ficticio como la conveniencia de construir una nueva carretera o un acuerdo de intercambio de bienes con el exterior, y se proponía una votación. Esos casos eran similares a otros a los que los comunitarios ya se habían tenido que enfrentar con anterioridad, así que la Historia había proporcionado previamente una solución correcta a esa ecuación, la votación correcta. Para encontrar la mejor resolución los niños se embarcaban en una divertida gymkhana intelectual en la que el grupo, como en una prueba de pistas y laberintos, trataba de acopiar el máximo de información sobre el caso y, tras el entendimiento y razonamiento de los datos recopilados, tomar la decisión más acertada. Hacer la mejor votación. Desde bien pequeña, Celia jugaba a votar.

Esa mañana dijo sí a la aportación de recursos para la investigación espacial, sí a un nuevo método de cultivo de algas, sí a la incorporación y apoyo de un equipo de investigación a la red de salud global, no a una extraña propuesta que pretendía ampliar la comunidad edificando en terrenos cercanos, sí a crear una nueva comunidad, Isla Esfera 8, en la costa norte continental. Se abstuvo Celia de sufragar en los casos en los que reconoció no disponer del suficiente conocimiento para opinar. Era una cuestión moral.

Daban las siete y media de la mañana cuando Celia salió a correr. Se había ajustado un mono negro de licra y una

gorra visera también negra, únicamente decorada por una esfera blanca que giraba sobre su eje. Había decidido comenzar a revisar los textos que Moss le había procurado y pensó que sería buena idea ir escuchándolos mientras hacía ejercicio. Seguramente Wise 323 no estaría ocupado a esas horas de la mañana. Lo buscó en el Yoko. Le apetecía sentir su compañía y disfrutar de las explicaciones de este exaltado y entrañable sabio artificial.

—Buenos días, amiga More. Horas tempranas para el conocimiento.

—*Mens sana in corpore sano*, Wise.

Mientras se calzaba le pidió a Wise 323 que iniciara el comentario de un libro. The Mathematicians sonaban al fondo.

—*Hydrogen Economy* es un libro escrito por Jeremy Rifkin en la era de los combustibles fósiles. Para que te hagas una idea, More, el libro está publicado... ¡En papel!

—Pues sí que es antiguo —exclamó Celia.

Alzó la cabeza y buscó con la mirada. A su espalda, sobre el sofá, colgaba de la pared una alargada vitrina herméticamente cerrada que contenía una hilera de antiguos libros atrapados y comprimidos por una rama perteneciente a lo que debió ser una gigantesca enredadera, enroscándose en la fila de libros como si de una boa constrictor se tratara. Era un recuerdo de Ciudad Selva.

Toda comunidad tenía una Ciudad Selva cerca. Se trataba de un programa de experiencias y juegos colectivos con filiales distribuidas por todo el globo. Tras el abandono de las ciudades y, sobre todo, tras las terribles consecuencias de la Gran Epidemia, las grandes urbes se habían quedado vacías. Olvidadas y desiertas, el paso de los años y la intensa reforestación y limpieza del ecosistema que trajo consigo la Gran Toma, tapizaron estas ciudades

fantasma de frondosas selvas y espesos bosques, para luego ser habitados por los más diversos animales salvajes.

En una sociedad donde los deportes competitivos eran algo inimaginable, ya que los comunitarios no alcanzaban a entender qué placer se podía sentir en superar a otra persona y verlo derrotado, se buscaban las emociones en otros ámbitos, como la satisfacción de llevar a cabo un proyecto profesional venciendo todas las adversidades o el verse envuelto en una excitante aventura en la que se debían superar las severidades de un ambiente hostil. Ciudad Selva era una excelente representante de esta última opción.

Yo Soy Tú, el dogma empático, garantizaba un sistema de confianza, tú no vas a robar, ni a engañar, ni a dañar a los otros y ellos harán lo mismo contigo. De este modo la policía y los ejércitos devinieron instituciones inútiles, pasando sus efectivos a ocuparse exclusivamente de las funciones concernientes al salvamento. Todas las armas que escondía el planeta habían sido fundidas para dar forma a *Los Cubos del Pasado*, el proyecto más ambicioso del equipo productivo SawShow. En cada región del globo se colocó, siempre perdido entre la vegetación o en escarpadas montañas, un monumental cubo de dimensiones correspondientes a la densidad de armas registrada en cada zona. *Los Cubos del Pasado* estaban hechos de una aleación que resultaba de la fundición de todos esos objetos; herramientas y máquinas que el ser humano había empleado para derramar la sangre de sus hermanos. Cubos repartidos por parajes de todo el mundo, grandes cubos que se erigían como el solemne recuerdo de un oscuro pasado, de un tiempo que no debía volver.

Como seres empáticos, hacía ya mucho tiempo que había desaparecido en todos ellos el sentimiento de des-

confianza en el otro. Al no haber asesinatos, robos, explotación, represión, engaño, sadismo, crueldad; al ponerse en el lugar del otro siempre, los momentos intensos de la vida tenían que ver con asuntos bien diferentes. El sentido de seguridad se redujo estrictamente a la mera protección ante lo imprevisible del entorno, a la lucha contra las eventualidades que el ambiente podía presentar. Y en Ciudad Selva los peligros acechaban por todos lados. More había cortado y transportado hasta su comunidad, Isla Espejo 4, aquel extraño objeto, producto del encuentro entre naturaleza salvaje y conocimiento. La vitrina, con aquellos libros prisioneros de una fuerza vegetal incontenible, suponía para Celia una auténtica obra de arte natural, metafórica y casual.

Siempre que contemplaba aquella pieza, la hacía pensar.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

Celia iba al trote, la música marcaba el ritmo.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

Enfiló un camino de castaños floreado.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

La resina, el musgo, el polen, la savia.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

Fue a chocar allí, con el bosque y sus aromas.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

Las hayas y los robles dejaban para ella oxígeno en el aire.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

Aire limpio, en sus pulmones,

impregnado del frescor de la mañana.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.



—¡Dale, Wise!

Wise 323 comenzó a canturrear, muy animado, el tema de *The Mathematicians*.

—¡No! ¡Bubhf! ¡Bubhf! Eso no —resopló More—. El libro... ¡Bubhf! ¡Bubhf! —llevaba un buen ritmo así que le costó hablar.

—¡Oh! Sí, claro... —Wise bajó la música, manteniendo los graves un poco más elevados y, con voz de chaval, procedió.

—Comencemos por lo que yo definiría como la *Teleología de la Descarbonización* en Rifkin.

—Expícate. ¡Bubhf! ¡Bubhf!

—Sencillo. *La descarbonización es un término que emplean los científicos para referirse a la progresiva sustitución de los átomos de carbono por otros de hidrógeno con cada nueva fuente de energía.*

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—*En menos de un siglo, el uso de la madera como combustible —la principal fuente de energía durante la mayor parte de la historia de la humanidad— había dejado paso al carbón y éste estaba comenzando a verse amenazado por un recién llegado, el petróleo. Había comenzado ya el proceso de descarbonización de la energía.*

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—*La descarbonización no sólo ha significado la eliminación sistemática de los átomos de carbono, sino también la desmaterialización de la energía, que ha pasado de fuentes sólidas (como el carbón) a otras líquidas (como el petróleo) y luego a gases (como el gas natural y el hidrógeno).*

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—*El hidrógeno, la fuente de energía solar —constituye el 30% de la masa del Sol—, se está convirtiendo en la gran esperanza para la continuidad del progreso de la*

*humanidad sobre la Tierra. Es la más ligera e inmaterial de todas las formas de energía y la más eficiente cuando es quemada.*

Este último párrafo lo interpretó Wise 323 aplicando un filtro a su voz, que sonaba como expulsada de un megáfono, en un tono un tanto épico y exaltado, del todo innecesario —Celia lanzó un estoico suspiro a sus adentros.

A continuación, 323 añadió un comentario a las citas.

—Como ves, el autor entiende la Historia como un proceso materialista, determinado por una base, la energía, y una pauta, la progresiva desmaterialización histórica de los combustibles. Con lo que Rifkin aseguraba que el futuro sería del hidrógeno, era su destino. Eso es la teleología, lo inevitable de un proceso histórico predeterminado, en Marx predeterminado por la lucha de clases, aquí, por la descarbonización de la energía.

—¡Bubhf! ¡Bubhf! Desmaterialismo histórico —dijo Celia.

—Muy aguda. El caso es que Rifkin fue criticado, pero de algún modo —continuó Wise—, y en ciertos aspectos, ya que los convulsos acontecimientos posteriores habrían de ser del todo imprevisibles en su época, se podría decir que ésta es la obra de un visionario. No obstante, también hubo otros como él, contemporáneos suyos, que lucharon por perseguir utopías. Fue en aquellos tiempos que se empezó a asfaltar la larga y peligrosa carretera hacia lo que hoy somos.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—¡Bubhf! ¡Bubhf! ¿Por qué el hidrógeno? —preguntó Celia More.

—Es una fuente inagotable de energía, y absolutamente limpia, como sabes. *El hidrógeno es el elemento más abundante en el universo. Constituye el 75% de la*

*masa del universo y el 90% de sus moléculas.* —Recitó Wise 323.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—Sólo se necesita agua y una fuente de energía renovable (eólica, solar, geotérmica, hidráulica) para crear un régimen energético acompañado de una red eléctrica radicalmente distinta a la antigua tiranía de los combustibles fósiles —prosiguió 323, mientras proyectaba, desde el Yoko, un dibujo esquemático ante los ojos de More—. Mediante electrólisis se descompone metano o agua en hidrógeno y oxígeno; el hidrógeno se almacena en tanques, el oxígeno se libera. El hidrógeno alimenta luego una pila que genera electricidad, calor residual y vapor de agua.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—Sigue. ¡Bubhf! ¡Bubhf!

—El proceso de producción de hidrógeno en grandes centrales energéticas era muy costoso, por lo que se proponía la descentralización de la producción y la reducción del transporte, descentralizando también la actividad económica y la población. Una solución que el autor bautiza como *reglobalización desde abajo*, gracias a la *generación distribuida*.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—¡Bubhf! ¡Bubhf! Horizontalidad —apuntó Celia.

—Exacto. *La generación distribuida se refiere habitualmente a un conjunto de pequeñas plantas generadoras de electricidad situadas cerca del usuario final, o en un mismo emplazamiento, y que pueden bien estar integradas en una red o bien funcionar de forma autónoma.*

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—Pronto, los usuarios finales no sólo estarán en condiciones de generar su propia electricidad —Wise volvió a servirse del efecto megáfono y de la vehemencia en el

tono—, sino que también podrán compartirla con otros, lo que supondrá una seria amenaza para el régimen energético vertical y unidireccional que se impone actualmente en todo el mundo.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—La fusión de la generación distribuida con la inteligencia distribuida cambiará para siempre el mercado energético. Por vez primera existe la posibilidad de reemplazar el modelo energético vertical tradicional por un modelo horizontal, una democratización de la energía que permitirá que todo el mundo sea a la vez productor y consumidor. — Wise hizo una breve pausa y añadió—. Es decir, *prosumidores*, autónomos, con sus propias miniplantas energéticas, conectados a una red de recursos compartidos, al modo *peer-to-peer sharing*.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro.

—¡Bubhf! ¡Bubhf! Descentralización... ¡Bubhf! ¡Bubhf! Democracia productiva... ¡Bubhf! ¡Bubhf! Pequeñas comunidades... ¡Bubhf! ¡Bubhf! Poder distribuido... ¡Bubhf! ¡Bubhf! Desde luego... ¡Bubhf! ¡Bubhf! se parece mucho... ¡Bubhf! ¡Bubhf! a lo de ahora... ¡Bubhf! ¡Bubhf!

—Sí, salvando las distancias, está describiendo nuestro mundo —convino 323.

323 y Celia siguieron con la sincopada charla hasta que ella comenzó a dar verdaderas muestras de fatiga pulmonar. Entonces se despidió de 323 y subió el volumen de la música a tope. Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro. The Mathematicians era un grupo de chicas que aseguraban poder leer complejas fórmulas matemáticas y usarlas como partituras. More dudaba del rigor científico que pudieran tener las Mathematicians al interpretar esas ecuaciones, pero... ¡Caray, conseguían sacar verdadero *groove* de algunos integrales!

Aceleró rítmicamente su carrera para finalizar con un vertiginoso *sprint* que la llevó hasta su portal. Dentro, con hondos resoplidos, mecánicamente abrió su buzón. Recogió de su interior un pequeño disco del tamaño y espesor de una moneda. Era *Power*, la serie que le recomendaba Moss. Subió las escaleras jugueteando con la moneda en el aire.

Eran las nueve de la mañana, en ese momento Melissa Jack, Jacky, estaba arando el campo, Moss cargaba cajas de algas deshidratadas en un camión, Celia saldría a repartir bio-pizzas y Winkler, en Isla WeWe, rellenaba unos bidones con salsa en la cocina del comedor. El sistema funcionaba.

El despacho de Flux & Flow, en Isla WeWe, resplandecía en el pasillo de la segunda planta del Archivo de Arqueología Industrial. Sus largos muros acristalados exhibían tan honestamente la actividad desarrollada en su interior, que más bien parecía un escenario de la vida productiva, un símbolo de transparencia, de sinceridad. Así eran todos los espacios productivos en la Era Empática. Abiertos a las miradas de todos. Sin nada que ocultar.

A mitad de mañana, la reunión entre Ernesto Winkler, Barbara Akum y Kristel Salazar, la chica nueva, estaba a punto de llegar a su término.

—En fin, siento tener que retirarme, señoritas, pero asuntos urgentes requieren mi atención. Hoy, aún no he votado... —Winkler recogió sus cosas y salió del despacho. En la puerta se volvió y añadió:

—Bienvenida, Kristel. Será un placer verte por aquí y disfrutar de tu talento. Estoy seguro de que vales lo que prometes.

La hoja de vidrio se cerró tras él y su silueta se fue haciendo más y más borrosa hasta convertirse en un pequeño punto desenfocado al final del pasillo.

—¡Vaya! Este Winkler no está nada mal. Tuve un novio con su misma cara —afirmó Kristel Salazar en tono jovial.

—¿También te doblaba la edad? — le espetó Barbara Akum.

—¿Tan mayor es?

—Se conserva muy bien.

—Muy, muy bien... —pronunció Kristel acentuando la «u».

—Olvídate. No tienes ninguna posibilidad.

—Ah, ¿no?

—Es inaccesible. No se le conoce novia, ni novio.

—No puede ser.

—Pues lo es —Akum marcó un silencio y prosiguió—. Sufrió un trauma con una chica, hace bastantes años.

—¿Le dejó?

—Uhm... Es algo personal... Pero supongo que no es un secreto, aquí todo el mundo lo sabe.

Barbara hizo una pausa sutilmente interminable. Kristel la observaba expectante.

—Ella se ahogó ante sus ojos, sin que él pudiera hacer nada. Se la llevó la corriente. Aquí mismo, tras los jardines del Archivo. Jamás encontraron su cuerpo —con la mirada fija en un punto indeterminado del espacio, continuó Barbara Akum—. Fue un duro golpe para Ernesto. Pobre Ernesto...

—Joder. Pues sí que es mala suerte.

—Sí, una desgracia... Bueno, escucha... —Barbara volvió al orden del día— ¿Tienes claro el proyecto? ¿El proceso? ¿Los pasos a seguir?

—Sí, sí. Todo claro. Proyecto en colaboración con Yo-SoyTú, el equipo productivo, no el dogma... —aquí Kristel añadió una mueca divertida que Barbara tomó como una broma infantil—. Un diseño de experiencia para conmemorar el Tricentenario de la Gran Transformación —continuó Kristel—. Énfasis en el paso de la era de los combustibles fósiles a la Era Empática de emisión 0. Y ahí es donde entramos nosotros.

—Ok. ¿Qué más?

—Me pongo en contacto con Moss.

—Contactas con Moss y compartes información.

—Comprendido —aseguró Kristel Salazar.

Entre las dos repasaron algunos detalles más, concernientes al viaje que ambos equipos iban a hacer a la Isla de Hidrógeno y a la visita que, aún pendiente de confirmación, la diseñadora de experiencias de YST, Celia More, haría a sus instalaciones en Isla WeWe; y así, dieron la reunión por terminada.

Cuando se iba Kristel, remedando la salida de Ernesto, le dijo a Barbara desde la puerta:

—Quizá sea el momento de que Ernesto Winkler olvide el pasado. Quién sabe...

—Anda, no seas loca, Salazar. Ponte con lo tuyo y déjate de niñatadas.

Kristel le sacó la lengua y desapareció, dejando tras de sí una estela en forma de carcajada.

«Niñata integrada», se dijo Akum, esbozando media sonrisa. Ernesto siempre levantaba estas polvaredas allá por donde pasaba. «Ay, Ernesto, Ernesto. No lo puedes evitar...»



Barbara Akum abandonó el despacho de Flux&Flow poco después de que lo hiciera Salazar. Salió del complejo arqueológico y calle arriba tomó el SunTram 16 en dirección WeWe-Norte. Desde el interior del aerodinámico y ultrasilencioso tren magnético, iba contemplando Barbara, ensimismada, la imagen fugaz del paisaje comunitario. Las paredes del vagón, construido al completo en un material bioplástico transparente, dejaban ver el exterior desde cualquier punto interior. Era un trayecto agradable, relajante, como una nana visual. Pero Barbara se hallaba muy lejos de quedarse dormida. Su cabeza estaba a punto de estallar. Vueltas y más vueltas a lo mismo. Esos afilados pensamientos que, una y otra vez, se clavaban en su alma y desgarraban su conciencia, la estaban consumiendo. Necesitaba consejo, un poco de ayuda mental.

Se bajó en la parada del Departamento de Salud y se dirigió al edificio. Ya en su interior, se detuvo, pensativa, ante una puerta con un pequeño rótulo grabado: «AutoPsycho».

Entró.

En la barra de Lovely Needs, uno de los comedores comunitarios de Isla Espejo 4, un chico le entregó a Celia More un par de pequeños paquetes. Ella se lo agradeció con una sonrisa y tomó el camino a la puerta.

—¡Hey, Celia! ¿No te sientas con nosotros? —tres mesas más allá, en el pasillo, un grupo de jóvenes reclamaban su atención con aspavientos. Uno de ellos se había levantado.

—Gracias, Jan, pero hoy no puedo. Estoy con lo del Tricentenario y me tiene ab-so-lu-ta-men-te abducida.

Me llevo la comida a casa —respondió Celia cortésmente, al tiempo que se despedía con un delicado meneo de muñeca y una sonrisa.

Aquel fue un almuerzo frugal, pero exquisito. Un plato compuesto por varias bolitas de espinacas con pasas y piñones, espárragos trigueros en salsa, champiñones rehogados al ajillo, alcachofas al vapor, tomatitos pequeños braseados y una ensalada de pimientos asados. Una delicia.

Mientras degustaba este manjar de verdes y rojos vegetales, se quedó Celia con la mirada perdida, sumida en sus cavilaciones. Tenía a su lado, sobre la mesa, un bloc de notas digital donde iba apuntando conceptos y asociaciones de ideas, cosas que se le iban ocurriendo. Cuando se llevó a la boca una de esas bolitas verdes, por un instante se detuvo y comenzó a examinarla con la penetrante mirada del que observa el interior de una bola de cristal. Y viajó mentalmente en el tiempo, hasta la era de los combustibles fósiles. «Un mundo carnívoro», pensó. De súbito, sintió un gran desagrado, incompatible con el almuerzo. Los músculos de su cara expresaron repugnancia y los de la mano retornaron la comida al plato. Recordó entonces cómo en el libro de Rifkin se advertía de los fatales inconvenientes que comportaba una alimentación global esclavizada por el petróleo. Buscó un subrayado en el texto y leyó. «La producción para el ganado es la actividad agrícola que más energía consume del mundo. Se requiere el equivalente a 4 litros de gasolina para producir algo menos de medio kilo de carne alimentada con piensos». Ese era el mundo que habían tenido que transformar los primeros moradores de la Isla de Hidrógeno. Un mundo terriblemente estúpido, desquiciado, oscuramente extraño. Ahora, en cambio, ya

nadie comía carne. Se consideraba una horrible costumbre del lejano pasado animal, una práctica depredadora, violenta y sucia. Además, mantener la producción agrícola para el ganado suponía un derroche innecesario de energía con el fin de producir energía misma, ya que —como se dijo Celia— «los alimentos son el combustible de los humanos».

Entonces buscó varias páginas atrás en sus notas y encontró una palabra que ya en su momento le pareció clave: *entropía*.

La entropía es un concepto que se desprende de las dos leyes que gobiernan la energía y su comportamiento, a través de las leyes de la termodinámica.

La primera y la segunda ley de la termodinámica establecen que «la energía total que contiene el universo es invariable y la entropía total aumenta constantemente». La energía ni se crea ni se destruye, sino que se transforma constantemente, pero siempre lo hace en una dirección: pasando de disponible a no disponible. Es decir, si por ejemplo quemáramos un trozo de carbón, la energía permanecería, pero se transformaría en gases que se liberan al espacio. No se perdería ninguna cantidad de energía en el proceso, no obstante, ya no sería posible volver a quemar esa piedra de carbón y convertirlo en trabajo útil.

La segunda ley dice que siempre que la energía se transforma, una parte de la energía disponible se pierde en el proceso, es decir, ya no está en condiciones de realizar trabajo útil. Esta pérdida de energía aprovechable recibe el nombre de entropía.

Estas definiciones le parecían a Celia expresiones de elevada belleza poética y, de algún modo, también filosófica. Ese ineludible y perseverante derroche al que se

veía abocado el ser humano, y toda la naturaleza en su conjunto, rondaba la imaginación de Celia como un incómodo insecto de verano; difícil de atrapar, imposible de ignorar. «La entropía total aumenta constantemente». Era como si el ser humano estuviera condenado a llevar una existencia eternamente contradictoria y paradójica, atado y amordazado, perennemente cautivo de las leyes de la física. «La perfección no existe», pensó Celia More y, sin saber muy bien cómo, se descubrió escribiendo en su libreta, con grandes caracteres, dos palabras fonéticamente lúdicas, extrañamente hermanadas: *utopía entrópica*.

Lo subrayó tres veces . «Ahí hay algo...», se dijo.

Recostada sobre la silla, alzó el cuello para concentrar todo su interés en el blanco techo. Permaneció así un buen rato, absorta en sus cavilaciones, hasta que un tono agudo, proveniente del Yoko, la trajo de vuelta a la materialidad de su estudio. Era el sonido de un correo entrante. Se incorporó. Al ver el nombre del remitente fue como si un foco de 3.000 vatios iluminara su cara. Arqueó las cejas, abrió el archivo y, con los ojos de par en par, leyó la carta.

*Estimada Celia,*

*Como convenimos en la reunión dos días atrás, nuestro equipo ha comenzado ya con las tareas de investigación en referencia al tipo de pila, paneles y bombonas de uso común en la Era PreEmpática. Se está confeccionando un informe al respecto.*

*No obstante, como supongo que Melissa te habrá comentado, por nuestra parte, estimamos que podía ser muy útil tu presencia un par de días en Isla WeWe. Ya*

*que vas a ser tú quién aporte la idea germinal del proyecto a realizar, supondría un buen avance que pudieras conocer ya el material disponible en nuestro archivo de Isla WeWe y también comprobar el nivel de nuestras simulaciones y réplicas. Comparar luego con las reliquias que se conservan en la Isla de Hidrógeno, sin duda, completaría la visión en su conjunto.*

*Si estás de acuerdo, confírmanos, por favor, cuándo crees oportuno realizar esta visita y prepararemos todo para que tu estancia resulte lo más agradable y productiva posible.*

*Quedamos a la espera de tus comentarios.*

*Se despide afectuosamente,*

*Ernesto Winkler*

*Diseñador de Energía Histórica*

*Flux&Flow*

Vaya, desde luego el correo era bastante frío. «¿Qué esperabas? ¿Una declaración romántica? —se amonestó—. Pareces nueva Celia, dando crédito a Jacky y sus románticas fantasías de celestina». Dejó de recriminarse su actitud pueril y, con cierto malestar, pensó una respuesta que darle a Winkler.

Con enérgico vuelo, un pequeño colibrí polinizaba sin cesar todo estigma que encontraba a su paso. Cuanto más batía sus alas, más energía consumía y más alimento necesitaba. Así transcurría su entrópica existencia, produciendo vida de forma apresurada. A su lado, pasó un jilguero que planeó elegantemente y fue a parar al tejado de un modesto pabellón, tras los arcos que cobijan los helechos y los musgos, entre las nieves de aralias, camelias y estrelitzias blancas.

Flores del paraíso, aves del paraíso.

Un pequeño puente, radiantemente anaranjado y curvado hasta describir un exacto ángulo de ciento ochenta grados, ensombrecía los nenúfares que flotaban en el estanque y comunicaba el resto del jardín con su pequeña isla interior.

Rocas como islas, graba volcánica, bambú dorado. Calma.

Como una espléndida forma inanimada, Moss estaba sentado sobre una de esas islas que componían el archipiélago del jardín. Inmóvil, hierático. Unos minúsculos tics, casi imperceptibles, sacudían a intervalos irregulares su dedo índice derecho, marcando un ritmo sincopado. Tan sólo daba signos de vida en Moss este detalle y el rastro que dejaban sus pupilas tras los párpados, que corrían nerviosamente de aquí para allá, como un cachorro que quiere salir de debajo de una manta. El resto de su cuerpo era una estatua.

Moss estaba en el Yoko. Abajo. Muy abajo.

Se hallaba en la octava capa. Allí, el paisaje era bien distinto.

Bajo un sol abrasador, un inmenso desierto de grandes dunas, conformadas por carpetas metálicas, se extendía hasta donde el ojo alcanza. Moss laboraba en un vertedero de archivos olvidados. Llegar a la octava capa no estaba al alcance de todo el mundo, era un privilegio del que tan sólo los integrados más experimentados parecían disfrutar.

Moss estaba sólo, rescatando y seleccionando información. Su aspecto en esta realidad digital era exactamente el mismo que el que tenía allá afuera, en el jardín. Casi un metro ochenta de un cuerpo proporcionado, con pelo y tez morena. Una sucesión de ángulos rectos constituían el perfil de su semblante. Una rectilínea y joven cara que transmitía la sabia expresión de un octogenario. Poseía Moss una belleza masculina de geometría angulosa, armónicamente calculada.

Estaba rebuscando, agachado en la ladera de una de esas enormes dunas de documentos; dunas de carpetas metálicas que reflejaban un fulgor de estrellas bajo el sol, como si fueran grandes montes cubiertos de brillantes escamas caóticas.

Moss se levantó y ante un montículo alzó la mano. Con un leve gesto consiguió levantar un torbellino de documentos que se mantuvo en el aire, frente a él. El integrado movía su dedo y seleccionaba a una velocidad trepidante las carpetas que giraban en el vacío, expulsando del tornado, con un simple movimiento de su mano, la información sin interés, los *junk-bits*, hasta llegar a rescatar uno o dos documentos, a veces ninguno.

A mitad de faena sintió a su espalda la presencia de alguien que venía volando. Moss se giró extrañado.

Ante él apareció una chica morena de mirada inteligente y maneras espontáneas. Redonda, no en su conjunto, sino en sus partes. Quizá demasiado voluptuosa para su altura. Vestía mono negro, de tela *screen*, con estampado desactivado.

—Hola, Ercilurrutigastañazagoeascoa —lo dijo de un tirón, sin titubear ni un instante.

—Puedes llamarme Moss —dijo él, ocultando su sorpresa.

—Como prefieras. Soy Kristel Salazar, de Flux&Flow.

—Sí, ya sé quien eres —respondió Moss, un poco incómodo por el hecho de que esta jovencísima integrada hubiera logrado alcanzar la capa octava del Yoko. Sin duda la chica tenía potencial, pensó.

—¿Sustituyes a Xing Owen?

—Sí, voy a hacer su trabajo.

—¿Ya has empezado?

—Estoy en ello...

Cual director de orquesta, Kristel levantó dos remolinos de carpetas relucientemente metálicas ante ellos. A la velocidad del rayo, fue desechando documentos hasta quedarse sólo con uno suspendido en el aire.

Se lo entregó a Moss.



—*Small Is Beautiful...* de E. F. Schumacher... —dijo Moss sujetando la carpeta entre las manos—. No está mal, pero ya lo tengo en el carro —dijo esto al tiempo que le devolvía el documento con gesto cansado.

—Ok. ¿Cómo hacemos? —preguntó ella.

—Tú haces tu labor y yo la mía. Luego comentamos y evaluamos. ¿Vale?

—Ok —convino Salazar, que levitaba sobre una duna.

El sol comenzaba su descenso en aquel mundo virtual y teñía de cálidos rosados las lomas metálicas del paisaje. Tras un incómodo silencio, que no duró en exceso, Kristel se despidió y se alejó dejando un rastro de pequeños tornados en el horizonte, hasta que su silueta no fue más que un punto negro sobre las dunas y salió disparada hacia el cielo, para desaparecer allí.

Moss la siguió con la mirada y volvió a su tarea. Otra vez concentrado.

Afuera, en el jardín primaveral, por entre los enebros y los pinos enanos, apareció Yuri, su compañera amada, con un gracioso caminar hecho de cortos y delicados pasos. Se acercó por el sendero, entre las islas verdes, con una pequeña pinza en la mano y llegó hasta donde Moss estaba. Le acarició cariñosamente la mejilla y, frunciendo el ceño, concentró todo su interés en el entrecejo del inmóvil integrado, donde aplicó las pinzas con suma maestría. Yuri ponía mucho cuidado en el aspecto de su amado Moss y siempre le perseguía para hacerle cosas; arreglar sus pobladas cejas o quitarle un antiestético grano. Una vez que hubo terminado con el arreglo facial, le miró con una tierna sonrisa picarona y besó su frente. Volvió por donde vino, tarareando muy bajito un dulce canto.

Por fin Celia se sentaba un rato en el sofá. La tarde había sido intensa. No había sentido nada parecido desde que conoció a Scott. Tras el almuerzo, estuvo atrapada en un estado de excitación que le duró varias horas. Pero ahora, al caer la noche, ya había logrado relajarse, aunque buscó una vez más el sabor de lo sucedido, recordando aquella breve conversación.

Recordó cómo la música de las Mathematicians envolvía el estudio y cómo ella llevaba un buen rato ante la pantalla, escribiendo y reescribiendo esa respuesta que Winkler pedía y ella no lograba precisar. Celia no tenía claro si debía visitar primero las instalaciones de Flux&Flow antes de ir a Isla de Hidrógeno o si sería mejor hacerlo al revés. Y así se lo notificaba a Ernesto Winkler, de entrada, en el texto. Pero luego, la carta tomaba unos aires de ambigüedad e imprecisión galopantes. Ir al encuentro de Ernesto era algo que la atraía con fuerza, pero también le provocaba un gran nerviosismo e intranquilidad. Y esa no era una sensación del gusto de Celia More, que necesitaba tenerlo todo controlado, planificado y bien organizado. Por eso no era capaz de redactar algo concreto, se estaba perdiendo en abstracciones, en un laberinto de vacuos signos tipográficos. Fue entonces cuando sonó la llamada en el Yoko y apareció la foto de Ernesto Winkler en pantalla. Celia se sobresaltó. «Es tan mono», pensó.

Cogió el espejito de la mesita del caos y se miró. «Uhm, más o menos...», se dijo mientras se atusaba el cabello.

—Hola, Celia. ¿Cómo estás? —dijo Winkler con su arrebatadora sonrisa.

—Hola, Ernesto —se puso un poco nerviosa y como acelerada añadió—. Ahora mismo te escribía un correo.

—Oh, vale... El caso es que en el correo que te envié yo antes... no recordé apuntarte un dato que quizá sea de tu interés.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Creo que te gustan The Mathematicians... —dijo Winkler como distraído.

—Oh... —Celia, sorprendida, arqueó las cejas—  
¿Cómo lo sabes?

—Bueno, está en tu perfil...

«Ha mirado mi perfil», pensó Celia sin pensar.

—Resulta que actúan aquí, en WeWe, el próximo miércoles. ¿Te gustaría ir?

El plasma sanguíneo de Celia, sus glóbulos blancos, sus glóbulos rojos y sus plaquetas, alcanzó una velocidad trepidante. Su corazón bombeaba a mil por hora. Acertó a calibrar en un nanosegundo las posibilidades. «Supongo que puedo ir primero a Isla WeWe, está a mitad de camino de Isla de Hidrógeno, dirección Sur. Sería como hacer una escala de unos días y ¡ver a The Mathematicians!»

Las dudas se esfumaron por mandato del entusiasmo.

—¡Claro! Me encantará ir —respondió.

—¡Genial! —exclamó Winkler—. Rosalind te dará los detalles del viaje.

—Muy bien, hablo con ella entonces...

—Estupendo. Nos vemos pronto. Besos —se despidió Ernesto.

—*Ciao*.

Cuando Celia desconectó, inmediatamente comenzó a planificar los días que le quedaban antes de ir a WeWe; actividades y objetivos del proyecto, cosas que se tendría que llevar o qué se iba a poner para asistir al concierto. Esto último le ocupó buena parte de la tarde. No sabría

decir cuántos estampados para tela *screen* se bajó del Yoko y cuántos desechó. Pasó el resto del tiempo entre el quehacer de los preparativos y una nebulosa de fantasías inconstantes. Ernesto había llamado *ex profeso* para invitarla. Eso estaba claro. Y se había tomado la molestia de estudiar su perfil. Eso también quedaba claro. Quizá Jacky tenía razón y Ernesto Winkler la estaba cortejando —cosa que la emocionaba—, o quizá, simplemente, él estaba siendo muy amable y ella era una tonta —cosa que la aterrorizaba—. Estas dos opciones se habían ido alternando en su cabeza de forma obsesiva y obstinada bajo las luces vespertinas.

Tras cuatro horas de todo eso, constató que estaba agotada e intentó ocupar su mente en otra cosa y así, poco a poco, poder domar su ansiedad y desasosiego. Se tomó una infusión y se tumbó.

Acomodada en el sofá, jugueteaba distraídamente entre sus dedos con la moneda digital que Moss le había grabado. De pronto, pareció acordarse de lo que se traía entre manos y levantó la moneda ante sus ojos: *Power*.

«Habrá que verla...», pensó sin mucho ánimo.

A Celia no acababa de gustarle esa tendencia que combinaba el rigor histórico documental con la ficción. Los medios de simulación audiovisual habían sufrido un salto evolutivo de tal magnitud y las herramientas de creación 3D se habían simplificado y democratizado de tal forma que era bastante sencillo poner a actuar juntos, sin mayor problema, a actores y personajes históricos de diferentes épocas. Partiendo de filmaciones reales y fotografías, el ALIVE conseguía devolver de entre los muertos a los antepasados. Con el programa ALIVE se generaban películas en 3D de un realismo insuperable y *Power* era una de ellas. Al parecer, según decía Moss,

el documental, o la serie, o lo que fuera, defendía una teoría anti-empática, queriendo abrir una grieta, quién sabe si de rápido crecimiento, en el sólido bloque que coaligaba la sociedad: la confianza.

En los tiempos de Celia, ya no se utilizaba el ALIVE para este tipo de cometidos retóricos, sino para generar simulaciones sin ambigüedades, honestas en su condición de relato ficcional. Sin embargo, con aquellas películas antiguas, como *Power*, siempre existía una alta probabilidad de manipulación. Esas películas de conspiraciones eran engañosas. Aún cuando fuera fácil separar la verdad de la ideología, a Celia le resultaba molesta esa retórica panfletaria. De todos modos, estaba muy interesada en la rigurosa ambientación histórica que prometía tener *Power*, así que introdujo la moneda en una disimulada ranura que tenía el sofá y una pantalla de gran tamaño se desplegó ante ella.

Su salón era ahora un pequeño cine de líneas sinuosas. Le dio al *play*.

# POWER

---

## capítulo uno

Los niños de cualquier lugar del mundo juegan al escondite. Ahora, Salim está escondido tras un arbusto, con su hermana Rosa. Pero esto no es un juego. Cuando los hombres entraron en la aldea, Iman, su madre, los ocultó tras los matos del camino y se fue sollozando en busca de su marido. «No os mováis de aquí», les ordenó mientras les tapaba, con sus pequeñas manos, las orejitas. No pudieron oír a su madre gritando cuando aquellos hombres usaron sus machetes. Ahora, el miedo retiene a Salim y a Rosa en su escondite, paralizados.

El hombre con traje verde empuña un machete ensangrentado en la derecha y busca en su bolsillo con la izquierda. Extrae un móvil y comienza a grabar el poblado, que está completamente arrasado. De pasada, enfoca unos matorrales al fondo que llaman su atención y va hacia ellos. Descubre a los niños.

Nadie los escucha cuando gritan.

Chester Steiner paró el vídeo con un gesto de repugnancia y se dirigió al general africano que tenía al teléfono.

—La próxima vez, Bowutu, ahórrese el vídeo. Es muy desagradable —le dijo.

—Es sólo una muestra de que aquí cumplimos —replicó Bowutu y soltó una carcajada un tanto exagerada.

—Le recomiendo que destruya todo ese material de inmediato.

Steiner colgó el teléfono, eliminó el archivo de vídeo y se quedó un rato sentado ante el escritorio.

La ciudad entera quedaba a la vista desde su despacho, en la planta 17. «Industrias Frasch», se podía leer en el gigantesco luminoso que coronaba aquella arquitectura corporativa de ángulos quebrados.

Se levantó y salió a un largo y desierto pasillo con brillantes paredes de madera oscura, iluminado tan sólo por la débil luz de unos pequeños apliques en forma de cubo, muy separados entre sí. Bajo algunos de ellos colgaban valiosas pinturas, a las que Steiner no prestó atención en su caminar. Llegó al final del pasillo y llamó a la gran puerta cromada que se alzaba varios metros sobre su cabeza. Se abrió silenciosamente y Steiner pasó a una estancia gigante, revestida al completo por materiales nobles y salpicada de obras de arte adquiridas con millones.

Herman Frasch observaba la ciudad apoltronado en su trono empresarial.

—Lo de África va en marcha. Veremos beneficios muy pronto —dijo Steiner, saltándose todo saludo previo.

—Uh-uhm... —murmuró Frasch, sin desviar la mirada de la panorámica urbana.

—No tardarán más de dos semanas hasta que podamos entrar con las máquinas.

—Uh-uhm...

**E**l planeta estaba caliente. Muy caliente. La sociedad era un polvorín. El incremento de las olas de calor, los azotes implacables de las crisis económicas —que volvían cada vez con más fuerza y más frecuencia—, el insoportable clima de desigualdad social, la codicia de los mercados financieros y los actos criminales corporativos e industriales,

pasaban como carros de combate sobre la declaración de los derechos humanos y las leyes medioambientales, aplastándolas, ignorándolas casi con total impunidad. Todo eso, y mucho más, había provocado que la situación llegara a ser insostenible. La gente comenzó a tomar conciencia. Sin embargo, aunque la gran mayoría de la población estaba concienciada, no estaba, en absoluto, motivada para pasar a la acción. Protestar sí, pero nada más.

El poder, el dinero, las clases que gobernaban desde las alargadas mesas de las juntas de accionistas y los acolchados sillones de selectos clubes, ellos; mantenían en los países desarrollados unos mínimos de confort y paz que, junto con el poder de la ideología inoculada por la vía del entretenimiento, amarraban con suaves e invisibles cabos al ciudadano en el sofá. Para no mover un dedo, a no ser el pulsar de un botón y cambiar de canal.

Los habitantes de los países más pobres anhelaban llegar al estándar de confort de la cada vez más precaria clase media de los países ricos. Y allí, en los países ricos, proclamada por todas las formas del invasivo aparato retórico del sistema de mercado, la promesa del éxito, el gran sueño americano, las *celebrities* y las *stars*. Los mitos vivientes alimentaban en el sujeto la ilusión de que él, sólo con proponérselo, como si todos participaran en ese juego en igualdad de condiciones, podría ser algún día como esos personajes míticos que habitaban los medios. Rico, famoso, feliz. Claro está, las probabilidades de que esa lotería le tocara a uno eran más bien escasas.

La clase media empezó a menguar considerablemente; cada día más pobres y cada día más ricos. Muchas personas sin nada y muchas personas con mucho. A éstos últimos, que oprimían al pueblo y depredaban todo brote de riqueza que crecía a su alrededor, les comenzó a incomodar una alternativa, un movimiento de movimientos, descentralizado y diverso, que consiguió cambiar la forma de pensar de muchos.



La historia quiso traer consigo a una generación de científicos con un inédito compromiso político radical. En las universidades más prestigiosas de todo el mundo, allí donde se formaban aquellos que habrían de ser las mentes más preclaras e innovadoras del planeta —especialistas e investigadores de las ramas más punteras de la nanotecnología, la bioinformática, la neurotecnología o la ingeniería genética— decidieron organizarse. Entendieron su misión científica como una misión social, moral. Un compromiso ético con su mundo, que había mutado al estado de un organismo enfermo, corrupto en cuerpo y alma.

Los ‘científicos morales’, también llamados ‘acción científica’, comenzaron por crear una pequeña comunidad donde vivir ajenos a todos los males que asolaban el planeta: la Isla de Hidrógeno. Una comunidad enteramente abastecida por energía limpia, poder solar y eólico almacenado en bombonas de hidrógeno y vehículos que utilizaban este elemento como combustible. Una comunidad absolutamente limpia y sana, libre de emisiones de CO<sup>2</sup>, regida por una democracia directa, con una economía local mecanizada y una redistribución total del trabajo y la riqueza. Y sobre todo, una comunidad empática. «Yo Soy Tú», se leía sobre sus puertas. Esa era la clave de que todo funcionara.

Científicos, artistas, activistas, pensadores, empresarios comprometidos, pusieron en marcha un modelo que rápidamente comenzó a probar su eficacia. Las nuevas comunidades se alejaban de la imagen que la comuna hippie, los kibutz o las sectas habían dado del comunitarismo social. La Isla de Hidrógeno era una comunidad, sí. El bien común era el ser soberano allí. Y aún cuando la autogestión y la economía localizada suponía poner el foco en la producción agrícola, aislarse en los entornos rurales y practicar un consumo responsable, la propia idiosincrasia de la comunidad, como un proyecto que nace de los más avanzados logros científicos, tecnológicos e intelectuales, separaban a esta

Isla de la imagen típica de la comuna. En poco tiempo se triplicaron las solicitudes de entrada en la Isla de Hidrógeno. Gentes preocupadas por el mundo en que vivían, que buscaban un escape a la difícil situación social y deseaban vivir su vida fuera de las exigencias inhumanas del sistema, acudieron, esperanzados, a las puertas de la comunidad.

Pronto se multiplicaron las réplicas de este pequeño paraíso terrenal, absolutamente tecnológico, racional y empático. Las Islas, como se llamaban todas las comunidades—estuvieran bañadas sus costas por mares y océanos o contenidas sus lindes por praderas, montes y arboledas—trajeron consigo una reducción drástica de las horas de trabajo y, como consecuencia inmediata, que todos los comunitarios pudieran dedicar gran parte de su tiempo al cultivo de las artes y las ciencias. Investigar y poner, entre diferentes disciplinas, conocimientos en común. Experimentar en todos los ámbitos con un único fin: mejorar la vida de la gente, entregarle a las personas, a ellos mismos y a sus hermanos, un entorno más agradable, pacífico y civilizado. Cambiaron el permanente estado de excepción, al que había llegado la anarquía capitalista, por un constante estado de experimentación. Experimentación con la ingeniería del comportamiento, con procedimientos psicológicos y neurológicos, nanorobóticos y bioinformáticos, para alcanzar la adecuación óptima del individuo a su entorno, físico y social.

La gente anónima que estuvo allí, con los científicos morales, con los artistas e intelectuales, colocaron, todos, obreros y médicos, agricultores y empresarios, mujeres y hombres, los adoquines de un camino que conducía al estado empático, a la empatocracia del Yo Soy Tú. Fue un triunfo del héroe colectivo, como se diría más tarde, para acabar por completo, y de una vez por todas, con la figura del héroe, del elegido, del señor, del humano que camina sobre otros humanos.

Aunque la Historia empática prefiere no destacar individualidades, en los tiempos del héroe colectivo hubo nombres, como Alba Pardo, como Favio Weschenfeller, como Gunner Larsson, o tantos otros que tomaron gran protagonismo al divulgar esta doctrina colectivista, pacifista, ecológica, tecnológica y moral.

Pero estaban también otros que, anónimos entre los anónimos, determinaron sin duda el curso de la historia con sus actos. Siempre estuvieron en la sombra, incluso para su propia comunidad, simplemente porque no existían, nunca existieron.

Esa fue su fuerza, y lo sigue siendo; su silencio.

—¡Estás hablando de terrorismo, Anna!

—No es terrorismo.

—¿Entonces, qué es?

—El terrorismo busca la publicidad, busca los titulares. Les une un lazo histórico a la prensa y al terrorismo. Sabotaje, secuestro y asesinato, atentados que no tienen más poder que lo que significan, permanecen en el campo de lo simbólico. No tienen capacidad transformadora. Simplemente, el terrorismo no puede ser revolucionario —Anna København sostuvo la mirada de Marcus Frasch—. Pero nosotros hablamos de otra cosa bien distinta. Hablamos de lo contrario. Hablamos de transformación, hablamos de cura, hablamos de efectividad. Sin llamar la atención de los medios, ni de nadie. De nadie en absoluto. Con acciones silenciosas, expeditivas, secretas. Una revolución silenciosa, Marcus. Sin violencia, por la empatía.

—¡No me hagas reír! ¡Sin violencia! ¡Esto es increíble! Estás hablando de secuestrar a personas. Vale que son despreciables psicópatas, desgraciadamente con mucho poder, pero estás hablando de secuestro y operación quirúrgica sin el consentimiento del paciente, de una intervención que con-

lleva bastante riesgo además. ¿No es eso violencia, Anna? ¿Qué es eso, Anna?

—Salud. Salud social. Lo llamamos «implementación».

—No te reconozco. Eres... eres una nazi.

—Te recomiendo, Marcus, que no te interpongas y nos dejes actuar.

—¿Y si no? ¿Qué vas a hacer?

Los inexpresivos ojos de Anna Kopenhagen enfocaron a Marcus fríamente, como un témpano.

—¡Joder, Anna! Somos amigos.

—De verdad te quiero, Marcus, lo sabes. Pero hay una empresa que llevar a cabo. Una misión superior que está muy por encima de nuestras diminutas existencias. Estamos hablando, Marcus, de poder conseguir, por primera vez en la historia, lugar para la utopía.

**M**arcus Frasch, hijo de Herman Frasch, el magnate de la industria farmacéutica, había conocido a Anna Kopenhagen años atrás. Los dos habían pasado buenos momentos juntos, aunque desde hacía algún tiempo ya casi ni se hablaban. Aldo Sanchís, un amigo común, había insistido en que lo acompañara a aquella reunión de científicos morales. Fue entonces cuando Marcus habló con Anna por primera vez.

Aquel evento resultó ser algo parecido a una ponencia. Habría alrededor de unas veinte personas allí. Marcus sabía que el mensaje de la empatocracia siempre se propagaba en pequeños grupos, a través de una multitud de pequeñas células interconectadas. Marcus Frasch, que simpatizaba con los planteamientos éticos de los comunitarios de la Isla de Hidrógeno, sufría la dolorosa carga de la ignominia en la figura de su padre, Herman Frasch. Todos los grupos activistas estaban al corriente de las maniobras criminales de Industrias Frasch. «Para una vida mejor», rezaba su *slogan* comercial. Experimentos con personas desesperadas, res-

tricciones de fármacos en el tercer mundo, persecución de sindicalistas, fomento de guerras civiles; las acusaciones a las que la farmacéutica Frasch debía hacer frente eran muy graves, sin embargo los abogados del grupo empresarial habían logrado mantener siempre libre de cargos al imperio farmacéutico. En numerosas ocasiones había discutido Marcus con su padre, el poderoso Herman Frasch, siendo la última de estas disputas la causante de que Frasch *junior* abandonara la mansión familiar y ocupara un céntrico apartamento en la ciudad, para desocuparlo más tarde e irse a vivir, durante varios años, a la mítica Isla de Hidrógeno, con Aldo y con Anna.

Indefinida por la vaguedad de las penumbras, la audiencia se desperdigaba en pequeños grupúsculos por la habitación. El orador era un hombre de mediana edad y estatura mediana. De ojos despiertos y manías en los gestos. Se expresaba con cierta vehemencia y absoluta claridad; lograba, sin esfuerzo, atraer la atención de aquel público heterogéneo. Marcus y Aldo no perdían detalle. Al fondo de la sala, la proyección de infografías, imágenes de microscopio y nanovisiones reconstruidas en 3D reforzaban el, ya de por sí, efusivo discurso. El ponente se colocó los puños de la camisa por octava vez y prosiguió con su arenga.

—El siglo de Freud nos hizo creer que el ser humano era un monstruo. Que su impulso incontrolado para obtener la satisfacción sexual era tan fuerte que toda la realidad externa devenía meramente instrumental, con el único fin de desatar su sexualidad. Que los seres humanos estamos dominados por la libido y que, tal como Hobbes también concluyó, somos agresivos por naturaleza. Que únicamente buscamos satisfacer nuestro apetito carnal insaciable, presos de una inconsciente crueldad marcada a fuego en nuestros genes.

El ponente hizo una pausa dramática y, posando ambas manos sobre el atril, rastreó con la mirada al público oculto tras las sombras.

—Si en el núcleo de la biología humana tan sólo se hallara el impulso irrefrenable de destruir y matar, nuestra especie hace ya mucho tiempo que se habría extinguido —esbozó media sonrisa y prosiguió—. El propio Darwin, en sus últimos escritos, revelaba que la supervivencia del más apto se refiere tanto a la cooperación, la reciprocidad y la simbiosis como a la competencia. Los más aptos también pueden ser los que más tienden a establecer vínculos de cooperación con sus congéneres. Ante todo, somos una especie social, existimos en relación a los otros. Hoy, multitud de experimentos han dado al traste con la teoría pesimista del monstruo humano y su oscuro destino.

Con un extraño gesto de los hombros, el orador reincidió en el ajuste de los puños de su camisa y pasó fugazmente la mirada por sus apuntes.

—En los años que sellaron el pasado siglo, Giacomo Rizzolatti descubrió el comportamiento de las neuronas en la región F5 de la corteza frontal del cerebro de los macacos, a las que más tarde denominaría «neuronas espejo», las neuronas de la empatía —el hombre paseó ante la pantalla y continuó—. Las neuronas espejo permiten que los seres humanos, y otras especies animales, capten la mente de otros como si la conducta y los pensamientos de esos otros fueran suyos. Y esto se hace, no mediante el razonamiento conceptual, sino por medio de la simulación directa. Sintiendo, no pensando. Estamos cableados para sentir empatía, la empatía forma parte de nuestra naturaleza, es lo que nos hace seres sociales.

Acto seguido, se proyectó una cita firmada por Marco Iacoboni, neurocientífico destacado en la investigación de las neuronas espejo. El texto se fue escribiendo en la pantalla al tiempo que el conferenciante lo iba leyendo con pasmosa sincronía.

*—Si alguien ve que tengo un nudo en la garganta, si me ve sufrir porque he cometido un fallo, las neuronas*

*espejo de su cerebro simulan la angustia que siento yo. Empatiza conmigo automáticamente. Sabe cómo me siento porque, siente lo mismo que yo.*

Entre proyecciones gráficas y tics nerviosos, el pintoresco ponente explicó a continuación que, aunque la capacidad empática era parte de la naturaleza humana, para lograr un total desarrollo del comportamiento Yo Soy Tú era indispensable el progreso cultural y una actitud cosmopolita, así como la educación en el afecto y la compasión. En caso contrario, nunca se llegaría a realizar la utopía empática. Este tema abrió un enconado debate entre el público y el conferenciante que giró en torno a los genes y los memes, el esencialismo y el culturalismo, la biología y la cultura. Como el debate tenía visos de hacerse eterno, el curioso orador, aduciendo falta de tiempo, cerró el turno de preguntas y dio paso a la próxima intervención.

Entonces, surgió de las sombras Anna København, que tras agradecer brevemente la charla a su colega, se presentó como cirujana e ingeniera. Marcus recordaba su cara. En su memoria permanecía grabada una instantánea que Aldo le había enseñado en Internet. Anna aparecía en aquella foto entre los brazos de un robot laparoscópico, objeto de su invención y diseño, un salto exponencial en el avance de la tele-cirugía. Entre aquellas sofisticadas articulaciones que prometían movimientos extremadamente precisos y que venían a concurrir en el centro inferior del cuadro como delicados radios mecánicos, se asomaba con calmada frontalidad la simetría facial de København.

Ojos rasgados y labios carnosos. Las cejas y nariz describían una «T» latina contenida en la forma cuadrada, de vértices redondeados, que era su cara. Una media melena morena, rayada por un par de mechones canos, caía sobre uno de sus lados, alargando de este modo su contorno facial. Pese al gélido equilibrio de sus rasgos o quizá gracias a éste, el físico de Anna København se expresaba

sutilmente emanando un aura femeninamente científica, mezcla de serenidad y seguridad, de inteligencia y empatía. Anna pertenecía a ese reducido grupo de personas capaz de investigar en la creación de herramientas que pudieran facilitar la práctica de su profesión. Reunir los conocimientos y la destreza para operar quirúrgicamente, y diseñar robots clínicos a un tiempo, no está al alcance de cualquier cerebro, así que su nombre sonaba en los círculos académicos con gran admiración y respeto.

Para Marcus, un perfil como el de Anna resultaba deslumbrante. Él no era científico, aunque también era creador. Tras acabar sus estudios de bachillerato, Marcus Frasch ingresó en una prestigiosa universidad privada, como se esperaba de un miembro de la exclusiva clase social a la que pertenecía. Por inercia, en aquellos años en los que aún «estaba despistado» —como ahora confesaba a sus compañeros—, comenzó los estudios de económicas y administración y dirección de empresas, para poder así perpetuar la expansión empresarial del ya gigantesco emporio familiar. Ese era el deseo de su padre y él, con la inseguridad que le caracterizaba, lo había aceptado con indolencia. En esos tiempos, su escuálida figura moraba los lugares del campus como una débil sombra aburrida y terriblemente inconstante. Aunque sus asignaturas no llegaban a gustarle, tampoco alcanzaban a incomodarle; simplemente seguía, apático, el curso de una vida previamente programada.

Sin embargo, ciertas esferas universitarias en las que cayó por casualidad, abrieron en el joven Frasch las puertas a la solidaridad social y al entusiasmo por las artes. Encontró en la arquitectura su vocación. No sabría decir muy bien en qué momento exacto se manifestó tal epifanía, pero el resultado fue el de un crecimiento personal del todo inesperado. Como si hubiera tomado conciencia de su propia indeterminación ante la vida, centró su interés



en la arquitectura indeterminada, de inspiración organicista y amante de metáforas biológicas. Mallas y materiales amorfos difíciles de fijar, estructuras aleatorias, volúmenes dinámicos y habitaciones mutantes. Los edificios con los que soñaba Marcus de ningún modo eran sólidos y estáticos volúmenes que imponían límites a la actividad humana, sino lugares trazados por los flujos y reflujos de las relaciones personales, siempre cambiantes, siempre imprevistas, siempre actualizables. De su pasión creativa reunió el coraje suficiente para decirle a su padre que abandonaba la instrucción capitalista y procedía a matricularse en la escuela de arquitectura. Aquél fue el primer choque frontal con su familia, a partir de entonces la relación se iría deteriorando más y más.

En su investigación experimental sobre el habitar, aquellas dinámicas formas indeterminadas llevaron a Frasc *junior* a interesarse por Heisenberg y su principio de incertidumbre, base de la física cuántica. La idea de que no se puede estudiar un objeto —medirlo, pesarlo o verlo— sin interactuar con él, e ineludiblemente modificar sus propiedades, fascinaba a Marcus. Comenzó a frecuentar a grupos de científicos e informáticos y conoció a Aldo Sanchís, un estudiante avanzado de bioinformática, obnubilado por el poder de las redes de comunicación y el traspaso de información, de energía y de impulsos de todo tipo, en todo tipo de seres: digitales, biológicos o sociales. Se hicieron inseparables.

Concluyó aquel turno de intervenciones Anna København con un breve discurso que ponía todo su énfasis en la necesaria difusión de la teoría y la práctica empática por todo el globo. Avisaba København del peligro de encerrarse en las Islas y quedar reducidos a algo parecido a unas «sectas paraíso» que daban la espalda a los problemas del planeta.

La tromba de aplausos que atronó la sala al finalizar su exposición constató el entusiasmo que se palpaba en el ambiente.

—Me gusta tu camiseta. ¿Te la has hecho tú? —le dijo a Marcus, cuando Aldo les presentó al acabar la charla.

Anna le cayó bien desde el principio, no tanto porque elogiara su camiseta, que llamaba la atención de todo el mundo al llevar estampado en su frontal un dibujo esquemático de los órganos abdominales del ser humano, ilustración que él había rescatado del libro *Urbanisme*, de Le Corbusier, y que era una clara alusión a la semejanza que podría establecerse entre el aparato digestivo y la perfecta disposición urbana y arquitectónica. Lo que realmente Marcus agradeció en Anna fue el hecho de que no hubiera emitido ningún comentario previo derivado del conocimiento de su apellido y lo relacionara directamente con su padre, como solía ocurrir por norma. Anna le trató desde un principio como persona y como creador —como arquitecto—, y no como el rico heredero desheredado de Industrias Frasch.

Los tres, Anna, Aldo y Marcus, convivieron felizmente en la Isla de Hidrógeno, involucrados sin fatiga en la construcción de nuevas Islas comunitarias y en la experimentación científica y estética. Pero aunque Marcus había dejado de ser aquel retraído muchacho, de cara lánguida y constitución huesuda, para convertirse en un hombre con un gran sentido de seguridad en sí mismo y albergar firmes convicciones éticas y estéticas, sus intentos por construir edificios vivos pronto se estamparían con las necesidades funcionales de los comunitarios. Sus proyectos volaban demasiado alto, habitaban más los espacios teóricos que los terrenos de la práctica. La eficiencia en la Isla de Hidrógeno aún era un valor, algo que, sin embargo, Anna y Aldo habían aceptado de buen grado.

El trío se fue separando poco a poco, de forma natural. Por un lado, Marcus seguía con sus investigaciones culturales, enmarañándose cada vez más en sus proyectos

indeterminados. Por otro, Anna estaba logrando construir robots de quirófano teledirigidos cada vez más precisos y, sobre todo, cada vez más pequeños y portátiles, hasta llegar a incluir todo lo clínicamente necesario para una operación de cirugía no invasiva en el reducido espacio de una maleta metálica. «Debemos llegar a muchos lugares del globo, mucha gente nos necesita», repetía. Por su parte, Aldo se volcó en las relaciones máquina-humano, trabajando con híbridos biónicos y adentrándose en el campo de la nanorrobótica. En este área de la robótica ultramicroscópica, su equipo y él diseñaron multitud de fármacos, libres de patentes, que eran producidos y enviados a las zonas más necesitadas.

Progresivamente, cada cual fue ocupándose más de sus investigaciones y relacionándose más con sus colaboradores cotidianos. Aldo Sanchís permanecía como nexo de unión entre Marcus Frasch y Anna København, pues cooperaba con el primero en la investigación de superficies materiales inteligentes y compartía con la segunda el estudio de la robótica y, aunque con cierta ambigüedad, también las obsesiones activistas que Marcus comenzó a notar en las pocas ocasiones en las que se veían ya.

**A**hora, observando a Anna en aquella habitación, tras haberla tachado de nazi y terrorista, volvió a la mente de Marcus Frasch, como un chispazo, aquella soleada mañana de septiembre en la que los tres amigos, sentados en la carga trasera de un tractor, volvían de la granja comunitaria tras cumplir con sus dos horas de actividad de mantenimiento. La conversación se alzaba sobre el rugir impetuoso del motor y el metálico traqueteo de la cajoneta en la que iban remolcados.

—Algún día, todos seremos empáticos —suspiró Frasch, en tono soñador, al vislumbrar los edificios de la Isla de Hidrógeno.

Aldo y Anna se hablaron con la mirada.

—¿Y cómo lo conseguiremos, Marcus? —dijo ella.

—Bueno, la gente se dará cuenta de que la empatía es sagrada, y de que todo comienza ahí. Hay que educar...

Anna volvió a lanzar una penetrante mirada a Aldo Sanchís, que intentaba hacerse un improvisado sillón entre dos sacos de grano.

—El problema del sistema, Marcus, no es tanto el aparato ideológico y estructural del capitalismo como los psicópatas que lo dirigen. La falta de empatía comienza ahí. Mucho me temo, querido Marcus, que la sola expansión de la palabra empática no servirá de nada si no se actúa biológicamente, médicamente. El problema son los psicópatas, hay que curarlos.

Marcus estaba al tanto de que los estímulos relacionados con las capacidades de empatía, en el caso de los psicópatas, se encuentran ausentes en el lóbulo prefrontal del cerebro, sede principal de los mecanismos que generan nuestros razonamientos morales, y que en los psicópatas se halla inactivo ante un estímulo que sugiera empatía hacia otras personas.

—Bueno... Sí... Hay que curar a los enfermos mentales peligrosos... —dijo.

—Lo que pasa, Marcus, es que la mayor parte de los psicópatas no cometen delitos, pero no dudan en mentir, manipular, engañar y hacer daño para conseguir sus objetivos, sin sentir por ello remordimiento alguno. Y no necesariamente tienen que causar algún mal, pero si hacen algo en beneficio de alguien o de alguna causa aparentemente altruista es sólo por egoísmo, para su único y exclusivo beneficio. ¿Te suena de algo esa lógica, Marcus? Yo veo ahí la ley del máximo beneficio; el alma mater del capitalismo.

—¿Y qué quieres hacer entonces?

—Se puede actuar en el lóbulo prefrontal en esos casos —dijo København.

—Ya. ¡Quieres intervenir quirúrgicamente en el cerebro de todos los psicópatas del mundo! —exclamó Frasch con aspavientos.

—No en todos, de momento. Por ahora sería suficiente con los psicópatas en el poder.

—Fantaseas.

—Tenemos mucha gente, Marcus, muy preparada. La ciencia está de nuestra parte. Sería posible.

Los ojos de Anna y Aldo volvieron a coincidir.

—¡Vaya! Eso no sería una resistencia muy pacífica que digamos. Ni muy empática —dijo Marcus Frasch negando con la cabeza.

—En cierto modo actuaríamos también por su bien, para curarlos —replicó Anna København.

—¿Hablas en serio? —entonces se dirigió a Aldo Sanchís que había permanecido callado todo el trayecto— ¿No es eso una locura Aldo?

Aldo no contestó.

—Ya estamos aquí —dijo en su lugar.

El tractor había llegado a su destino.

Marcus se quedó perplejo mirando a su amigo. No podía entender que no se pusiera de su parte frente a una propuesta tan descabellada, nada empática a sus ojos y ciertamente violenta.

Todo comenzó a cambiar desde entonces.

Ahora, años más tarde, en aquella habitación comunitaria en la que discutía de nuevo con Anna, también estaba Aldo, apoyado sobre el quicio de la puerta y una vez más le volvió a preguntar.

—¿Tú estás en esto Aldo?

—Todos estamos y ninguno está, Marcus. Esta conversación no existe.

Las notas musicales planeaban sobre el gran salón como una bandada de aves absolutamente acompasadas que giraban, subían y descendían todas, en correlativa armonía. Rodearon las blancas columnas de dorados capiteles, ascendieron para acariciar con sus tonos las molduras y revolotearon alrededor de la enorme lámpara de araña, agitando sus lágrimas con la leve potencia de una brisa. Luego, tras alborotarse con el roce involuntario de los frescos, cayeron en picado para envolver al camarero que, con estudiada coreografía, parecía poseer la misma perfección ejecutiva que aquella adorable sonata de Mozart. Con paso decidido, el mozo se dejó guiar por una agrupación de invisibles corcheas que le llevó hasta un tresillo de elegantes proporciones, donde estaban sentados Herman Frasch y Wolfgang Hertz. Al fondo, a través de los grandes ventanales de estilo dieciochesco, el sol se disponía a tomar su descanso diario. El *green* estaba ahora teñido de marrones y las siluetas de los golfistas, a lo lejos, se recortaban sobre un cielo cada vez más cálido y oscuro.

—Sí, querida, estoy en el club.

Herman Frasch hablaba con su esposa a través de su BlackBerry. Corpulento y vigoroso, aún conservaba su tupida cabellera, en la que hacía años que no se atrevía a asomar un pelo que no fuera blanco. Su elegante traje, sin duda hecho a medida, parecía más un órgano vital que un atuendo; eran indivisibles. Frente a él, Wolfgang Hertz agitaba suavemente su brandy con la mirada fija en el crepúsculo. Pese a la diferencia evidente en su constitución, ambos parecían reflejarse en un espejo. Los dos empresarios estaban cortados por el mismo patrón, eran como dos clones que emitían una señal visible a kilómetros de distancia y que comunicaba de forma intermitente: dinero, poder, rango.

—Sí, querida, lo sé.

—No, de ningún modo.

—Escúchame bien, Hildegard. Existen dos tipos de archi-

tectos: el arquitecto constructor y el arquitecto artista. Y por desgracia, nuestro hijo pertenece a esta última categoría. Cuando recobre el sentido, si es que lo hace, le felicitaré por su cumpleaños y todo lo que tú quieras, pero hasta entonces no esperes nada de mí, es como si no existiera. ¿Entendido?

—No, no me esperes para cenar, llegaré tarde —dijo esto y colgó airado.

Mientras saboreaba el templado licor, Wolfgang se permitió la libertad, que una amistad veterana te brinda, para inmiscuirse en los asuntos familiares de Herman.

—¿Marcus?

—Sí, Wolfgang: Marcus. Hoy es su cumpleaños —respondió, para luego acercarse el ancho vaso a la boca y dar un buen trago al whisky de malta.

—Quizá debas abrir un poco la mano, al fin y al cabo es tu hijo.

—¡No me toque los cojones, Wolfy! Tú no tienes un hijo hippie que se ha ido a vivir a una comuna y que se pasa el día soñando con gilipolces.

—Hombre, por lo que yo sé, los de la Isla de Hidrógeno son de todo menos hippies.

—¡Lo que cojones sean! El caso es que si la cosa no cambia, la larga tradición familiar, el negocio que fundó mi tatarabuelo, el honorable Fritz Herman Frasch —alzó la copa y miró al techo, como si el antepasado estuviera escuchando—, acabará en manos de extraños, pasará a manos de otros. ¡No me jodas con abrir la mano!

—Bueno, siempre te quedará Chester, al fin y al cabo es tu yerno.

—¡Chester Steiner! ¡Pues sí que vamos listos! Sinceramente, Wolfgang, no veo a Chester presidiendo la mesa. Jamás será un CEO, es un segundón —dijo con amargura, al tiempo que escrutaba el contenido del vaso y hacía tintinear los cubitos de hielo con desgana.

—En fin, no sé, Herman. No te lo tomes a mal, pero esa gente, los empáticos, como se hacen llamar, no hacen mal a nadie. Más bien, todo lo contrario.

Herman le miró con desconfianza.

—Tienen algunas ideas que no están mal... y a nivel tecnológico son la vanguardia.

—¿Estás de broma? ¿Qué coño dices, Wolfy?

—Pues que quizá habría que tenerlos en cuenta. No sé, yo llevo un tiempo planteándome dejar de apretar con los precios en Etiopía y liberarles de la presión del café. Esa gente se muere de hambre. No sé...

—¡No me lo puedo creer, esto es el colmo! —dijo Frasch padre y apuró lo que le quedaba de whisky.

—No sé... son cosas que voy pensando...

—Tú sabrás lo que haces, Wolfgang. Pero ten cuidado, por ese camino se llega a las pérdidas. Quizá te cueste el sillón de presidente —y le miró frunciendo el ceño como queriendo ver qué se escondía en la mente de Wolfgang Hertz. Entonces, notó que su amigo se echaba la mano a la sien y luego se frotaba la frente con denotada molestia.

—¿Te pasa algo, Wolfgang?

—Oh... nada... es sólo este terrible dolor de cabeza. Llevo unos días así. Ya se me pasará.

**E**l parking subterráneo del club no parece un parking, más bien tiene la apariencia de un elegante y cómodo club para automóviles, de cuidados detalles y superficies lustrosas. El chófer está esperando, es la hora de volver a casa. Espera dormido, profundamente dormido. Suena una campanita y el ascensor abre sus puertas proyectando una banda de luz sobre el pulido pavimento. Con la cabeza ladeada, y caído en una esquina del elevador, Herman Frasch duerme también plácidamente. Como un relámpago oscuro, dos sombras sigilosas le recogen y le trasladan, con resolución



expeditiva, hasta una puerta de servicio, donde desaparecen. No ha pasado ni un minuto.

Abajo, grandes tuberías recorren suelos y paredes; también los bajos techos. La iluminación apenas ilumina nada. Al final de las tuberías, una cámara esterilizada resplandece. Allí, descansa el empresario sobre una camilla, con unos extraños brazos mecánicos trabajando en su cabeza. Una sonda biodegradable programada se dirige a sus neuronas. Los brazos se mueven delicadamente, de forma precisa y silenciosa. Una señal les dirige vía satélite. A miles de kilómetros de distancia, las manos de una mujer controlan los mandos con diligencia.

# VIII

---

La Isla de Hidrógeno

A mitad de la noche, Celia More se despertó, aún en el sofá. El ajetreo del día anterior, que había empezado muy pronto a la mañana y tan excitante había resultado a la tarde, tuvo como consecuencia que se quedara dormida mientras veía *Power*. Sumida en un creciente estado de somnolencia, las últimas escenas tan sólo las pudo escuchar. Las voces de los personajes se confundían y mezclaban con las difusas sensaciones oníricas que tímidamente comenzaban a poblar su subconsciente. Se levantó con los ojos entreabiertos y bandeando por el salón llegó hasta la escalera de caracol, por donde ascendió hasta su cuarto. Cayó rendida en la cama.

Se encontraba en el *backstage* de las *Mathematicians*. Las componentes del grupo —que parecían ser amigas suyas de la infancia, pero con rasgos irreconocibles— reían con ella, que vestida con traje y corbata afinaba un instrumento electrónico colgado de sus

hombros. Salieron, a veces corriendo, a veces volando, hasta llegar al escenario. De pronto, se vio cubierta por una bata blanca, acariciando a un robot de mil brazos que trajinaban sobre un cuerpo sin cara. Oyó la voz de Scott que le decía, «Tienes que practicar más, le estás haciendo daño». Al volverse a mirar a Scott, era Ernesto Winkler quien hablaba, y sonreía mientras acariciaba dulcemente su cara. Salieron de allí entrelazados en un húmedo abrazo. Estaban desnudos y volaban, ligeros, sobre un público extasiado. Eran ella y Scott. Ella y Ernesto. Sólo ella. Desnuda. Cuando miró hacia abajo, se vio de nuevo operando con el robot, rodeada de las Mathematicians y sus instrumentos musicales de formas inefables. Estaba abriendo una pequeña incisión en la mejilla de aquel cuerpo que ahora sí tenía rostro; era ella, sonriente, que se decía así misma: «Soy feliz, te amo».

Se despertó sobresalta, empapada en sudor y con un vago recuerdo del sueño. Se levantó al servicio y retornó a la cama con una extraña sensación. Se acostó y no volvió a soñar. Eran las tres de la madrugada.

**M**oss se conectó enseguida, claro, él siempre estaba conectado. El reloj marcaba las 11:24 AM.

—Buenos días, More. ¿Cómo vas?

—Regular, Moss.

—¿Y eso? Anteayer parecías pletórica...

—Ya, bueno... Estoy bien, aquí sigo trabajando, pero he dormido mal —respondió Celia, al tiempo que observaba con espanto sus ojeras reflejadas en el espejito de los retoques.

—Vaya... —dijo Moss.

—Cada vez me cuesta más ver películas antiguas. Demasiada violencia... No estoy acostumbrada, y luego tengo pesadillas.

—¿Lo dices por *Power*? ¿No te ha gustado?

—Bueno, he visto el primer capítulo.... Me gusta y no me gusta, Moss.

Hizo una pausa mientras rememoraba la serie y añadió frunciendo el ceño:

—Para serte sincera, más bien me irrita.

Moss se rió.

—Estuve a punto de pararlo ya desde el principio, en la escena de los niños; es muy cruel —dijo ella con amargura—. Pero en fin, como me dijiste que merecía la pena, meforcé a seguir. Desde luego, la ambientación y la descripción social es muy buena y acertada. Me encantan los edificios que diseña el chico ese, el hijo del magnate. Pero Moss, lo que insinúa esa gente es tremendo. Me parece del todo irresponsable. ¿Qué colectivo dices que la realizó?

—Es anónima, y no te olvides de que es ficción.

—Ya, ya, ficción, pero el caso es que se cuenta como si fuera una historia real.

—Hombre, es otra forma de ver la Historia. Eso podría haber pasado...

—No fastidies, Moss. Eso lo que es... es una forma de minar la confianza en la condición humana y el poder de la educación. ¿Científicos violentos? ¿Intervenciones quirúrgicas forzosas? ¡Qué majadería! Parece un panfleto antiempático. Además, no tiene base.

—Algo de base sí que tiene, creo yo. Si no, ¿de qué ibas a tener tú esa pinta de treintañera a los sesenta años, More?

—Gracias, muy amable, pero te recuerdo que tú me sacas veinte años, abuelo —dijo Celia More molesta, fe-

meninamente molesta. Reflexionó un instante y volvió al tema—. Vale, yo también soy consciente de que la intervención genética nos mejora a todos, para nivelar física e intelectualmente a los comunitarios y desechar así el más mínimo grado de desigualdad de oportunidades, cuna del resentimiento y la dominación. Pero esa injerencia en la genética, o en el sistema neuronal de los humanos, fue el producto de una decisión colectiva, fue votada, democráticamente, no fue tomada por un grupo de «salvadores» a expensas de todo el grupo, de toda la humanidad. Por favor, Moss, lo que se propone aquí es algo terrible. Ya te digo que parece un intento de desprestigio promovido por aquellos antiguos neocon, con el fin de minar la confianza en la posibilidad de un ser humano responsable, mental y socialmente sano.

—Es una versión de los hechos... —repitió el integrado con cierto desinterés.

—Pero no hay ninguna prueba que lo verifique, Moss. Son calumnias.

—Bueno, si esos «anónimos» hacen honor a su nombre, o más bien a la ausencia de éste, nunca habrá pruebas.

—Pero Moss, mira a tu alrededor. ¿Crees que un mundo empático como el nuestro podría estar fundado en la violencia más despreciable? No existe eso aquí, Moss.

—Pero pudo existir.

—La verdad es que lo dudo. Aquello fue el triunfo de la razón... y la educación y... desgraciadamente, de la toma de conciencia global tras la peor catástrofe jamás acontecida en la Historia.

—Uhm... —Moss sonrió sin alegría—. Para eso también tienen una versión de los hechos.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Mejor que te veas los otros capítulos y ya comentamos. Pero aparte de todo eso... —cambió de tema—. ¿Qué me dices de los decorados, el vestuario, la ambientación? ¿No es genial?

—Sí, sí... —respondió Celia con cierta molestia, como si le importunara reconocerlo—. No están mal... en realidad, están muy bien.

Moss dibujó una sonrisa de plena satisfacción.

—Y cómo llevas el resto. Lo de Rifkin y eso.

—Bien, bien, tengo por ahí algo que me está rondado, pero aún estoy intentando atraparlo —pensó en aquellas palabras: *utopía entrópica*.

—No te quiero atosigar, pero yo tengo por aquí bastante material más. Si te parece, te lo voy pasando —dijo él.

—Sí, sí, no te preocupes, pásamelo y ya lo voy viendo.

De pronto, se acordó.

—¡Ah! Moss.

—Dime.

—Flux&Flow —no quiso decir Winkler— me han invitado a que visite el Archivo de Arqueología Industrial, antes de ir a la Isla de Hidrógeno.

—Me parece muy buena idea, lo que tienen allí es impresionante.

—Sí, voy a ir pasado mañana. Porque, además, ¿a que no sabes quiénes tocan?

—Ni idea —dijo Moss, cuyos gustos musicales diferían notablemente de los de Celia.

—¡The Mathematicians!

—¿Sí? Vaya, qué suerte tienes, Celia.

—¿No te apetece venir? —dijo ella sin mucha convicción.

—Uhm... No gracias. En otra ocasión. He prometido a Yuri y los chavales que pasaría con ellos estos días,

antes de ir a la Isla de Hidrógeno —dijo con la mente en otra parte—. Además, bueno, ya sabes que a mí ese rollo no me va mucho. Demasiado bailongo. ¿Por qué no se lo dices a Jack?

—Jacky no creo que venga, parece ser que ha quedado con un «amigo» para ir a Ciudad Selva.

—Esa chica es un caso, no pierde oportunidad para el romance.

—Ya sabes, siempre será una adolescente —Celia dijo esto y al momento le asaltó un intenso sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, ella también iba a emprender aquel viaje a Isla WeWe con la esperanza de conocer mejor a Ernesto Winkler y quién sabe...

—Aunque Melissa es muy madura para otras cosas. Trabaja muy bien —añadió para enmendar su error.

—Sí, nadie niega su eficiencia —convino él con cierta desgana.

—Y es un amor.

—Sí, sí. Oye, te tengo que dejar. Si no nos vemos antes, pásalo bien en Isla WeWe, ¿vale? —dijo Moss, un poco apurado.

—Te aseguro que así lo haré.

Y con una dulce sonrisa, se despidió de él.

**L**os había observado al fondo del comedor. Ella, esa chica nueva y descarada, «demasiado descarada para ser una integrada», coqueteaba con él sentada sobre la mesa, con las piernas cruzadas y la espalda erguida, mostrando todos sus encantos juveniles. Kristel Salazar desprendía un aire de confianza en sí misma desconcertante. «Demasiadas confianzas se toma». Reía y se pavoneaba, y le tocaba, con pequeños empujoncitos en su hombro.

Y él, como siempre, respondía entregándole la mejor de sus sonrisas. Aquellas cautivadoras sonrisas de Ernesto Winkler que la atormentaban.

—Tengo miedo —le dijo Barbara Akum al AutoPsycho.

—¿De qué, Barbara?

—¿De qué...? —reflexionó con la mirada perdida, los ojos abiertos como platos—. ¿De quién? Querrás decir... Tengo miedo de mí.

—Desnuda tu interior Barbara, te sentirás mejor. No temas, Yo Soy Tú —la voz reverberó levemente en la cabina, con un eco apagado.

Barbara Akum había vuelto hoy al Departamento de Salud para someterse a otra sesión de AutoPsycho. Las sesiones de auto-psicoanálisis se habían convertido para ella en la única tabla de salvamento a la que agarrarse, como un pecio milagroso en el naufragio de su mente. Ya sólo aquellas charlas lograban calmar su espíritu. Ni tan siquiera su fe podía aliviar aquella dolorosa angustia.

Ella, que era una nueva creyente, ya no sabía en qué creer.

Yo Soy Tú, la regla de oro, agrupaba el principio moral que tenían en común todas las religiones ancestrales. Yo Soy Tú brindaba una respuesta al sentido de la existencia humana, ontológicamente pendiente de los hechos que la ciencia podía demostrar. No obstante, un grupo de comunitarios bastante numeroso habían querido reconocer la mano de un ser superior en la feliz Gran Toma de Conciencia que sucedió a la tristísima Gran Epidemia. Castigo divino seguido de un maravilloso milagro, decían. Los Nuevos Creyentes, que así se llamaban, adoraban a un dios que no tenía imagen, ni había tenido profeta, ni nunca tuvo mitología, ni practicaban ellos más liturgia que una especie de misa sin



sacerdote, en la que los asincopados e hipnóticos ritmos de la música que envolvía las casas de este dios sin nombre, combinada con inocuos compuestos químicos, llegaba a inducirles una especie de trance comatoso en el que, decían ellos, podían, si no verle, al menos sentir a su dios.

Pero, para Barbara, estas celebraciones pseudoreligiosas ya no eran suficientes, no lograban curar su alma, por eso acudía al AutoPsycho. Allí, en aquellas cómodas cabinas, los comunitarios se encontraban, literalmente, consigo mismos. Una simulación de su propio yo, físico y mental, les escuchaba. Un avance portentoso de la inteligencia artificial. En el AutoPsycho te veías a ti mismo, sentado a tu lado, escuchándote, guiándote con cálidas palabras. Sin duda, este procedimiento tenía un efecto maravilloso en los comunitarios, no obstante, algunos de ellos preferían el tratamiento tradicional, por la necesidad de contarle a otra persona sus problemas y descargar así sus pesares en la conciencia del otro, con el fin de sentirse comprendidos, apoyados, queridos. Para Akum, sin embargo, el enfrentarse a su propio yo simulado suponía la vía más efectiva con la que poder reducir su stress. Además, se hallaba en el convencimiento de que estos desviados pensamientos y sensaciones suyas, no podría compartírselos con los otros sin levantar un sonado revuelo. Estaba dudando de su capacidad empática y de la de otros. Y no lo podía soportar.

—¿Qué te atormenta, Barbara? —dijo su propia voz.

—Ya lo sabes, es Ernesto.

—¿Aún? Creía que eso ya lo habías superado...

—No del todo... Para nada. Ha vuelto con más fuerza... Con una intensidad desgarradora —se dijo, le dijo al AutoPsycho.

Conoció a Ernesto Winkler en el Yoko, con motivo de un proyecto global de cooperación e investigación en red que estudiaba los comportamientos energéticos de la naturaleza y en el que ambos colaboraban. Ernesto le pidió que se uniera a Flux&Flow, un nuevo equipo productivo que ya contaba entre sus miembros con Rosalind Goodman y al que pronto se uniría el integrado Xing Owen. Desde entonces, ya habían transcurrido bastantes años y muchos proyectos en común. Flux&Flow había conseguido posicionarse como un colectivo de renombre. En los comienzos, Barbara Akum sintió una atracción hacia Ernesto casi incontrolable. En realidad, ambas, Barbara y Rosalind, parecían hechizadas por las maneras de Winkler. No sabía muy bien si era amor o puro deseo, el caso es que estuvo largos años enamorada en silencio, porque no quería, le molestaba, parecer abobada y sumisa, cosa que le desagradaba y algo que podía atestiguar en el comportamiento de su compañera de equipo. Rosalind parecía acceder a todos los deseos de Winkler, jamás le discutía nada, estaba entregada a su voluntad. Y no es que él fuera autoritario, esa palabra no tenía sentido en Isla WeWe, ni en ninguna otra, sin embargo, parecía tener una habilidad asombrosa para salirse siempre con la suya y dirigir, de forma sutilmente amable, la voluntad de sus compañeros. A excepción del pertinaz Owen, que con el paso de los años llegaría a estar en desacuerdo con Winkler en casi todas sus propuestas. Quizá por eso decidió darse un descanso y emprender ese retiro corporal que decía que se había tomado. Quién sabe, ella nunca entendería a los integrados, su mística difería en grado sumo de la de los Nuevos Creyentes. De hecho, no se conocía a ningún integrado que fuera creyente. Pero eso era otro asunto, su preocupación ahora estaba en otro lado.

Barbara fue gradualmente comprendiendo que Ernesto no la correspondía. Palabras amables sí, cariñosos abrazos también, pero jamás reaccionó favorablemente a las tímidas señales que Akum le dirigió, en las contadas ocasiones en las que sacó valor para insinuarse de modo indirecto. Con el tiempo encontró a otro amor, esta vez correspondido, en aquellas celebraciones de los Nuevos Creyentes. Félix, su compañero, se desvivía por ella. Tu vieron dos niñas y eran felices. Compartían una fe y un proyecto de vida juntos. Así, llegó a olvidar a Winkler, o eso creía. Ahora ya no sabía muy bien lo que sentía. La culpa la reconcomía por dentro. En ocasiones, le asaltaba un involuntario deseo por Winkler, pero ahora, con más frecuencia y con más protagonismo, había cobrado forma otro sentimiento encontrado. No acababa de entender muy bien porqué, pero había algunos instantes en los que sentía desconfianza, temor, miedo. Desde hacía varios meses comenzó a sentir a veces celos, a veces un odio venenoso. Y eso no era normal en el Archipiélago Empático, no lo podía comprender, no lo podía manejar. Únicamente sus conversaciones en el AutoPsycho calmaban su furia y su dolor.

—No temas, Barbara. Quizá debas alejarte, sin más. Buscar otra actividad. Dejarlo de lado —repitió una vez más aquella mente digital construida a su imagen y semejanza.

—¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué?

—Exceso de amor, Barbara, exceso de empatía.

—No, no creo que sea eso. Es él. Algo le pasa.

—No es él, Barbara, eres tú. Vuelve a tu fe y allí encontrarás respuestas.

—Quizá tengas razón, quizá deba alejarme, evadirme, comulgar con el alma colectiva en la casa del no-dios.

—Eso es, Barbara, sigue la luz. El rayo del amor y la esperanza. La empatía: Yo Soy Tú —sentenció el AutoPsycho.

—Yo Soy Tú —respondió ella.

Era la misma voz, pero distinta alma.

Trazos curvos y resueltos se extendían por la inmaculada superficie, dibujados y borrados, repasados y desechados. Diestras líneas que se retorcían en ondulados arabescos para intentar representar una idea insondable, inasible, oculta aún tras aquellas vagas impresiones que Celia More no lograba concretar. Utopía entrópica, se repitió en su cabeza. Borró todo y dejó a un lado su lápiz digital. Su mano era certera, mas era guiada aún por impulsos abstractos e inefables. Se levantó de la mesa de dibujo y lentamente llegó hasta el gran ventanal de su apartamento. Se sentó en su sillón de lectura y contempló con melancolía el frondoso paisaje tras el cristal, al que las nubes habían negado ahora su luz, como si, obstinadas, no quisieran reconocer la llegada triunfal de la primavera. Experimentó aquel instante de la tarde con una sensación de reconfortante nostalgia. Se acurrucó.

De pronto, entre la masa gris del cielo, se coló un rayo de luz que iluminó toda la vista, devolviéndole la vida y sus intensos colores al campo. Alzó el cuello como un lagarto y cerró los ojos bajo el calor del sol. Acudieron entonces a su memoria aquellos días felices en la Isla de Hidrógeno, cuando Jacky, Moss y ella viajaron juntos allí. Y cuando ella conoció a Scott. Su amado Scott.

Los tres compañeros volaron a la Isla primigenia acompañados de un nutrido grupo de comunitarios de Isla Espejo 4, en una excursión invernal que reunía a «jóvenes» instruidos en diferentes disciplinas. Aquí, el duro invierno prolongaba su inclemencia. Allí, en la Isla de Hidrógeno, siempre era primavera.

Jacky estaba inmersa en un estado de incesante parloteo. Entusiasmada por la idea de verse, durante dos semanas ociosas, bronceada y rodeada de chicos y chicas en traje de baño. Juegos, risas y amoríos bajo el sol, no podía pedir más. Y Moss... ¡Ay, Moss! Una sonora sonrisa brotó en Celia tan sólo con recordar la entrañable extravagancia de su amigo. Con cristalina nitidez y regocijo, visualizó de nuevo el momento en el que el integrado apareció en la puerta de embarque, ante la perpleja y silenciosa atención de todo el grupo. Moss vestía bermudas, chanclas y una camisa de tela *screen* con un estampado de flores tropicales que, como fuegos de artificio, explotaban en radiantes colores y en todas direcciones, salpicando de impetuosos verdes y amarillos todo cuerpo circundante. «Ay, Moss, eres un caso». En varias ocasiones, la azafata padeció el inevitable sobresalto que su incandescente atuendo provocaba. Y en varias ocasiones también, llegó la aeromoza a derramar el contenido de los brebajes que servía sobre algún que otro pasajero. Hasta que, entre todos, lograron conven-

cerle de que cambiara su estampado, aduciendo el peligro que sufrían de llegar a su destino todos empapados. Finalmente, accedió a regañadientes y reemplazó su deslumbrante motivo por una solitaria pelota de ping-pong que botaba, tímidamente, en uno de sus costados. ¡Qué bien le había venido Yuri al armario de su amigo!, se dijo Celia pensando en la discretas y elegantes prendas con que su compañera le vestía ahora. La vida en pareja, la compañía de un ser amado. Volvió Scott a su memoria y quiso seguir degustando la excitante emoción de aquellos días. Su racional y organizada cabecita podía recordar con exactitud cronológica lo acontecido allí, en aquella maravillosa Isla oceánica.

Recubierto de blancas placas solares, el avión surcó el imperturbable azul celeste que techaba la Isla. Nada más bajarse de la nave, una suave brisa les acarició; les abrazó con el mimo de una cariñosa dama. En el trayecto hasta el complejo comunitario, una sucesión de exóticas y desconocidas vidas verdes, de extrañas y carnosas formas, despuntaron a cada lado del camino. Dragos y tabaibas salvajes, chumberas y esféricas suculentas de pinchos cubiertas; endémica flora de la macaronesia que aquí y allá surgía de entre el picón, esa negra roca volcánica que venía a terminar en radical contraste contra las blancas arenas de las playas. Casas encaladas, de formas orgánicas, y níveos cubos habitados por comunitarios de bella piel morena. Al fondo, desvaneciéndose en un pálido desenfoque, la escarpada silueta de sus montes se hundía, como la cola de un dragón dormido, en las limpias aguas atlánticas. Los comentarios de admiración emitidos por el grupo se fueron transformando en un progresivo y tranquilo silencio. Mas sus bocas permanecieron abiertas, mudas,

ante aquel paisaje que el capricho de la naturaleza volcánica ponía ante sus ojos. Subieron exultantes a sus habitaciones.

Construido con la piedra del lugar, aquel edificio lúdico parecía nacer de la montaña, dibujando hermosas grutas de líneas ovaladas, con terrazas y jardines en cada estancia. Abajo, dos piscinas, en forma de riñón, confundían sus lindes con el luminoso azul del mar. Más abajo, estaba la playa de granos albinos.

Decidieron quedarse en la piscina el primer día y gozar de sus actividades.

Entre las palmeras y los parterres, rodeando la piscina de mayor tamaño, se hallaban dispuestas, en largas paralelas, dos filas de *hamacas productivas*. Sobre las tumbonas pasaba, lenta y silenciosamente, una cinta transportadora de biocaucho transparente. Mientras ellos doraban sus cuerpos al sol, la cinta corría, con ritmo pausado, portando componentes electrónicos a medio hacer. Cada cual tenía a su izquierda una cajita con pequeñas piezas que iban ensartando, atornillando, encajando, examinando y empaquetando hasta dejar completamente fabricado el objeto de consumo, que un gracioso robot, al final de las hamacas, se encargaba de almacenar. Mecánicamente, los comunitarios manufacturaban aquellos productos que habrían de ser distribuidos por todo el Archipiélago Global y que iban marcados con una etiqueta que rezaba: *Fabricado bajo el sol*. Se solía dedicar una media de dos horas a esta actividad voluntaria. Algunos de ellos se pasaron allí toda la tarde entre bromas y conversaciones distraídas, otros destinaron el resto del tiempo a leer, a jugar y a zambullirse en aquellas piscinas de corrientes artificiales y pequeñas cascadas. Fue una tarde deliciosa.



Cuando el sol quiso ponerse, Celia y sus amigos se reunieron en el comedor. Estaban agotados a consecuencia del viaje y la excitación producida por la llegada, así que la charla que sucedió a la cena pronto se fue apagando, como uno de esos juguetes a los que la potencia de las pilas abandona. Al acostarse, Celia pudo ver desde su ventana una abundante y orgullosa luna, que parecía estar allí para velar por ella con atenciones maternas. Se durmió con una sonrisa impresa en la cara.

Al día siguiente, lo recuerda con claridad, se produjo una *supervibración*. Un fenómeno para el que los científicos, los informáticos e ingenieros, no tenían respuesta. De tanto en tanto, sin una periodicidad constante, los Yokos de todo el planeta vibraban a la vez. Todos a un tiempo. Con un temblor diferente, como más hondo, más grave. Se esgrimían teorías para todos los gustos. Un fallo de fabricación en los terminales era la más extendida. En cada generación de dispositivos se mejoraba y se implementaba un nuevo sistema de alarma vibradora, se cambiaba su programación, se generaban componentes nuevos, pero todo intento en este sentido demostraba su ineficacia cuando volvían a aparecer las *supervibraciones* del Yoko. Podían tardar tres meses o tres años en llegar, pero siempre volvían, de forma aleatoria, impredecible, inexplicable.

Ni tan siquiera los integrados, expertos exploradores de las profundidades del Yoko, podían concretar el motivo de este enigmático suceso. «Es el alma del Yoko, que habla», decían algunos integrados con su habitual tono místico. Sin embargo, para los Nuevos Creyentes, por descontado, esta anomalía tecnológica tenía que ver con

su dios sin cara, que por medio del Yoko, decían ellos, volvía a comunicarse con toda la comunidad global, para recordar su infinita bondad y el estado de gracia empática permanente en que vivían. Los Nuevos Creyentes siempre celebraban una gran «misa» tras las supervibraciones y esa vez, en la playa oriental de la Isla de Hidrógeno, tuvo lugar la más alegre y excitante que Celia pudiera recordar. Ninguno de los componentes del equipo productivo YoSoyTú era creyente pero, como quiera que fuese, todo el grupo acudió a la celebración. Ni Celia, ni Jacky, ni Moss, vieron o sintieron a ningún dios, pero disfrutaron como niños con los bailes arrítmicos y la comunión efervescente de la fiesta.

En medio de aquella espiritual y espirituosa congregación playera, bailaban Jacky y Celia cuando se les presentó Scott, uno de los chicos que había venido con el grupo desde Isla Espejo 4 y al que Celia More, hasta entonces, no había prestado atención alguna.

—¿En qué crees tú, Scott? —le preguntó Jacky, elevando la voz sobre la música.

Al responder, Scott se dirigió a Celia.

—En el amor... y en la razón.

¡Respuesta correcta!, pensó Celia, que comenzó a mirar al chico de otro modo.

La luna bañaba de plata la costa y el reflejo de sus aguas titilaba en el iris de aquel muchacho que, con un plácido color turquesa, emulaba los mares del trópico. Delgado, pero bien construido; metro ochenta de un cuerpo fibroso que se dejaba adivinar bajo la leve ropa de verano. Su rostro emanaba calma. Sus elementos faciales se articulaban al completo para dar protagonismo a aquellos ojos claros de incansable soñador. Celia sintió un hormigueo que partió desde la arena bajo sus pies

para recorrerle todo el cuerpo y llegar hasta las puntas de su dorado cabello. Flechazo. La música no paró hasta el amanecer y ellos, con sus manos entrelazadas, asistieron, inseparables, a ese milagro diario que oculta la luna y descubre un nuevo sol. Ya estaban enamorados.

Juntos visitaron la Isla de Hidrógeno, sus instalaciones tecnológicas y sus parajes naturales, sus granjas y sus calles de arquitectura racional y orgánica, estéticamente práctica. A cada paso, en cada esquina, un suspiro de admiración, un descubrimiento estético, una revelación. Sin embargo, lo que Celia recordaba ahora con más deleite era aquella cena, aquella romántica velada con Scott que durante años sería reconstruida en sus conversaciones de alcoba y que ahora ella guardaba como un tesoro en su memoria.

Habían quedado en el comedor Skinner, el restaurante más antiguo de la comunidad, enclavado en el centro histórico. Famoso por sus bandejas de cristal y sus procesos mecanizados, era el lugar preferido por las parejas que visitaban la Isla de Hidrógeno. Cuando Celia cruzó la puerta su cara irradiaba luz. En aquel entonces tenía ella el pelo más largo y se lo había recogido en una cola de caballo que botaba graciosamente al caminar. Iba arreglada con un vestido de verano tela *screen* de escote cuadrado, falda acampanada y un divertido lazo al final de su espalda. Había escogido un estampado de «geometría social», diseñado por uno de los primeros colectivos empáticos, un equipo cuyo nombre, un acrónimo de cuatro impronunciables consonantes, jamás pudo recordar. El motivo constaba de bandas verticales que, programado para girar muy lentamente, devinieron, al final de la velada, en líneas horizontales. Era un símbolo de la Gran Transformación, del paso de una sociedad

de estructura vertical a la utopía horizontal. De algún modo, y en aquel contexto romántico, esa evolución venía a transmitir también la apertura de un corazón que tumbaba sus barrotes para dejarse conquistar. Estaba preciosa. Todos la miraron cuando pasó.

La gran cristalera que cerraba el restaurante regalaba una espectacular vista de la costa, punteada a aquellas horas por pequeñas esferas de luz que se reflejaban, distorsionadas, en el negro y manso océano. Allí sentado estaba él. Cuando se levantó para recibirla, Celia pudo comprobar que iba muy elegantemente vestido. Llevaba una antigüedad como atuendo, un curioso traje oscuro, complementado en su cuello con esa prenda en desuso a la que llamaban corbata, y que descendía sobre su torso como una fina línea negra. «Estaba tan guapo».

Aquella noche, Scott le contó su sueño. Caminando junto al mar, le explicó cómo se organizaban los cuerpos celestes. Scott quería subir allí, surcar el espacio, viajar entre las estrellas en busca de otros lugares que habitar, construir comunidades empáticas en el espacio exterior. Ya existían colonias emplazadas en la Luna y en Marte, y él quería visitarlas, ampliarlas, superarlas. Ese era su sueño, su vocación, toda su vida. Celia cayó fascinada por la vehemencia de aquellas palabras de explorador espacial. Con ojos de niña, aprendió a observar los cielos que Scott le iba descifrando, describiendo, imaginando.

La pareja convivió en Isla Espejo 4 varios años, mientras Scott recibía la instrucción necesaria para pilotar naves espaciales. Fue una etapa maravillosa, plagada de alegrías y caricias, aunque siempre acechada por la sospecha de un evidente final.

—Vente conmigo —le decía él.

—Oh, Scott. No creo que pueda. Me produce un vértigo horroroso que no podré superar, lo sabes. Mi sitio está aquí, con los pies en la tierra, en el planeta Tierra.

—Pero, Celia...

El amor que sentía Celia por aquel soñador era imposible, y lo sabía, amargamente lo sabía.

—Yo diseño experiencias, Scott. ¿Qué experiencia puedo diseñar que compita con lo sublime del espacio exterior? ¿Qué voy a hacer yo allí arriba, mi amor?

—Podremos estar juntos, y allí... allí hay mucho que hacer. Podemos...

Las lágrimas de ambos empañaron aquella conversación que se repetía una y otra vez, como un diálogo recurrente a través de los años. Hasta que él se fue. Para no volver.

Ahora, sentada en su salón, contemplando aquel cielo plomizo, los ojos de Celia se volvieron a anegar. Fue tan sólo un instante, un momento fugaz. Entonces, se levantó y, con determinación, quiso que otros pensamientos sustituyeran su tristeza. Hay que mirar hacia delante. Hay que avanzar. El proyecto del Tricentenario, el concierto de The Mathematicians, Ernesto Winkler. Por fin, tras largos años de espera, ahora tenía ante sí la posibilidad de rehacer su vida amorosa. Estaba claro que Ernesto la trataba de forma especial. Él quería que ella fuera a su Isla y ella quería estar allí, con él.

Y volver a empezar.

De pronto se sintió de mejor humor. Ilusionada, dio vueltas por la habitación tarareando aquella canción; «1,2,3,4,1,2,3,4, ¡Dame un integral! 1,2,3,4,1,2,3,4, ¡Soy un conjunto vacío, a punto de estallar!, la, la, la, la...»

A la mañana siguiente se despertó con un ánimo inmejorable y decidió aprovecharlo para ver el segundo capítulo de *Power*.

# POWER

---

## capítulo dos

El cielo abierto baña con luz expansiva el embarcadero. Es un buen día para navegar. Marcus Frasch viene apresurado por la dársena. La madera bajo sus pies emite quejidos periódicos, crujiendo a cada zancada. Lleva una bolsa de deporte en una mano y, sonriente, bate la otra para saludar a su padre.

—¡Corre, grumete! —se oye al fondo, desde el yate.

Herman Frasch está en popa preparándolo todo. Es como antes. Mejor que antes. Padre e hijo saliendo juntos a navegar. El clima es perfecto, el mar está en calma. Será un día memorable.

—Veremos quién es el grumete —responde el hijo, desafiando en broma a su padre.

Marcus acelera el paso y comienza a correr por el embarcadero mientras hace payasadas con los brazos. Con la atención fija en su padre, no ve un cabo, tropieza y aparatosamente cae al suelo. Su bolsa se abre y desparrama por todos lados un desigual conjunto de objetos de aseo personal que Marcus, entre carcajadas, se dispone a recoger. Al fondo, se oye reír a su padre. El sol se clava en su nuca. Risas. Sol. Mar. De pronto, oye una descomunal explosión y sale despedido hasta el borde del muelle. Abatido y aturdido, levanta la vista con dificultad. El yate arde en llamas. Ahora, sólo escucha un penetrante pitido.

Chester Steiner ocultó su rostro con ambas manos y dejó caer los codos sobre la mesa. Su moral se encontraba tirada por los suelos. Alzó la mirada y dirigió sus enrojecidos ojos a un punto indeterminado en el vacío. Estaba decidido, no podía soportarlo más. Debía liberarse de aquella carga. El peso de la culpa parecía materializarse en la opresiva atmósfera de aquella habitación, que no podía estar más desprovista de objetos. Luz mortecina y paredes pintadas de gris, una de ellas cruzada por un largo espejo. La desnudez decorativa de la estancia no dejaba más lugar que para una mesa y tres sillas. Entraron dos personas y se sentaron frente a Steiner. Con aires rutinarios, se presentaron como Gustav Handke, inspector de homicidios y Sonja Holzmeister, agente del departamento de delitos económicos. Tras las formalidades, Handke fue directo al grano.

—Así que dice usted que la explosión del yate que mató a su suegro, ¿pudo ser provocada?

—Así es. Creo... —Chester miro a ambos policías, tragó saliva y prosiguió—. Estoy seguro. Sé quiénes han sido. Yo... yo les ayudé.

Handke arqueó las cejas y miró a su colega, que correspondió con un cómplice y escorado contacto visual. Se inclinaron sobre la mesa al mismo tiempo. Al instante, Steiner se sumió en un irritante silencio, tan sólo interrumpido por el apagado sonido de sus sollozos. Handke comprendió que debía echar un cable para ayudar a que la información saliera de aquel joven. Chester Steiner, el rico y poderoso *businessman*, casado con la hija de Herman Frasch, se mostraba ahora como un niño desvalido y asustado. Lo tenía rendido a sus pies, sólo había que tirar un poquito y confesaría lo que quisiera confesar. Al fin y al cabo, había acudido a comisaría por su propia voluntad.

—Veamos... —dijo Handke de forma muy pausada—. ¿Habla usted de varios autores?



Steiner levantó la vista. Una gota de sudor corrió por su cara para unirse a una lágrima que caía por la mejilla. Se limpió con el puño de la camisa, se retrepó en la silla y mantuvo la mirada del policía.

—Varios instigadores... —dijo—. No sé quién ejecutaría la orden..., pero sí quién la dio.

—¿Quién?

—Son un grupo. Un grupo poderoso —el pánico se instaló en su rostro—. Acabarán conmigo también.

—Podemos protegerle.

Steiner se quedó quieto, cavilando. Enmudeció de nuevo. Con gran maestría en la tarea de ocultar su impaciencia, Handke le observó tranquilo. Decidió probar por otro lado.

—¿Quién tenía motivos para asesinar al señor Fräsch?  
¿Algún competidor?

—No exactamente —Chester Steiner dibujó una amarga sonrisa—. Más bien socios, gente con la que tenía adquiridos ciertos compromisos y que Herman iba a romper.

—Bien. ¿Por qué no empieza desde el principio?

—De acuerdo. Intentaré resumirlo.

—No se preocupe, tómese el tiempo que crea necesario y no omita detalles.

Chester Steiner suspiró.

—Todo empezó con el cambio de Herman. Todo comenzó a ir mal desde entonces —dijo.

—¿A qué cambio se refiere? —interrogó Sonja.

—Bueno, ya saben. Herman Fräsch, el temido hombre de negocios, se convirtió de la noche a la mañana en un altruista intachable. Todo bondad y buenos actos.

Gustav Handke y Sonja Holzmeister asintieron. Las hazañas solidarias del magnate Fräsch habían sacudido los medios de comunicación. Industrias Fräsch estaba regalando medicamentos en el tercer mundo, había liberado sus patentes farmacéuticas, renegociaba sus contratos para beneficiar a los más desfavorecidos, lideraba la investigación contra la

malaria y había convertido en cooperativas muchas de sus empresas filiales. Todo un cambio, no cabía duda. Handke no sabía muy bien qué pensar al respecto, quizá se tratara de una campaña de imagen o de una nueva moda de filantropía que se había impuesto en el ambiente de los más ricos. Un mundo de lujo que él, un inspector con sueldo de funcionario, no alcanzaría jamás ni tan siquiera a imaginar. ¿Cuánto dinero tendría esa gente? ¿Y cuánto destinarían realmente a proyectos de caridad social? Sintió vértigo ante aquellas cifras de proporciones bíblicas que aparecían en los tabloides y comenzó a experimentar la molesta sospecha de no poder llegar a agarrar nunca este caso con las manos. Muy fácilmente se le podría escapar. Demasiado poder en juego, demasiadas presiones, demasiada oscuridad.

—Continúe.

Y Chester continuó. Vaya si continuó. Una vez comenzó a hablar, ya no pudo detenerse. Era como si las palabras se encadenaran unas a otras en una corriente incesante de significados. Fue como una liberación. Chester Steiner confesó todo con pelos y señales durante cuatro horas y media.

—Tenemos su confesión. ¿Puede demostrar todas estas acusaciones?

Steiner echó la mano a su bolsillo para luego levantarla en el aire asiendo un diminuto y negro *pen drive*.

—Aquí está todo. Documentos, mails, transacciones, algunas fotos e incluso vídeos. Todo.

Dejó el dispositivo sobre la mesa e hizo que se deslizara por la pulida superficie con un pequeño impulso, hasta llegar a las manos de Sonja.

—Lo comprobaremos.

Con detalles dorados, bellamente forjada, la verja de la mansión Fräsch abrió sus férreas puertas y dejó pasar un coche con carrocería y lunas negras. Dos hombres, con negras

gafas de sol y traje negro, dieron el visto bueno a la visita. Eran como el coche, con carrocería y lunas negras. El vehículo recorrió el camino hasta la puerta noble de la gran casa, donde paró. La entrada estaba flanqueada por dos policías de paisano que hablaban distraídamente con dos escoltas privados, fornidos como columnas. Uno de ellos se dirigió hacia el coche mientras le decía algo a su solapa. Abrió la puerta del vehículo y salió Wolfgang Hertz, Wolfy para el difunto Herman Frasch y su esposa, y tío Wolf para el resto de la familia.

Un empleado del servicio le acompañó hasta un salón de dimensiones americanas. Junto a la ventana estaba sentada Hildegard, la viuda de Frasch. Hildegard desprendía elegancia con cada movimiento de su estilizado cuerpo. Era una dama alegre y vital, pero ahora transmitía el aspecto de un alma en pena de extremada delicadeza.

—Hola, Hildegard.

—Ah, Wolfy, querido, qué bien qué estés aquí.

Tras cruzar sus mejillas en un simulado beso, Hildegard agarró con ambas manos los brazos de Hertz, a la altura de los codos, y echándose un paso hacia atrás le preguntó:

—¿Qué sabes?

—Uhm... no mucho. Pero de algo me he podido enterar...

—¿Ha sido él? ¿Ha sido Chester? No me lo puedo creer.

—Sólo sé que se ha declarado cómplice. Parece ser que él sabía algo y dejó hacer. No sé más.

—Estúpido niñato... —murmuró la viuda de Frasch con rabia contenida.

—¿Cómo está Nina? —se interesó Hertz.

—Destrozada. Aún no lo ha digerido. Ahora está dormida. El doctor le ha dado sedantes.

—Pobrecita... Primero su padre... y ahora esto. Su propio esposo. Es de locos —Wolfgang Hertz negó con la cabeza.

De súbito, un profundo llanto estalló en la mujer. Hertz se apresuró a consolarla. Sus brazos recogieron un frágil

y tembloroso cuerpo, sin más fuerzas que las consagradas a la amargura. El matrimonio Frasch había pasado por momentos difíciles, especialmente debido a las infidelidades de Herman. Wolfgang estaba al tanto, pero también sabía que este último año los Frasch habían conseguido arreglar las cosas en casa y volver al estado feliz de un segundo enamoramiento. Más aún, asombrosamente, esta vez su amor parecía incluso más auténtico que aquella débil llama juvenil, orquestada por las rígidas convenciones de la aristocracia comercial que les llevó al matrimonio.

—¿Quién ha sido, Wolfy? ¿Quién se lo ha llevado?

—Eso no lo sé querida. Lo siento.

—El muy...

Hertz condujo a Hildegard hasta el sofá e hizo que se sentara. Poco a poco logró calmarla e incluso consiguió que aceptara tomar una infusión. En presencia del servicio, se recompuso. Las formas ante todo.

—¿Y Marcus? —preguntó Hertz.

—Está arriba, en el estudio. Está muy afectado. Ahora, Wolfy, justo ahora que la familia estaba unida, va y pasa esto —se secó levemente los rastros de lágrimas y le clavó sus brillantes ojos azules—. Me preocupa mucho, mi niño... tiene una mirada... de impotencia, pero también de... de rabia. Nunca había visto esa expresión de odio en la cara de Marcus. No sé qué va a hacer. No sé qué le pasa por la cabeza. Me da miedo, puede hacer cualquier cosa, Wolfy, no sé... Desde que su padre fuera a buscarle a la Isla de Hidrógeno... Eso sí que no se lo esperaba Marcus, eso fue toda una prueba de amor y tolerancia... —Wolfgang asintió—. Desde ese día, Wolfy, se hicieron inseparables. Trabajaban juntos, pescaban juntos, jugaban juntos. Nunca antes estuvieron tan unidos. Y ahora, mira... —una presión seca oprimió desde dentro la garganta de Hildegard, pero contuvo la pena con un suspiro.

—Me gustaría hablar con él. ¿Crees que podré?

—Sí, por favor, hazlo. Marcus siempre te ha apreciado. Habla con él, Wolfy. Estoy preocupada. Dios mío, por poco no muere él también, fue una casualidad que no estuviera con su padre ya en el yate. Mi niño...

—Lo sé, lo sé... Hablaré con él —tomó a Hildegard por la barbilla y le envió una tierna sonrisa—. ¿Tú estarás bien?

—Oh, sí... no te preocupes querido. Me echaré un rato, debo intentar dormir.

Estructuras poliédricas finamente facturadas colgaban del techo. Marquetería de madera y metal; lámparas, proyectos y maquetas de sombras geométricas y superficies orgánicas. En el centro del estudio, bajo una acumulación de prototipos con formas imposibles, se adivinaba una gran mesa, puntualmente iluminada. A los costados, contra la pared, ordenadores e impresoras 3D se alternaban con planeras y mesas de dibujo. Un efecto de caos organizado envolvía el espacio, como si allí se hubiera estado trabajando frenéticamente, con entusiasmo, durante bastante tiempo. Una imagen que contrastaba con la serena quietud que reinaba por doquier. Allí no había nadie, sino el joven Frasch, parcialmente camuflado entre las sombras poligonales y los amorfos materiales para bocetos. Sentado en una silla de oficina, Marcus mantenía su cabeza reclinada hacia atrás, atento a los hipnóticos y sutiles movimientos de un móvil que giraba suspendido del techo.

Alguien llamó a la puerta.

Marcus respondió como un autómata.

—Adelante.

—Hola, Marcus. ¿Cómo te encuentras? —dijo Wolfgang Hertz.

—¿Tú qué crees? —respondió Marcus sin despegar la vista del techo.

—Ya... Bueno, ha sido muy duro. Lo siento de veras.

Wolfgang echó un vistazo alrededor. Aquella sala había sido en otros tiempos una elegante estancia abigarrada de rancios destellos mobiliarios.

—¡Vaya! Cómo habéis transformado esto.

—Prefiero trabajar en casa. No me acaba de gustar el despacho. Ese edificio es... es demasiado impersonal.

—Bueno, aún es pronto, pero quizá debas ir acostumbrándote al despacho. Puedes redecorarlo, o construirte otro edificio si quieres, pero me temo que tarde o temprano tendrás que hacerte cargo.

—Lo sé... Soy consciente de mis responsabilidades. Pero, por el momento, prefiero estar aquí.

Wolfgang Hertz inició un pausado paseo alrededor de la gran mesa de los prototipos, levantando de vez en cuando en su mano algún extraño objeto, para examinarlo con interés y devolverlo luego con cuidado a su enmarañado hábitat. Llegó hasta el otro extremo de la habitación y se detuvo ante una maqueta de formas orgánicas. Se inclinó levemente ante ella para apreciar los detalles.

—Era nuestro proyecto más ambicioso. Papá estaba eufórico con su construcción —informó Marcus, mientras se levantaba de la silla y se acercaba a donde estaba Hertz.

—¿Es una Isla? —preguntó Hertz al tiempo que acariciaba la superficie de la miniatura.

—Isla África. Una serie de colonias con granjas y talleres cooperativos energéticamente autónomos. Todo a base de fuerza solar, eólica y almacenamiento en hidrógeno.

—Una Isla de Hidrógeno, en África. No está nada mal.

—Mucha Islas, tío Wolf, muchas. Nuestra idea era dinamizar la producción sostenible en el continente y frenar el hambre, las guerras y la enfermedad. Papá estaba decidido... ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder!

Marcus se volvió hacia la ventana y se quedó mirando con ojos líquidos a través del cristal. La finca familiar era grandiosa, abarcaba hasta los límites de la mirada.

—Verás, Marcus. Debo hablar contigo, creo que debes saber algunas cosas respecto a tu padre... y respecto a Chester también.

Frash se giró y clavó en Wolfagn Hertz una iracunda mirada.

—¿Qué pasa con Chester? ¿Qué coño ha hecho ese mamón?

—En fin, tengo algunos contactos en el Ministerio del Interior. Chester ha ido a la policía para confirmar lo que todos estábamos temiendo: lo ocurrido en el barco fue una bomba dirigida a tu padre y a ti.

—¿Qué sabe él? ¿Está involucrado?

—Eso parece. Mira, Marcus. Desde que tu padre tomó conciencia social e iniciasteis vuestros proyectos, Chester comenzó a sentirse desplazado. Nunca llegó a entender el vuelco a lo social que se produjo en la mente de Herman. Pero, a mi juicio, hay dos cosas realmente determinantes en todo este asunto. La primera es que contigo aquí se habían esfumado las posibilidades de que Chester accediera al puesto de presidente del grupo empresarial. Y ya sabes que siempre ha sido un trepa —Wolfgang recapacitó un instante—. No comprendo cómo no se dio cuenta de que tu padre no pensaba en él para la sucesión, ni tan siquiera cuando tú estabas en la Isla. Qué estúpido, no sé qué pudo ver tu hermana Nina en él, la verdad.

—Es guapo y rico. Ya sabes como es mi hermanita... —respondió Frash con profunda amargura.

—Ya. Supongo que Chester pensaba que, al quitaros del medio a los dos, podría heredarlo todo y tomar el poder.

—¡Joder! Sabía que era un capitalista cruel y ultracompetitivo. Pero nunca pude imaginar que llegaría a tanto. Espero que se pudra entre rejas.

Hertz tomó una miniatura de la mesa y la observó, con la mente en otro lado.

—Uhm... De todos modos... no fue él quien planeó todo

esto. Ese es el segundo punto. Están... bueno, están los otros —dijo.

—¿Qué otros?

—Bueno, verás, hay ciertos proyectos pasados de Herman y Chester bastante... cómo decirlo, bastante delicados. Son negocios anteriores a tu llegada y de los que no estás al tanto, supongo.

Marcus le lanzó una mirada inquisitiva.

—Quizá tú, con la alegría de haber recuperado el calor paternal y de verte reestructurando con él, mano a mano, el emporio empresarial para convertirlo en el sueño de la democracia productiva, dejaste a un margen el pasado. Pero el pasado está ahí, Marcus, y siempre vuelve. Y casi siempre para mal.

El joven Frasch recapacitó. Tío Wolf tenía razón, sus ansias por perseguir un sueño habían hecho que se olvidara rápidamente de las acusaciones que pesaban sobre el proceder empresarial de su padre. Por un momento, también pensó en algo en lo que no quería pensar, pero que, de algún modo, siempre estaba presente; una sospecha relacionada con la milagrosa transformación de Herman Frasch. Como un rayo, volvió a apartar otra vez esa intuición de su cabeza. Ya habría tiempo de ocuparse de eso más adelante.

—Verás, Herman, tu padre me explicó sus planes en una ocasión, entre el hoyo 3 y el 14 —Wolfgang recordó que Herman siempre conseguía ganarle al golf y una silenciosa tristeza se apoderó de su cuerpo.

—¿A qué planes te refieres? ¿A nuestros proyectos?

—Sí y no... No exactamente. Marcus, tu padre fue a buscarte con la intención de prepararte para dirigir el grupo.

—Ya, eso ya me lo imagino. Pero esta vez todo era diferente, ahora podía ser yo mismo, podíamos imaginar un mundo nuevo que construir entre los dos. No me importa nada comandar esta corporación si los fines son tan loables.

—Sí, sí, claro. La cuestión es que Herman estaba real-



mente convencido de su cambio absoluto y quería llevarlo hasta el final. Lo hablamos luego en varias ocasiones. De hecho, como ya sabes, yo mismo he dado un drástico giro a mis inversiones y negocios industriales. Estamos en el mismo barco...

Cuando Wolfgang dijo esto, ambos pensaron en el yate y en que no era una metáfora afortunada. Tácitamente lo dejaron correr y tío Wolf continuó.

—Pero sobre tu padre pesaba una gran carga, el peso de la culpa. Esos asuntos que Chester y él se habían traído entre manos, no pasaban por ser simples OPAs hostiles y operaciones de tiburón financiero exclusivamente. En algunos casos, la empresa se había visto involucrada en actividades ilegales. Actos criminales, Marcus, casi siempre lejos del primer mundo. Herman me lo explicó, no podía vivir por más tiempo con aquel tormento moral y había tomado la determinación de confesar ante las autoridades internacionales y pasar, si era necesario, sus últimos días en una celda. Por eso se entregó frenéticamente a la construcción de vuestro sueño; para instruirte y dejarte a ti el timón del proyecto corporativo cuando él no estuviera.

—Pues yo creí que él estaba pensando en su retiro, pero no en esa clase de retiro precisamente. No se me pasó por la cabeza.

—Lo que está claro es que esa gente con la que hacía negocios, de alguna forma, comprendieron que Herman les iba a delatar. Algo nada difícil de predecir, a la luz de la pública transformación de Industrias Frasch, constantemente retratada en los medios.

—Qué estúpido he sido. ¿Cómo no he pensado en eso?

—No te culpes, Marcus. Si alguien no tiene responsabilidad sobre esos chanchullos, ese eres tú.

—¿Quiénes son, tío Wolf? ¿Tú los conoces?

—Uhm... No estoy seguro, quizá pueda haber coincidido con alguno de ellos. Seguramente... Pero ya sabes que mis

negocios van por otro lado. Nunca he querido mancharme, en la medida de lo posible...

—En cualquier caso, si Chester ha confesado, los encerrarán a todos, supongo.

Wolfgang apretó los labios.

—No va a ser tan fácil. Chester no ha jugado bien sus cartas.

—A qué te refieres.

—Bueno, al parecer tu cuñado reconoció todos los delitos y cantó todos los nombres, pero no hay pruebas.

—¿Cómo?

—Sí, el muy estúpido entregó a la policía un aparato de esos USB con toda la documentación y...

—¿Y entonces? ¿No es suficiente con eso? —interrumpió Frasch.

—Al parecer estaba vacío.

—¡Joder, Chester! ¡Qué cretino!

—Supongo que alguien borró la información del disco y, previsiblemente, de cualquier otro lado donde se pudiera encontrar. Va a ser muy difícil meter a esa gente entre rejas sólo con la declaración de Chester; es su palabra contra la de ellos. Le auguro un futuro muy negro a ese chico.

—Se lo tiene merecido. Pero los otros hijos de puta... ¿Qué podemos hacer?

—Esto que te voy a decir, Marcus, sé que no te va a gustar, pero, en mi opinión, creo que debes dejar en manos de las autoridades las pesquisas y no involucrarte en una guerra con esa gentuza. La venganza no conduce a nada, si a caso, traerá consigo más tragedias. Lo que habría querido tu padre es que llevaras a su total consecución los proyectos utópicos que tanto anhelábais. Esa es, sin duda, la mejor forma de cambiar las cosas.

Marcus Frasch no dijo nada. Se dejó caer en la silla y volvió a sumirse en el estado hipnótico en el que Hertz lo había encontrado.

—Me tengo que ir, Marcus. Te mantendré informado de lo que me llegue. Pero no te obsesiones con esto. Hay que pasar página.

Cuando Wolfgang estaba llegando a la puerta del estudio, Marcus se volvió.

—Tío Wolf. Hay algo que no entiendo.

—¿Sí?

—¿Por qué se entregó Chester? No tiene sentido.

—Quizá el remordimiento pudo más que su avaricia.

—Me extraña, es un ave rapaz, nunca haría eso.

—Quizá tomó conciencia. Al fin y al cabo, tu padre también lo hizo. Y yo mismo.

—Ya... ¿Cuándo empezaste tú a cambiar, tío Wolf? ¿Cómo fue?

—Uhm... Casi a la vez que tu padre. Un poco antes, creo. De pronto, comencé a sentir compasión por aquellos en los que antes no veía más que números, mercancías, simples beneficios.

—Una transformación intelectual y moral.

—Era algo más... —Hertz buscó las palabras—. Era una reacción casi... física, fisiológica, ante las injusticias. Algo que no podía soportar... así que opté por seguir un comportamiento que no causara daño a nadie, incluida mi conciencia.

Marcus le miró fijamente y le brindó media sonrisa.

—Gracias, tío Wolf. Estamos en contacto.

Wolfgang Hertz se despidió con un gesto de la mano y salió del estudio. En el instante en que se oyó la puerta cerrarse, Marcus rodó su silla hasta un portátil que estaba en la mesa de al lado. Buscó el chat del Skype y escribió:

\_necesito veros.

Al cabo de unos minutos sonó un chivato, había una respuesta:

\_mañana en la playa de la isla. 12:00 a.m. siento mucho lo de tu padre.

\_gracias. allí estaré.

Recordaba haber leído, en un tratado sobre la risa que Henri Bergson había escrito, que este fenómeno, el de la risa, tan sólo se manifestaba en la especie humana. Los animales no reían. No obstante, esto no quería decir que no pudieran bromear. En el caso de los perros, algunos investigadores aseguraban que cuando un canino juega a la pelotita a menudo bromea. Se supone que el animal, que trae la pelota en la boca, siempre debe dejarla a los pies de su amo o entregársela en la mano, pero en ocasiones el perro simula que va a entregar la bola y no lo hace, sino que sale corriendo con ella entre los dientes, en el mismo instante en que uno quiere tomarla. Repitiéndose esta acción varias veces para gran regocijo del animal. A esta tarea estaba consagrada *Célula*, su entrañable cachorro labrador que, embadurnada de arena, brincaba patosamente por la orilla.

Aldo Sanchís volvió a tirar la pelotita. De un tiempo a esta parte, *Célula* se había convertido en su única alegría. No es que a Aldo le faltara motivación en la vida, sus investigaciones biotecnológicas le producían una gran satisfacción personal, pero este último año apenas se había permitido un minuto de descanso. Demasiado trabajo, demasiada responsabilidad y, sobre todo, mucha tensión. A sus labores como activo integrante de la comunidad de la Isla de Hidrógeno, había que sumarle el trabajo invisible, aquél del que los comunitarios nada sabían, aquél que no existía. Las operaciones de los anónimos se habían ido multiplicando vertiginosamente y ahora se sentía en el vortex de una espiral de ansiedad. Había tanto por hacer, tanto que transformar. Nunca parecía suficiente. Cuando se ejecutaba una «implementación», sus imprevistas consecuencias obligaban a los anónimos a tener que realizar, de forma inmediata, más «implementaciones» en el entorno cercano al individuo afectado. Era una carrera contra reloj, y eso era peligroso. Hacer las cosas a prisa y corriendo

suponía exponerse a cometer errores. Y si hay errores, se acabó la invisibilidad. No se podían permitir ni un fallo, ni un sólo desliz.

Aldo Sanchís se agachó para recoger la pelota. Su piel morena y su denso pelo azabache se recortaban en vívido contraste contra la arena blanca y la ropa deportiva de colores estivales que llevaba puesta. Lanzó la bola de goma con todas sus fuerzas y *Célula* salió disparada tras ella. La siguió con la mirada y vio que el cachorro dejaba la pelota a un lado, para seguir trotando hasta saltar sobre las piernas de una mujer que venía paseando junto al mar.

—¿Aún no ha llegado? —dijo Anna København cuando estuvo ante Aldo Sanchís.

*Célula* olisqueaba sus zapatillas.

—Estará al llegar.

Aldo observó la cara de Anna. No iba maquillada y su pálida tez exhibía sin tapujos unas prominentes ojeras, testimonio fiel del grado de fatiga y stress al que København también se veía sometida. Está exhausta, pensó Sanchís.

Caminaron hacia las rocas y se sentaron allí. Era uno de esos días raros en los que la Isla de Hidrógeno se cubría de nubes. Sin embargo, la temperatura era excelente, como siempre.

Un coche aparcó justo a sus espaldas. Del vehículo se bajaron dos moles humanas que barrieron con la mirada los alrededores. Después se bajó Marcus Frasch.

—¡Marcus! —exclamó Anna sentidamente, al tiempo que se apresuraba a abrazarle. Le dio un beso en la mejilla y al retirarse miró de soslayo a la escolta.

—Ya no puedo ir sólo a ningún lado —dijo Frasch fríamente—. Han intentado matarme.

—¿Cómo estás? —susurró Aldo mientras le estrechaba entre sus brazos.

Marcus había recibido aquellas muestras de afecto papetado tras una fortaleza de hielo. Hacía ya más de un

año que no se veía con los que antaño habían sido sus mejores amigos. Y, aunque aún les quería, Marcus ya no era el mismo. Aquel enclenque soñador con el pelo enmarañado aparecía ahora ante sus viejos camaradas como un hombre elegantemente vestido, portador de una inexpresiva mirada. Ni tan siquiera los correteos de *Célula* a su alrededor parecieron conmovérle; ni la miró.

—No tengo mucho tiempo ahora, así que iré al grano. ¿Le hicisteis vosotros algo a mi padre?

Anna entornó los ojos y se los clavó en el alma. Aldo agachó la cabeza.

—Si te refieres a lo del barco, creo que estás muy equivocado. Nosotros no matamos. Nunca —dijo København.

—No soy tan estúpido. No me refiero a eso. Me refiero a... ¿cómo lo llamáis?... la «implementación». ¿Lo hicisteis?

Se hizo un corto, pero denso silencio.

—Pues sí, Marcus, lo hicimos —respondió Aldo.

—No me vengas ahora con que no lo sabías —intervino Anna—. De qué iba a cambiar tanto tu padre. Cómo ibas a pensar en volver a su lado, en trabajar juntos, codo con codo, por el bien de la humanidad. Cómo si no... —le miró duramente—. Pero claro, mientras disfrutaste de los efectos de la «implementación» todo bien, todo en orden, ni una palabra, pero ahora que se complican las cosas vienes pidiendo explicaciones. ¡Esto es increíble!

—No te pongas a la defensiva Kø, que no van por ahí los tiros.

Hacía siglos que Marcus no la llamaba Kø, pero le salió del alma. En un segundo habían recuperado la familiaridad perdida.

—Quiero entrar —dijo Frasch.

«¿Qué?», pensaron a la vez København y Sanchís. Sus cejas saltaron sobre sus caras.

—Quiero operar a todos los malditos hijos de puta y psicópatas del planeta.

**D**urante los meses que siguieron al reencuentro con Marcus Frasch, un regusto agridulce se instaló en la conciencia de Anna Kopenhagen. En principio, las células operativas anónimas aceptaron sin fisuras la incorporación de Frasch a sus filas. Al fin y al cabo, Marcus era un empático histórico, de los primeros que habían trabajado en la pionera Isla de Hidrógeno; comunidad que ya contaba con alrededor de trescientas réplicas repartidas por todo el planeta. El hecho de que él estuviera al tanto de las secretas actividades de los invisibles tampoco extrañó ni preocupó a nadie, ya que se conocía la estrecha relación que el heredero de Industrias Frasch había mantenido con dos de los fundadores del comité anónimo, una organización plana, sin líderes y científicamente organizada. Durante el tiempo que permaneció fuera de la comunidad, Marcus nunca delató a los anónimos, sabían que su lealtad al espíritu de la Isla quedaba por encima de toda duda. A decir verdad, su llegada a este grupo sin nombre fue recibida con gran entusiasmo. Marcus Frasch disponía de una de las fortunas más grandes del planeta y prometía invertir en las «implementaciones» todo el dinero necesario para lograr acelerar y multiplicar sus efectos. En teoría, esto suponía que con más medios Anna y Aldo, y el resto de activistas, podrían, si no descansar, al menos liberar algo de la tensión acumulada. Pero en la práctica, esta inyección de recursos conllevaría mucho más stress.

Hasta el momento, el mayor problema que tenían la células operativas era la escasez de gente de acción. Disponían de muchos investigadores e incluso de bastantes cirujanos, que por otro lado no daban a basto, pero no era tan fácil encontrar entre los empáticos individuos instruidos en las artes militares. A estos efectos, los comunitarios que provenían de las fuerzas del Estado y que habían acudido a las Islas movidos por el desencanto, se pusieron a disposición de los anónimos con el propósito de adiestrar a otros

miembros del comité sin nombre, la mayoría de ellos jóvenes talentos y deportistas. La captación de nuevos miembros era una tarea delicada, debido a la naturaleza secreta de sus acciones. Casi siempre se tanteaba previamente a los aspirantes con charlas o a través de comentarios derivados de documentales y películas que retrataban las injusticias cometidas por los psicópatas en el poder. Hasta el momento, estos debates sobre la posibilidad de una «cura global» habían tenido buenos resultados. Los anónimos seguían sin existir. Ahora, con la fortuna de Frasch, podrían contratar a profesionales, a gente de acción, a muchos. Esto era bueno y era malo. Bueno, porque les permitiría acceder limpiamente a muchos más objetivos estratégicos. Malo, porque jamás te podrás fiar de la lealtad de un mercenario. Se discutió y se decidió correr el riesgo, era un oportunidad única. Secretamente, convinieron «implementar» a esos soldados de alquiler una vez que hubieran ejecutado un significativo número de misiones. Era algo arriesgado, pero se dio carta blanca al asunto. Por otro lado, la incorporación de cirujanos experimentados dispuestos a operar bajo estas condiciones clandestinas e ilegales también suponía un problema. Anna, por ejemplo, llevaba una media de cinco operaciones por semana hasta ese momento y la fatiga, en esas intervenciones de alta precisión, podía conducir a errores de fatales consecuencias. Estaba claro que se debía optimizar los recursos humanos y para eso era necesario una estrategia bien definida que permitiera alcanzar el sueño de la «implementación en masa».

La «implementación en masa» pasó a ser el sueño de Marcus, siempre tenía esas tres palabras en la boca. Sin embargo, Anna y Aldo sabían que, ante todo, Frasch pensaba en actuar sobre un grupo concreto de personas. Las ansias de venganza de Marcus eran, en definitiva, una de las mayores preocupaciones de Anna. Estaba convencida de que Marcus se había decidido a unirse al grupo



anónimo movido por la rabia y eso la desvelaba. No era un buen comienzo. Él se tomaba la transformación como algo personal, cuando debía ser algo político. Pero, ¡ah!, ¿cuándo deja de ser personal lo político? ¿Cómo separar los universales de los particulares? Lo personal es político, y lo político es personal. Al fin y al cabo, aquello era una revolución emocional, de eso se trataba. A esta conclusión llegaba siempre Københaven para intentar apartar ese regusto agridulce de sus pensamientos. Con todo, la caza de ese grupo de banqueros, financieros y mafiosos que habían asesinado a su padre fue una condición que Fräsch impuso ya en aquella primera conversación que mantuvieron en la playa. Marcus no deseaba la muerte para ellos, imaginaba algo peor. Su intención era que se consiguieran las pruebas necesarias para encarcelarles y que también se les operara, para que la culpa les consumiera por el resto de sus días en una institución penitenciaria. Quizá alguno de ellos decidiera acabar con su vida entre rejas, pero eso ya no era asunto suyo. Se lo tenían merecido. Aldo le explicó, desde un primer momento, que la posibilidad de acceder a esos objetivos e intervenir en su lóbulo frontal era casi imposible. Ellos ya lo habían estudiado con anterioridad, los tenían en el punto de mira. Pero aquella gente estaba fuertemente custodiada. Se dedicaban a negocios turbios y, por lo tanto, tenían a escoltas de elite, muy entrenados, constantemente a su alrededor. Con toda seguridad, tras el atentado a Herman Fräsch, estas medidas de seguridad se habrían intensificado. No obstante, Aldo Sanchís también le comunicó algo que alegró el inexpresivo rostro de Marcus Fräsch. Si una capacidad tenían los anónimos, grupo forjado en el saber de la ciencia y la tecnología, era el acceso casi ilimitado a las redes digitales y a las intranets de gobiernos, Estados y grupos corporativos de presión. La informática no tenía secretos para ellos. Como Marcus ya se había imaginado, los anónimos operaron a Chester

Steiner, aunque claramente con bastante retraso, ya que no llegó a desvelar las intenciones de esos criminales hasta después de la fatídica explosión que acabó con la vida de su padre. Pero, al vigilar a Steiner e investigarle para preparar su «implementación», también habían accedido a información comprometedora: las famosas pruebas borradas de aquel *pen drive* que Chester Steiner entregó vacío a la policía. El inspector Handke, de la brigada de homicidios, encontró milagrosamente todas las evidencias en su ordenador dos días después. Decidieron hacerlo de este modo y esperar a «implementar» a esa gentuza cuando estuviera preparada la «implementación en masa». En ella estaba trabajando Aldo Sanchís a marchas forzadas. La idea era diseñar nanorrobots que pudieran activar la neurona espejo sin necesidad de cirugía, por medio de fármacos. Todos los medios de los laboratorios Frasch, una de las más poderosas compañías farmacéuticas del mundo, se pusieron a disposición de Aldo y su equipo de anónimos bioinformáticos. Pero las tareas en este campo, aún cuando se habían acelerado considerablemente con los nuevos recursos de Frasch, transcurrían lentamente. Estaban lejos de llegar a resultados satisfactorios a corto plazo. La «implementación» debía seguir adelante, había que cambiar el mundo, sanarlo, liberarlo de esa masa de psicópatas desalmados que ostentaban el poder. Se estudiaron varias estrategias. Dos de ellas fueron determinantes. La primera funcionó bastante bien, la segunda tuvo inesperadas consecuencias que conducirían a una toma de decisiones totalmente desafortunadas, absolutamente trágicas.

El primer proyecto estratégico consistió en la manipulación genética de óvulos. Se decidió que toda una nueva generación de niños, pertenecientes a las clases dominantes, llegaran a la vida ya con un alto grado de empatía en sus genes; inyectando ADN en el útero materno de las ricas herederas embarazadas. Algunos de los ginecólogos

más prestigiosos fueron reclutados para la causa. Otros, simplemente, ni se enteraron de las intervenciones. Las misiones secretas discurrían con total eficacia, como antes, pero ahora, con los recursos de Fransch, podían alcanzar muchos más objetivos. Con este golpe de mano, los anónimos estaban asegurando un futuro dirigido por individuos empáticos. La campaña genética fue un éxito, pero había que pensar en el presente. Y entonces surgió la idea de la segunda campaña.

No había que ser un lince para comprender que el poder se hallaba en manos de los bancos y las entidades financieras. Un colectivo carroñero que controlaba a los gobiernos y generaba *booms* económicos, a base de burbujas que invariablemente estallaban en *crashes*, provocando terribles depresiones que, en último caso, siempre acababa pagando el ciudadano de a pie. Se había convertido en norma rescatar a los banqueros y especuladores de las crisis que provocaban, a expensas de las arcas del Estado. Un cinismo que irritaba enormemente a una población que, impotente, veía cómo los neoliberales defendían en las épocas de bonanza el *laissez faire*, el libre mercado desregularizado, tan sólo regido por la mano invisible de los propios mercados, libre de cualquier imposición gubernamental; pero luego esos mismos neoliberales, con total impunidad y desparpajo, recurrían a la intervención del Estado en los momentos en que sus burbujas explotaban. Era un hecho que los gobiernos estaban controlados y dirigidos por las entidades financieras, ellos gobernaban en la sombra este nuevo sistema feudal, basado en la deuda y barnizado de libertad democrática. Había que actuar en ese sector inmediatamente, estaba claro.

Se programaron una serie de intervenciones en clubes financieros, en galas benéficas, muy del gusto de estos hipócritas de esmoquin y pajarita, y en otros lugares y eventos de la alta sociedad bancaria. El resultado no se hizo

esperar, los *brokers*, las bolsas de todo el mundo, dejaron de competir, cesaron de rapiñar y especular y, simplemente, el sistema económico se volvió loco, se vino abajo, no estaba preparado para un cambio tan radical y todo se descontroló. Se generó la mayor crisis económica jamás acontecida en la historia moderna. Los despidos de miles, millones de personas, se sucedían día a día, a pasos agigantados. Las clases medias comenzaron a no tener dónde vivir y a no tener de qué alimentarse. Los más desfavorecidos olvidaron sus esperanzas de ascender en la escala social, no había futuro. Las revueltas no se hicieron esperar. Las ciudades del planeta se convirtieron en esperpénticos campos de batalla de fuerzas desiguales. Un nuevo rey se coronó: el caos.

Celia More buscó el archivo del tercer capítulo de *Power*. Le quedaba ese por ver y un epílogo que llevaba por título «El legado de Anna København». Seguía sin agradecerle lo más mínimo las insinuaciones del argumento, pero, por muy rocambolesca que le pareciera la trama, la miniserie había logrado captar su interés. La curiosidad la mantenía ahora en un estado de intriga del que sólo se podría liberar con el visionado completo de la historia. Distraídamente se fijó en la hora que era y, de súbito, como propulsada por un muelle, saltó del sillón. «¡El mantenimiento!». En quince minutos debía estar en el jardín flotante para cumplir con sus dos horas de actividad de mantenimiento. Apagó el reproductor, se calzó y mecánicamente fue recolectando esos secretos femeninos que habitan las profundidades de los bolsos. Lo guardó todo mientras salía por la puerta, que cerró con estrépito, y se fue a la carrera. Dejaría para más tarde

la serie, pensó. Pero entonces, entre zancada y zancada, recordó que esa noche partía para Isla WeWe, y de allí a la Isla de Hidrógeno, que todavía tenía mucho que preparar, que le quedaba poco tiempo y que aún no había hecho su ejercicio diario. El día anterior había dormido mal y se lo había pasado, casi por entero, sumida en un maremágnum de recuerdos nostálgicos. No había salido a correr, no se encontraba con ánimos, pero no estaba dispuesta a perder el ritmo a estas alturas. Estaba consiguiendo mantener su cuerpo libre de zonas flácidas y no lo quería estropear. Y mucho menos ahora que se avecinaba coqueteo. Cuanto más aceleraba el paso, recorriendo los pasillos del barracón Espejo 2, y cuanto más consciente era de todo lo que aún le quedaba por hacer antes de coger el SpeedSunRail de las nueve y media, más frenéticamente bombeaba su corazón y más agobiada se sentía. En trece minutos llegó al jardín, justo a tiempo para ponerse la ropa de actividad, saludar a sus compañeros y comenzar la tarea. Al tomar las herramientas jardineras en su mano, una gran gota de sudor descendió por su sien.

—¿Te interesa la Supervibración, Kristel?

—¿En qué sentido?

—¿Qué explicación le das?

—Ya sabes, «Es el aaalma del Yooooko, que haaabla»

—respondió Kristel Salazar, remarcando la máxima integrada con un tono exageradamente grave y gestos paródicos.

—¿Tú no te tomas nada en serio, verdad?

—Lo intento... ¿Qué te pasa a tí con la «Suuuperrrrvibración»? —Kristel pronunció también esta palabra

con voz de ultratumba, al tiempo que batía su negra coleta—. ¡Ah! Déjame adivinar... eres una nueva creyente. ¿A que sí?

—Exacto —confirmó Barbara Akum con suficiencia—. Y debo decir, que tú, para ser una integrada, te desenvuelves con mucho desparpajo, con bastante poca vergüenza, diría yo. No pareces una mística integrada, la verdad. Nada que ver con Xing Owen.

—Nuevas generaciones, Akum, nuevos aires —arguyó Kristel con una espléndida sonrisa.

—En fin, mientras hagas bien tu actividad, supongo que todo en orden.

En ese momento entró en el estudio Rosalind Goodman, la diseñadora de administración creativa de Flux&Flow.

—Qué bien que estéis aquí —dijo—. Esta noche llega Celia More, bastante tarde, así que no la veremos hasta mañana. Habrá que enseñarle todo esto...

—Supongo que Ernesto se ocupará, ya que ha sido él quien ha puesto tanto interés en su visita —replicó Barbara.

Con un agudo silbido, Kristel saltó de la mesa sobre la que estaba sentada.

—¿Vais a ir al concierto? —preguntó Goodman.

—¡A mí me encantaría! The Mathematicians son unas pioneras del *electro-deep fox-trot* —exclamó Kristel Salazar, acompañándose de unos expertos pasos de baile.

Barbara Akum la traspasó con la mirada.

—Sí, yo también iré. Con Félix —dijo, mientras recogía con enojo unos documentos que se habían esparcido por la mesa—. Desde la última Supervibración, hace ya un par de años, que no salimos a bailar.

—Yo no puedo, me toca guardería —se lamentó Rosalind Goodman.

—No te preocupes, ya te lo contaremos —dijo Akum con cierto sarcasmo.

Rosalind le sacó la lengua y ambas rieron.

La cháchara duró unos minutos más. Luego, las tres se despidieron y pusieron rumbo a las tareas propias de cada cargo. Rosalind bajó a buscar a Ernesto Winkler para concretar ciertos detalles de la visita de More. Kristel dijo ir a un sitio tranquilo, que no especificó, para bajar a las profundidades del Yoko; y Barbara salió a solucionar unos asuntos, de los que tampoco dio detalles. Al separarse, cuando Rosalind se hubo marchado, Kristel le dijo a Barbara:

—Por cierto, Akum, tenías razón, Ernesto es inaccesible.

Barbara Akum contuvo una sonrisa y respondió tan sólo con el brillo de unos ojos condescendientes.

—No ha hecho ni el más mínimo caso a mis indirectas —añadió Kristel Salazar.

«¡Indirectas, dice! Si casi se le echa encima», pensó Akum, pero simplemente ensayó un gesto inexpresivo.

—Nos vemos mañana —dijo la joven integrada y se alejó rodando sobre unos veloces patines, enfundada en un mono negro de débiles brillos metalizados.

Barbara Akum tomó el ascensor hasta la planta del Archivo. Tenía que recoger unas plaquetas allí, así que optó por tomar esa salida, que daba a orillas del río. Cuando pasaba en dirección a la puerta vio a lo lejos, a la vera del gran cubo de petróleo, a Ernesto y Rosalind hablando. Ellos no la vieron, parecían concentrados en lo suyo. Akum se paró un instante a observarles y seguidamente se dio la vuelta. Prosiguió su camino con ojos



estáticos, de mirada infinita; tras ellos, las palabras del AutoPsycho se repetían en su cabeza como un obsesivo mantra: «No es él, Barbara, eres tú. Vuelve a tu fe.»

Siguió andando con la mirada perdida.

Aún le restaban un par de horas antes de tomar el SpeedSunRail de las 21:30 h. y Celia More aprovechó para tachar de la lista el último preparativo. Se acercó hasta el pabellón Espejo 0, en el centro de la comunidad, y allí se mezcló con la masa humana. A esas horas de la tarde, nutridos grupos de peatones fluían de aquí para allá al hilo de un bullicioso silencio, en un clima de distendida calma. Celia cruzó las puertas de NoShop dispuesta a elegir, de entre un abrumador muestrario de modelos, un bikini a su gusto. La inspirada arquitectura interior del establecimiento quebraba su planta para concluir en forma de «L». Sus paredes salían en ocasiones al encuentro del pasillo, a modo de grandes e irregulares protuberancias poliédricas revestidas del mismo material que el resto de los muros; una especie de bioplástico satinado que cambiaba de color a un ritmo tan lento que resultaba inapreciable. De alguno de estos volúmenes volados colgaban perchas con trajes de baño. El resto de las prendas se repartían por el centro del espacio, suspendidas en raíles o vistiendo maniqués holográficos en movimiento. Junto a la entrada, se hallaba un mostrador de esquinas mutiladas que no contenía ni un sólo ángulo recto en sus formas. Tras él, una pared-pantalla mostraba un listado que se iba actualizando constantemente. Celia More lo miró con atención. Era uno de esos resquicios del pasado, una de esas tradi-

ciones funcionales que tan sólo servían ya para reafirmar la política de comportamiento. Era algo así como un panel con información bursátil, pero aquí los datos expresaban la conveniencia de la “compra”: una lista de factores como los efectos de fabricación sobre el medio ambiente, la densidad de producción, el índice de riqueza de la comunidad productora de cada prenda y los límites razonables de consumo. En aquel contexto tan seductor, repleto de reclamos signícos, este panel representaba una llamada a la racionalización en un entorno emocional. More dedicó un minuto a pasear la vista por el panel. Sin duda, se podía permitir el consumo estético y funcional de un nuevo bikini. En realidad, todos los comunitarios se lo podían permitir. El cumplimiento de sus funciones, las actividades de control, producción cognitiva y mantenimiento, que tanto ella como el resto de los comunitarios realizaban responsablemente, así como un igualmente consumo responsable, hacían que esos paneles informativos, en la práctica, no tuvieran más fin que la confirmación de un estado de equilibrio económico naturalizado.

Celia fue escudriñando los productos en exposición hasta cargarse con tres perchas. Se metió en el probador y se puso el primer bikini que había escogido. Le quedaba perfecto. «Esas carreras matinales han dado sus frutos», se dijo. Aun así metió barriga y alzo un poquito los talones, tratando de encontrar en el espejo la figura más esbelta que pudiera conseguir. «Estoy blanca». Tras probarse los tres modelos, se decidió por la primera opción y salió al pasillo directa hacia la “caja”, donde se incorporó a una discreta cola de dos personas. Delante de ella un par de chicas comentaban la belleza de los productos seleccionados. Una de ellas colocó

sobre el mostrador un bikini transparente. More le lanzó una mirada furtiva. Recordaba que hacía años ella también había llevado ese tipo de “vestimenta” playera, aunque siempre bajo la sospecha de que esto constituía una conducta un tanto estúpida. En realidad, había sido Jacky, gran amante de esos pequeños trozos de tela invisible, quien la había convencido para adquirir aquél absurdo bikini. Pero en fin..., eran otros tiempos, otras motivaciones. Nostálgica, levantó la mirada y se topó con la mujer que atendía tras el mostrador. La observó con interés; pelo dorado, ojos pardos de largas pestañas, una cara amablemente cuadrada. De pronto, constató lo mucho que se parecían entre sí. Tenían un rostro y un cuerpo muy similar, a no ser por el bronceado que la dependienta exhibía con orgullo. «Rayos UVA», pensó; la primavera no había hecho más que empezar y esa chica no habría podido tostar hasta ese punto su piel bajo el tímido sol del norte, aún no. Contemplando aquella gemela de moreno artificial, se entretuvo con la idea de una sociedad volcada en un incesante juego semiótico. La nivelación intelectual y física de los comunitarios generaba una reacción compensatoria de diferenciación individualista en el ejercicio de un juego social de signos, donde los comunitarios formaban su identidad, su imagen personal, por medio de la conspicua selección de sus estilos de vida. Como aquel bikini transparente, como los bronceados de máquina. Reflexionó entonces More en lo paradójico del hecho y en cómo se empleaba una gran cantidad de energía para mantener aquellos estándares de confort que cubrían superfluas necesidades estéticas. ¿O no eran tan superfluas? Comer, beber, resguardarse, esas eran, sin duda, necesidades básicas, pero ¿eran el resto necesidades superfluas, lujos, no-

necesidades? Pensó Celia que en realidad las necesidades fisiológicas no se diferenciaban de las del resto de animales y que quizá el ser humano se había percatado de que las necesidades culturales eran algo básico para las personas. Estaba llegando a algo y volvió a subrayar en su cerebro aquel timón conceptual: *utopía entrópica*. Desplegó el Yoko en una pequeña pantalla y apuntó alguna palabra más en sus notas.

—¿Te llevas ese? —le preguntó amablemente su doble tostado.

—Oh... sí, perdona, estaba distraída —respondió Celia sonriente, al tiempo que cerraba el Yoko y extraía una tarjeta del bolso.

La dependienta fue a buscar una bolsa mientras Celia More pasaba la tarjeta de puntos por un lector. Cuando la chica volvió, la información ya se había procesado. Sin mirar ni por un instante la comprobación de los puntos intercambiados, le entregó la pequeña bolsa y Celia se apresuró a salir de NoShop. Ya iba con retraso. En una hora partía para Isla WeWe. Volvía a estar excitada.

La presencia de Ernesto Winkler y Rosalind Goodman se plasmaba sobre negro en los cristales del gigantesco volumen; el *Cubo*, aquel contenedor repleto de espeso fluido fósil, recuerdo de tinieblas históricas. Tan sólo ellos dos aparecían en ese reflejo profundo, iluminados sobre la densa oscuridad, como en un retrato tenebrista y refulgente pintado al óleo por algún viejo maestro. Rosalind llevaba puestos unos pantalones entallados que combinaba con una camiseta y una pequeña cazadora cuello Mao blanca de tela *screen* desactivada.

Ernesto, como siempre, vestía impecablemente la reconstrucción de un diseño histórico. Esta vez se trataba de un traje rescatado del vestuario de alguna película antigua: pata estrecha, tiro bajo, solapas cortas y cuellos pequeños en la camisa, cinturón cuadrado acorde con los zapatos y una fina corbata rematando, todo negro. El flequillo rubio de Winkler se mantenía inmutable sobre sus ojos grises de seductor; un querubín adorable.

—Había pensado en llevarla a ver primero los archivos de la Isla. Una mañana de ruta turística viendo reliquias seguro que le gusta a Celia. Y por la tarde traerla aquí para enseñarle todo esto y hablar del proyecto. Ya luego, a la noche, iríamos al concierto —le dijo Rosalind Goodman.

—¿Tú vas a ir? Creí que tenías tareas con los niños —respondió él.

—Sí, sí, tengo guardería, pero quizá lo pueda cambiar. Como vais a ir todos...

—Ya, por eso. Creí que ya lo habíamos hablado, Rosalind —Winkler tomó dulcemente a Goodman por la barbilla y la meneó con cariño—. Alguien del equipo tendrá que estar fresco al día siguiente.

—Ya, pero... siempre yo...

Winkler le dedicó una sonrisa.

—Sin ti este barco se hunde. Eres tú, mi querida Rosalind, quien lo hace funcionar. Si faltara cualquier otro de nosotros nada pasaría. Sin embargo, tu ausencia sería como quitarle la vida a una flor, derramar su sabia, despojarla de su energía —dijo él.

Rosalind bajó la cabeza, ruborizada pero feliz ante los halagos de Ernesto, que ahora la miraba expectante.

—Está bien, me quedaré con los niños —aceptó ella.

Xing Owen está sentado en el suelo, apoyado en una esquina al fondo de la habitación. Inerte e imperturbable en la oscuridad más absoluta. De pronto, con un chirrido oxidado, la gruesa puerta de metal se abre y una silueta se recorta sobre el rectángulo luminoso del vano: es Ernesto Winkler. Tras él, las paredes-vitrina de su refugio hacen resplandecer los objetos robados bajo la gélida luz fluorescente.

Winkler se acerca despacio al integrado, se agacha y lo agarra por los hombros.

—¡Xing! ¡Xing! ¡Despierta, joder! —le grita zarandeándole.

—¡Owen! ¿Me oyes?.... Me cago en la puta. ¡Owen!

Entonces le coge con ambas manos la cabeza y la agita con fuerza.

—¡Owen! ¡Owen! ¡Despierta!

Los ojos de Winkler se inyectan en sangre. Golpea contra la pared. Ciego de ira.

— ¡Owen! ¡Owen! ¡Owen!

A cada grito le sigue un crujir del cráneo de Xing.

—¡Despierta, coño! ¡Despierta!

La sangre salpica los muros. Winkler lo arroja con violencia fuera de su vista y un riachuelo rojo comienza a correr entre las baldosas, hasta bañar los pies de una hilera de bidones de petróleo. Ernesto Winkler le da la espalda y cierra la maciza puerta tras él. Con un rotundo eco, vuelve la oscuridad a la estancia. La oscuridad más absoluta, la nada.

Consultó su reloj. Aún debía esperar, era temprano para hundir el cuerpo. Y temprano también para usar la puerta secreta que daba a la cámara de drenaje. Todavía quedaba gente en el Archivo de Arqueología Industrial, visitantes e internos con los que no se quería topar. Ante la opción de salir por aquella ridícula y polvorienta trampilla en forma de ojo de pez, por donde a veces accedía a su refugio, y mancharse el traje de nuevo, Ernesto Winkler prefirió aguardar a que se hiciera de noche allí abajo, con sus preciados objetos como única compañía.

Winkler paseó junto a los muros acariciando el cristal, se paró ante una escultura holográfica y recitó:

*Un hoyo de verde en el que canta un río,  
fijando alocadamente en las yerbas jirones  
de plata; en el que el sol, desde la altiva montaña,  
brilla: un pequeño valle que crea espuma de rayos.*

La escultura cobró fuerza. Era una obra de Estela Diermissen; la representación realista de un comunitario que remaba en una pequeña barca, en medio de un mar que, como el cielo, se contenía en la forma de una esfera flotante. El talento de aquella bella muchacha había creado una maravillosa escultura viva que necesitaba alimentarse de palabras rimadas, de estrofas poéticas. Si la pieza no recibía diariamente su ración de poesía, el pequeño comunitario dejaría poco a poco de remar y una tormenta devastadora se lo llevaría al fondo del océano. A Winkler le fascinaba aquella escultura, y hoy se le antojaron esos versos de Rimbaud para apaciguar su alma.

«Estela».

Contemplando al pequeño comunitario remar, retornó el recuerdo de su primera obra hidrostática: Estela Diermissen. Ella marcó la pauta, las que la siguieron serían como ella, con una densidad corporal similar para crear una serie de bellas mujeres creadoras de formas. Creadoras que se fusionaban con una creación, la obra de Winkler, que a su vez invadía otra obra, ocupándola con cuerpos de obras de arte humanas, perfectas, —bellezas que creaban belleza— y que se fundirían con el arte supremo. «Sublime». Pero antes, para libar en toda su magnitud las mieles del proceso, debía seducirlas y luego dominarlas, penetrarlas como materia moldeable, darles la muerte para llevarlas a una vida secretamente inmortal: el *Cubo*.

El mayor placer lo alcanzaba Winkler con los estudios y cálculos de masa, densidad, gravedad, fuerza y volumen que debía realizar para drenar primero el petróleo de base asfáltica del interior del *Cubo*, y dejar el volumen exacto para hundir después el cuerpo sin vida. Un largo proceso que le llevaba varias horas de ajustes



y precisiones hasta que lograba mantener la superficie superior del *Cubo* completamente lisa, pulida como el cristal, al borde exacto de sus aristas, sin gotas rebosantes, sin ondas ni oleajes, en geométrica quietud. El petróleo equivalente al volumen del cuerpo lo guardaba Winkler en un bidón, que actuaba como una representación minimalista del cadáver y concluía el proceso. Y cuando llegaba ese glorioso momento final se sentía agotado, borracho de placer tras aquel culto orgiástico a la memoria de Arquímedes.

Pero esa noche era diferente, constituía una anomalía. Xing Owen no encajaba en el perfil. Aquello había sido... bueno, había sido un accidente.

Nunca antes había asesinado a un integrado, tampoco a un varón, pero fueron las circunstancias las que le empujaron a hacerlo. Desde hacía tiempo, Owen estaba siendo como un grano en el culo de Winkler, siempre protestando, nunca de acuerdo con sus decisiones. Era muy molesto. Y Ernesto Winkler necesitaba dominar, de forma amable y sibilina, pero su ego requería alimentarse con la obtención del control total sobre los otros, sirviéndose de la manipulación de las relaciones y el hechizo personal. La sola idea de su fracaso en estas artes de la seducción le enfurecía, le sacaba de quicio y, cada vez con más frecuencia, debía reprimir su ira en público. Eso era un engorro. Owen era un problema. Estaba incluso sospechando que él sospechaba. ¿Sería eso posible? ¿Podría darse el caso de que un comunitario no confiara en otro a pies juntillas? Quizá hubiera más como él, en la sombra, dominando y saboreando la voluntad de poder con maneras tamizadas. Quién sabe... Quizá... Pero no, Xing Owen no era así, él lo sabía, lo intuía. Simplemente, Owen era un maldito integrado testarudo.

Winkler comprendió que debía utilizar métodos distintos para ejercer el control sobre su compañero de equipo y conjeturó que un dominio bioinformático incluso le podría proporcionar muchas más ventajas a la larga. Así que una noche le citó en el laboratorio y, aprovechando un descuido de Xing, le inyectó un fármaco nanorrobótico, con el propósito de someterle a una operación de cableado que le permitiera monitorizar su vida digital y, sobre todo, poder acceder de este modo a las profundidades del Yoko, privilegio del que sólo los integrados gozaban. Calculó mal.

Owen se sumió en un profundo trance y lo perdió. No respondía ni aquí, ni allí en el Yoko. Los intentos por reanimarle resultaron vanos y Ernesto llegó a la conclusión de que el integrado se hallaba dormido en algún paraje del Yoko. Había oído historias sobre integrados que, estando en la tercera o la cuarta capa, abajo en el Yoko, se habían dormido mientras realizaban tareas mecánicas, aburridas o rutinarias y que, de entre ellos, algunos volvían y otros dormían para siempre.

Ya llevaba una semana experimentando sin éxito con Xing para intentar, si no traerle de vuelta, dictar su albedrío dentro del Yoko. Nada. Ningún progreso, se estaba desesperando. Poco a poco fue perdiendo la paciencia, hasta que la perdió del todo esa tarde y le aplastó la cabeza contra el hormigón. «¡Maldito tozudo hijo de puta. A ver quién tiene ahora más dura la mollera!». De alguna forma se sintió liberado, no obstante, todo esto rechinaba en la armonía serial de su obra magna hidrostática. Owen, aunque no era muy alto, superaba con creces la masa corporal de las bellas durmientes sumergidas en el *Cubo*. En un principio, pensó en librarse del cadáver arrojándolo al río, pero luego no pudo resistirse

a la promesa del placer que supondría seguir de nuevo aquel proceso de medidas, ajustes y equilibrios; e imaginó el momento de dividir la masa del cuerpo de Xing por el volumen de petróleo que debía ser desplazado, para obtener así, como con las chicas, la densidad de Xing Owen. Ese imaginar le produjo, ya de por sí, una gran satisfacción. Se convenció, al fin, de esperar allí hasta la noche y entregarse a su privada liturgia.

A decir verdad, tampoco se le presentaban oportunidades como ésta muy a menudo. Engañar a esos pánfilos sobre el paradero de las chicas, una vez cometido el crimen magistral, era fácil. «Ingenuos bobalicones...». Sin embargo, debía ir con cuidado, si se le relacionaba continuamente con las desapariciones era muy probable que la sospecha, aún siendo un sentimiento en desuso, surgiera tarde o temprano. No se podía arriesgar a descubrir las impredecibles consecuencias que acarrearían el abrir una brecha así en la confianza empática. Cada caso, cada chica, requería un plan específico.

El grueso de sus víctimas provenía del aluvión de turistas culturales que Isla WeWe recibía cada año. La comunidad se había creado como un complejo de archivos destinado a la educación y la contemplación de reliquias de épocas perdidas, con lo que no resultaba difícil seducir en secreto a alguna muchacha provista de talento. La mayoría de las veces, tras la ceremonia fatal, Winkler dejaba la cosa correr, allí no había pasado nada, pero con otras se preocupaba de enviar estudiados vídeo-mensajes a las personas cercanas a las víctimas, aduciendo algún largo viaje, al espacio exterior por ejemplo, como explicación de su ausencia. No era algo complicado. Ernesto Winkler se había hecho un experto en el manejo del ALIVE, ese software 3D que te

permitía, con un realismo insuperable, poner a actuar a personajes de otro tiempo a partir de películas y fotos. Eso tenía previsto para Owen. Tras el intento fallido de control bioinformático, envió aquel mensaje escrito en el que Xing Owen decía ausentarse para someterse a un *retiro corporal*, esa ceremonia de consagración integrada de la que había oído hablar de forma vaga. Ahora, tendría que inventarse algún motivo que poner en boca del propio Owen para justificar su partida. Un proceso que, lejos de provocarle angustia, disfrutaba con entusiasmo, embargado por la emoción del peligro. ¿Peligro? ¡Ja! Al fin y al cabo, en esa comunidad de zoquetes podía actuar a sus anchas. Nadie le podía parar.

Con algunas desapariciones misteriosas el Servicio de Salvamento trataba de indagar, pero, invariablemente, ingenuamente, las pesquisas iban dirigidas a los efectos de las fuerzas de la naturaleza, a los accidentes derivados de la mala fortuna o la imprudencia. Nunca a la intervención del hombre o la mujer. No obstante, existía un cierto riesgo. El Servicio de Salvamento, después de todo, era la institución en la que se había convertido aquello que en épocas pretéritas llamaban policía. Quizá quedara algún resquicio de su pasado armado en esos cuerpos de auxilio. Aunque no era probable. Diría que imposible. «Ingenuos». Ellos eran débiles y él era fuerte. Él era el *Übermensch*, un hombre superior, mejorado. El final de la cadena evolutiva. «¿Yo Soy Tú? Yo Soy Más que Tú, cretino».

¿Por qué? ¿Por qué debía compartir con otros su genio? ¿Por qué debía él tener lo mismo que los otros? ¿Por qué valía su opinión tanto como la de aquellos retrasados? Si él era más fuerte, más inteligente, mejor; entonces, se merecía más y no lo mismo que los otros.

Winkler observó el conjunto acumulado de objetos preciosos tras las urnas. Quizá fuera momento de comenzar a tomar lo que era suyo, lo que por derecho le pertenecía. Ahora, con este proyecto del Tricentenario, tenía la oportunidad ante sí de influir en muchas comunidades. Su carisma colocó a Flux&Flow en el centro del proyecto. Era él, sólo él quien debía dirigir el destino de los hombres. Él, sólo él, el que...

Un pitido en el Yoko interrumpió sus desvaríos megalómanos. Era la hora. El Archivo se había cerrado y a buen seguro se encontraría libre de ojos curiosos. Concentró una mirada penetrante en la antigua puerta de metal; al otro lado estaba Xing. Mentalmente lo descompuso en improvisadas medidas. Pesaría unos 70 kilos, 700 newtons, la aceleración de la gravedad allí era de  $9,8 \text{ m/s}^2$ . 700 entre 9,8... unos 71,5 de masa. Debía calcular su volumen y de ahí su densidad, le quedaba tarea esa noche. Se estaba excitando.

Decidido, recorrió el pasillo de cristal hasta la puerta blindada y con un giro de muñeca la abrió. Una cortante luz irrumpió en la habitación. Al fondo, tirado en el suelo estaba Xing, con los sesos desparramados junto a su cara. En el extremo opuesto, perfectamente alineada, una tétrica formación de idénticos y plateados bidones de petróleo brillaban en la penumbra.

El sol se había adueñado de la mañana. Sorprendidas por una franja luminosa que desprendió la ventana, una miríada de minúsculas motas de polvo gravitó por el immaculado vacío. Rosalind Goodman esperaba sentada entre las rigurosas rectas que conformaban los sillones; idénticos y mullidos módulos blancos que se esparcían por el hall del hotel comunitario 000<sup>3</sup>. Tomó un sorbo de café y dejó la taza de porcelana sobre la mesita adyacente, también cúbica y blanca. Tenía su Yoko desplegado ante sí. Su piel morena y su cabello castaño brillaban exultantes, acosados con gusto por el poder calórico del sol. Sus ojos verdes irradiaban buen humor. Se entretenía Goodman en el cumplimiento de su deber como votante cuando Celia por fin bajó.

—Hola, Celia. Bienvenida a Isla WeWe.

Rosalind la recibió con dos besos que Celia More correspondió.

—Buenos días, Rosalind. ¡Qué bien estar ya aquí! ¡Menudo tiempo tenéis! —dijo.

—Sí, lleva unos días con una temperatura fabulosa, pero pronto llegará el calor, y aquí se hace insostenible. Ya sabes lo que dicen, seis meses de invierno y seis de infierno.

—Oh. Vaya, no os quejéis... de donde yo vengo además de frío, no hay nada de luz en invierno. Ahora se está mejor pero... ¡Esto es maravilloso! —exclamó Celia More, echando un ojo al exterior.

—¿Has desayunado?

—Sí, ya he tomado algo. ¿Cuál es el plan?

—Si te parece, podemos visitar archivos históricos y artísticos esta mañana. Iremos tú y yo. Barbara y Kristel tienen actividades que hacer y Ernesto me envió un mensaje temprano rogándome le disculpas, ya que no podrá venir hasta la hora de comer.

Celia intentó desterrar la decepción de su rostro. Sin mucho éxito.

—Parece ser que ayer se quedó hasta muy tarde atendiendo sus labores de investigación en Flux&Flow. Es muy meticuloso y aplicado, y hoy se le han pegado las sábanas al pobre —añadió Rosalind tiernamente para justificar la descortesía del anfitrión.

—No pasa nada. Seguro que las dos nos lo pasaremos de maravilla.

—¿Es tu primera vez en WeWe?

—Sí. Así que estoy completamente virgen.

—Entonces te va a encantar, ya verás.

Y salieron a la calle cogidas del brazo como si fueran amigas de toda la vida. Habían congeniado.

La cantidad de archivos de toda índole que atesoraba Isla WeWe, y la abrumadora abundancia de contenidos que exhibían todos ellos, instó a las dos mujeres a reservar unos minutos, antes de seguir su marcha, para

concretar tan sólo dos o tres lugares de visita. Algo que pudieran abordar en el tiempo que durara la mañana. Escogieron el Archivo de la Imagen y el Archivo del Producto, pues se encontraban uno pegado al lado del otro. A decir verdad, los dos archivos ocupaban el mismo edificio que cambiaba de forma, de sólidos volúmenes rectilíneos a volubles curvas orgánicas, para encontrarse en un espacio común, fusión de ambos estilos, donde, también en el interior, los objetos mostrados se confundían en su categoría y catalogación. Allí, paseando entre el silencio, Celia se topó con una antigüedad que la fijó al piso como un clavo.

—Increíble, ¿no crees? —comentó Rosalind Goodman—. ¿Cómo podrían hacer funcionar semejante aparato? ¡Mira! Tiene cables y todo.

—Desde luego, nada que ver con los de ahora —convino una Celia More reflexiva.

Se acercó un poco más y pasó la mano suavemente ante el producto. Una cartela transparente se proyectó ante sus ojos.

«MegaSun 3500 Super. 4.600W. Solarium. Era Pre-Empática.»

—La era de los combustibles fósiles... —murmuró Celia More para sí.

Se quedaron allí paradas sin decir nada un buen rato, quizá demasiado.

—¿Seguimos? Aún nos queda mucho por ver... —le aconsejó Rosalind.

—¡Ah! Sí, vamos...

More desplegó el Yoko, apuntó «UVA» en sus notas y continuaron la ruta.

La fatiga las llevó hasta la hora de comer. Habían quedado con los demás en el comedor del Archivo de



Arqueología Industrial, edificio que acogía al estudio de Flux&flow, para luego hablar del proyecto de Conmemoración Tricentenario y ver las piezas del archivo.

—Tengo los pies destrozados. Vamos directamente a sentarnos en el comedor, por favor —suplicó Rosalind.

Cuando llegaron, Kristel Salazar y Barbara Akun estaban ya sentadas, enzarzadas en una partida verbal de sutiles indirectas. Se levantaron y dieron la bienvenida a la invitada. Luego continuaron.

—Lo único que no entiendo, Salazar, es qué es lo que te molesta a ti del *milagro*.

—¿De qué habláis? —inquirió Goodman mientras dejaba su bolso en la mesa y se sentaba.

—Nada, la mujer, que está obsesionada con la «Supervibración» —Kristel volvió a adoptar ese tono paródico que tanto fastidiaba a Barbara.

En ese momento, Celia, que estaba pendiente de acomodarse, vio como una sombra cubría la mesa. Alzó la mirada e inconscientemente se tensó como un palo.

—Hola, Celia, bienvenida.

—Hola, Ernesto, ¿cómo estás?

Sus ojos se fundieron en un rayo. Se tocaron con la mirada. Fue un instante, un relámpago invisible que no duró un segundo. Winkler se sentó a la mesa frente a ella. Intercambiaron unas intrascendentes frases sobre el clima y luego Celia quiso liberarse de la presión atmosférica atendiendo al resto del grupo.

«Qué calor».

Barbara y Kristel seguían con lo suyo.

—Lo que no entiendo es cómo puedes llegar a capas profundas del Yoko siendo tú tan superficial, Kristel.

—Para nada, yo tengo mi espiritualidad muy, muy bien definida —dijo Kristel, al tiempo que estiraba la

espalda y hacía que su ajustado mono negro ensalzara la generosidad de sus pechos.

Celia la reprendió con la mirada, de la forma en que se amonesta a una hermana pequeña.

—Son las nuevas generaciones, amigas, ellas son el futuro —dijo para esquivar el asunto.

«Es una descarada», pensó Barbara mientras auscultaba su plato.

Kristel no aminoró la marcha.

—¿En que crees tú, Winkler?

La casualidad de aquella frase, sumamente familiar para Celia, causó un efecto tan chocante en ella que volcó toda su atención en el rostro de Ernesto Winkler. Era la misma pregunta que Jacky le había hecho a Scott en aquella playa, tantos años atrás y tantas veces recordada. «En el amor y en la razón», fueron las palabras de Scott.

Ernesto hizo un extremadamente pausado gesto al pasar la vista por cada una de sus compañeras y reclinándose teatralmente hacia atrás afirmó:

—Yo creo en las mujeres, claro.

Las carcajadas atronaron el comedor.

—¡Cómo eres! —le dijo Barbara tirándole una bolita de miga de pan.

El jaleo de risas fue remitiendo y hubo un silencio tras el cual Winkler retomó la cuestión.

—No, en serio, yo creo en crear —dijo.

—¡Vaya, Winkler! Eres un poeta —ironizó Kristel con una risita.

—Sí, sí que lo es, escribe... y cosas muy bonitas —apuntó Rosalind.

—¿Ah, sí? —dijo Celia.

—Oh, no. No, por favor..., nada importante... hago mis pinitos... nada más —dijo él.

—No le hagas caso, escribe poemas preciosos —insistió Rosalind.

—No, no. Olvida eso, por favor —se apresuró Ernesto, batiendo la mano de lado a lado—. Volvamos a lo de creer en algo. Yo... yo creo en crear, en la creación... Y cuando ésta se funde con la belleza femenina, entonces... —sintió un respingo de placer—, entonces es algo sublime. Si he de creer, que sea en crear.

—Vaya, pues sí que eres un poeta... —dijo Celia no muy alto.

Rosalind aplaudió, Kristel abucheó y Barbara miró agriamente a Celia, de soslayo.

Ernesto Winkler había dicho aquello sin dirigirse a nadie en concreto, pero Celia More sintió que sólo la miraba a ella, que ninguna otra estaba allí sentada. Sensación que, al parecer, Barbara experimentó igualmente, pues empuñaba con tal fuerza los cubiertos que, si de madera hubieran sido, ya se habrían convertido en cuatro trozos inservibles. «No es él, Barbara, eres tú. Vuelve a tu fe», martilleando en su cabeza.

Kristel se fijó en ella.

—¿Ves, Barbara? Quien más quien menos tiene una espiritualidad —le dijo.

—Muy graciosa, Salazar —Barbara se viró a la izquierda—. Celia, los jóvenes integrados en vuestra Isla, ¿son tan descarados como los que tenemos aquí?

—Oh, vaya, jóvenes no sé... Pero bueno, allí tenemos a Moss, que es integrado y un poco cascarrabias.

—Ya lo creo... —susurró Kristel, girando la cabeza hacia otro lado.

—Ya ves que aquí tenemos nuestro propio cascarrabias —dijo Rosalind pellizcando dulcemente la mejilla de Barbara—. ¿Verdad, Barbara?

Barbara le sacó la lengua y aparentemente recobró la sonrisa.

Tras la comida subieron al estudio. Winkler y Salazar se acomodaron con Celia frente a una pantalla gigante. Rosalind y Barbara se fueron a sus mesas para atender gestiones relacionadas con otros proyectos en curso. Ernesto Winkler fue mostrando con orgullo un muestrario de imágenes catalogadas como tecnología histórica de la energía. Para ilustrar su fluido discurso, Ernesto hacía pasar, a un movimiento de su mano, un conjunto desigual de antiguos sistemas eólicos, rudimentarios aparatos de medición, desfasadas bombonas de almacenamiento y viejos paneles solares.

Celia More le lanzó una pregunta.

—¿Conoces los aparatos de rayos UVA, los que se usan para el bronceado?

—Sí, claro.

—¿Cuánta energía necesitan esos trastos para funcionar?

—Uhm... Bueno, ahora no mucha. ¿Por qué?

—Quiero decir, ¿qué superficie fotovoltaica, por ejemplo, sería necesaria para hacer funcionar una de las máquinas antiguas, todo el día?

—¿De la era de la Gran Transformación?

—Exacto.

—Bueno, ahora no se necesitaría más que un pequeño disco solar, pero entonces... supongo que, en aquel entonces, se necesitaría bastante área de exposición al sol. Déjame pensar... —dijo Winkler mientras realizaba una búsqueda en el Yoko.

Celia esperó con interés y aprovechó para alegrarse la vista con el rostro del muchacho. «¿Qué edad tendrá?»

Kristel la miraba a ella, con cierta admiración.

—Sí, ya lo tengo. Aquí esta —dijo Winkler—. Esos bichos tiraban mucho. Fíjate, para abastecer una máquina de cuerpo entero, de unos 4.400 o 4.600 W, serían... unos 300 m<sup>2</sup> de panel solar.

—¡Guau! Es demasiado. ¿No hay más pequeños?

—A ver... Sí, los faciales... de 75W, aquí tenemos uno —Ernesto mostró la imagen e hizo una operación relámpago en su cabeza—. Así que serían... 5 m<sup>2</sup>.

—¡Vaya!— exclamó Celia, impresionada con la asombrosa capacidad de cálculo mental que tenía Ernesto.

—Tres paneles con potencia pico de 690 W, bastarían —añadió Winkler para rematar su lucimiento.

Celia quedó cautivada ante la eficiencia de Ernesto.

—¿Se podría reconstruir algo así?

—Claro, aquí podemos hacerlo. ¿En qué estás pensando?

—Oh, nada. Le estoy dando vueltas a algo... pero lo tengo que madurar. Cuando sea algo explicable os lo presentaré a todos.

—Bueno, bueno, ¿nos vas a dejar en ascuas? —dijo Kristel.

—Déjala, Kristel. El arte conlleva un proceso —aseguró Winkle con seriedad—. Ya nos lo contará.

Siguieron un rato más hasta que Ernesto tuvo que atender una insoslayable llamada y no pudo volver ya a la reunión. Kristel se ofreció entonces a acompañar a Celia para ver el Archivo y sobre todo su obra más laureada, el *Cubo* de GoodGoods. Bajaron en el ascensor, que les dejó ante el imponente pasillo vidriado, con aquellos iluminados objetos suspendidos en el vacío de transparentes contenedores que se apilaban.

—¡Wow! Es impresionante.

—Ven, verás —dijo Kristel Salazar entusiasmada como una niña.

La joven integrada parecía haber aceptado el papel de hermana menor que tácitamente le había otorgado Celia. Se sentía a gusto con ella, la respetaba.

Celia se dio cuenta y quiso intimar.

—¿Todo bien con Moss, Kristel? A veces es un poco seco, pero es un trozo de pan.

—Ah, sí, no te preocupes, me conozco a la vieja escuela *junky*. Ascetismo desfasado.

—Hombre, desfasado Moss... tampoco. Está muy al loro de todo —dijo Celia, haciéndose la enrollada.

—Sí, sí... si es un maestro, como Owen. Pero bueno, yo tengo otra forma de ser, me gusta hacer las cosas a mi manera, hay que estar con los tiempos.

—Ya.

Aunque Salazar insistiera en ser una versión actualizada de su amigo Moss, a ojos de More, aquella joven era tan friki como lo había sido él en su momento; una *junky* integrada al fin y al cabo. Así que buscó un punto en común para congeniar.

—¿Has visto *Power*?

—¿*Power*? ¿Qué es, una peli?

—No, es una mini-serie, bastante antigua.

—Ah, pues no. De todos modos a mí me gusta lo último, lo actual. Me aburre lo viejo.

—Pues aquí debes aburrirte de lo lindo, con tanta antigüedad acumulada en este viejo archivo.

—Bueno, ahora simplemente estoy haciendo una suplencia, hasta que vuelva Owen. Nada fijo.

Salazar se quedó pensativa un instante.

—De todas formas, el *Cubo* me enrolla bastante. Es alucinante —dijo.

En ese momento doblaron la esquina y ante sus ojos apareció la enorme sala enladrillada que daba cobijo a aquel reflectante monumento negro. Sobrecogidas, las dos guardaron silencio. Luego siguieron charlando y paseando por allí hasta que se despidieron. Quedaron en verse más tarde en el concierto.

Celia More llegó corriendo a la puerta de la sala de conciertos. Volvía a llegar tarde, y eso no era normal. Ella, siempre tan organizada, tan puntual. Pero la situación la sobrepasaba. Se vistió cuatro veces ante el espejo para acabar poniéndose el conjunto que ya traía pensado desde su casa, en Isla Espejo 4. La inseguridad y los nervios la estaban traicionando.

—Estás bellísima, Celia —dijo él.

Un halo incandescente de felicidad la recubría. Su cara estaba radiante.

—Estás muy mona, Celia —dijo Barbara a regañadientes—. Mira, esta es mi pareja, Félix.

—Tú también estás muy guapa, Barbara. Encantada, Félix —dijo Celia More con suma amabilidad.

—Encantado —respondió Félix, cordialmente.

Celia miró a Winkler, pero no le quiso decir lo guapo que estaba él. Pensaba que ya se le notaba bastante la cara de embobada como para evidenciarlo aún más.

—¿Pasamos? —dijo Ernesto.

—¿Y Kristel? —preguntó Celia.

—Creo que viene luego, con unos amigos. Hemos quedado en vernos dentro.

Un músico interpretaba una sonata electrónica sirviéndose de un viejo Brosolo. Era un híbrido, mitad *theremin*, mitad *sampler*, que se tocaba de pie, como un contrabajo;

un instrumento trípode de formas tan sinuosas como el sonido que producía. Acariciados por esta melodía experimental, llegaron al interior y se tomaron algo en la barra, mientras esperaban la llegada de The Mathematicians.

De pronto, una formación de unos y ceros, hechos de una materia luminosa e inasible, comenzaron a volar entre la audiencia.

0001011011100110110010001101100111100100111

Como una cinta de seda envolvió a varias parejas, Ernesto y Celia entre ellas, y apretados por un lazo se quedaron un instante, hasta que una explosión de sonidos líquidos retumbó en la sala y los ceros y los unos se desligaron, para caer al suelo y desaparecer. Comenzaba el concierto.

A partir de ese momento la noche se convirtió en una nebulosa atemporal de miradas y roces, de risas y bailes. Un estado semiconsiente y absolutamente burbujeante, más propio del estado del sueño que de la vida despierta. Encantador. Ernesto Winkler era encantador. Sus modales, sus cuidados, su humor; sus agudos comentarios y su sofocante físico producían en Celia el influjo de un hechizo arrebatador.

—¿Querrás cenar conmigo mañana? Me gustaría llevarte a un lugar muy especial —le dijo Winkler cuando la acompañó hasta el hotel.

—¿Dónde? —dijo ella con voz melosa.

—Es una sorpresa, te recogeré aquí a las diez. ¿Sí?

—Te estaré esperando.

Entonces Ernesto selló su boca con un dulce beso, de pasión contenida. Acarició suavemente su mejilla, dio media vuelta y lentamente se marchó.



Celia subió sin pisar suelo hasta su habitación y, entre nubes de almohadones, logró quedarse dormida repitiendo dos palabras: «hasta mañana».

Estaba saliendo la luna cuando Barbara Akum abrió las puertas del Archivo de Arqueología Industrial. Tenía que verle y resolver aquello. La noche anterior, tras el concierto, no había conseguido dormir ni una hora, y tampoco el levantarse tarde le proporcionó descanso alguno. No lo podía soportar. Tenía que quitarse de encima ese dolor. Pasó la mañana con Félix y los niños. Después de almorzar intentó dormir un rato, pero menos aún pudo. Se levantó e hizo algunas votaciones antes de cumplir con sus dos horas diarias de mantenimiento en los almacenes del Departamento de Salud y, de ahí, al AutoPsycho; una sesión larga, dura, de luchas internas y llantos profundos. Cruzó la comunidad en el SunTram 16 y durante horas estuvo merodeando por los jardines del Archivo; hasta que se hizo de noche y vio a Winkler entrar, cargado con bolsas. Entonces, olvidando los consejos del AutoPsycho, Barbara se internó en el edificio.

Lo primero que vio al llegar a la gran sala del *Cubo* fueron las flores, esparcidas por la pasarela superior. Lo que más tarde le aguardaría no entraba en sus cálculos. Ni en los de Winkler.

Celia estaba preparada, llevaba una hora preparada. Hoy sí se había vestido a la primera, tuvo toda la tarde para decidirse. La mañana que siguió a la espectacular actuación de *The Mathematicians* la pasó casi enteramente durmiendo, feliz como un bebé. Se despertó, votó

y almorzó. Se sentía pletórica y salió a correr siguiendo la orilla del río. Después, consagró dos horas a la actividad diaria de mantenimiento en las hamacas productivas de la piscina del hotel comunitario 000<sup>3</sup>. Colocó infinitas piezas, infinitamente iguales, en un diminuto aparato electrónico; al sol, tumbada en la hamaca, ataviada con su nuevo bikini. Luego se bañó y se adormeció bajo la toalla recordando la noche anterior. «Bailando como una loca». Con Ernesto. Toda la noche con él. Y Barbara... Cómo la miraba. No era normal. «Esa chica debería ir a un AutoPsycho», se dijo. También estuvo Kristel. Una sonrisa iluminó su cara. «Qué muchacha. ¡Es genial!». Había aparecido a mitad de concierto, embutida en su ajustado mono negro y media cara pintada con un número 3, en tipografía gótica negra. La acompañaban dos chicos, también de riguroso negro, y también con sus rostros pintados; el 1 y el 2. Como vino se fue, bailando y riendo, siempre bromeando. «¡Qué friki!». Entonces, Moss pasó por su mente: «*Power*». Aprovecharía, si le sobraba algo de tiempo, para ver la serie. Se durmió en la hamaca.

Se despertó con tiempo para ducharse y arreglarse tranquilamente. Todo lo tranquilamente que su agitado corazón le permitía. Desprendía vida por los poros. Pura energía enamorada. Se hizo de noche y surgió una luna entera sobre el firmamento. Llevaba ya una hora vestida. Winkler llegaba tarde. Sentada en la cama, buscó en el bolso su barra de labios y del bolsillito interior saltó la pequeña ficha plateada con *Power* dentro. La miró, no le daría tiempo, seguramente. Pero, ¿y si Ernesto no venía? Llevaba más de media hora de retraso, no era normal. Desplegó el Yoko y le llamó; no le encontró conectado. Se tumbó mirando al techo. «Mejor que no me

coma el coco», se dijo. Cogió la moneda digital y la insertó en la pequeña ranura que tenía la mesita.

Cuando se empezaba a escuchar la música de la serie, sonó el timbre y se incorporó de un brinco. «Ahí está». Se miró en el espejo una vez más. «Últimos retoques». Fue radiante hasta la puerta. Cuando la abrió, la sorpresa ensombreció su rostro.

Ya no vería más capítulos de *Power*.

# POWER

---

## capítulo tres

Aldo Sanchís tomó la E-100 a la salida del laboratorio Frasch. Conducía de prisa, concentrado en la carretera. Un gruñido quejumbroso le llamó desde el asiento trasero.

—Llegaremos, *Célula*, llegaremos —dijo Aldo sin despegar la vista del frente.

La perra había dejado de ser un cachorro. Sentada como una persona en el sillón, ahora prácticamente llegaba al techo. Su sedoso pelaje canela y su expresión bondadosa la identificaban como un hermoso ejemplar adulto de labrador. Dio tres vueltas sobre su eje y se echó sobre los dos asientos de atrás, con la mirada atenta en su amo.

Sanchís cogió el móvil y llamó de nuevo. Dio señal.

—¿Anna? ¿Me oyes?

—ê·?ÅHçêëiâ%oB?ÅHidòbãÁõù...

—¿Anna?... ¡Mierda! ¡Putra mierda de Skizo!

Accedió al casco urbano por la salida 14. No había mucho tráfico. Siguió hasta el centro de negocios donde se encontraba el edificio de oficinas Frasch. Cuando fue a girar para tomar la desviación, frenó en seco. Sintió un agudo quejido y algo que se estampó contra la espalda de su asiento.

—¡*Célula*!

La perra se reincorporó indemne y como un rayo se irguió ante la ventanilla.

—Ggrrrrrrrrrrr.

La calle estaba cortada. Un autobús en llamas bloqueaba el paso. Se oyeron dos descargas y gritos a lo lejos. Aldo salió del coche con prudencia y se protegió tras él. Volvió a llamar. No daba señal. Mierda. «Tengo que seguir, tengo que pararlos».

—¡Vamos! —le dijo a *Célula*, mientras salía disparado hacia una esquina.

**A**quello era el caos, material e inmaterial, el caos total. La realidad se componía de dos espacios con idéntico valor: el entorno físico y la red digital. Y ambos se estaban viniendo abajo.

En las calles, las revueltas se recrudecían, ciudadanos contra el poder; barricadas y muertes. Y también desalmados que sacaban provecho de la situación; violaciones y saqueos indiscriminados. Bandas de criminales, manifestantes pacifistas, obreros armados, radicales encapuchados y gente que se escondía en sus casas o huía de los núcleos urbanos. Las autoridades pronto comprendieron que la policía era insuficiente para contener la fuerza de la muchedumbre y enviaron a los ejércitos. La huelga global permanente dejó a las servicios y a los centros de producción sumidos en el más absoluto de los abandonos. El paisaje se dibujaba dantesco.

Pero más aún con la caída de las telecomunicaciones, en esa otra realidad inmaterial e intangible de la información. Algún activista enrabiado había extendido, con la destreza de un experto *hacker*, un virus informático llamado Skizo, de una virulenta capacidad invasora nunca antes soñada por un programador perturbado. El devastador Skizo no atacaba a los terminales, sino a las propias redes. Los satélites se volvieron locos. Los cables estaban esquizofrénicos. Lo más común es que cuando estuvieras realizando

una llamada, en el caso de que consiguieras llegar a hablar con el interlocutor deseado, se cruzara otra conversación, en un idioma encriptado, y no recobraras ya la línea. En Internet la cosa no corría mejor suerte. Las búsquedas no funcionaban; cuando lograbas acceder a una página, no tardaba en cargarse en ella el contenido de cualquier otra. Los *mails* no marchaban; podías intentar enviar alguno, que con suerte llegaría en dos semanas a su destino. Skizo era un virus irónico y fatal que estaba complicando mucho las cosas, más aún de lo que ya estaban. Tras la última «implementación» sobre el sector financiero y el inesperado desplome económico, los anónimos no habían podido realizar más tele-operaciones, con robots laparoscópicos, desde la llegada del Skizo. Estaban paralizados. Pero albergaban una esperanza, su última baza. En los laboratorios Frasch, el equipo de Aldo Sanchís estaba llegando a conquistas importantes en la investigación sobre la «implementación en masa», la implementación global. Se trataba de un compuesto gaseoso de partículas, programado con nanorrobots de millonésima escala, que actuarían en los cuerpos generando descargas en la actividad eléctrica del cerebro; activando, reforzando, implementando la neurona espejo y sus propiedades empáticas. Lo llamaron E, el gas E.

—¿Has podido hablar con él? —le dijo Marcus Frasch a Anna København cuando entraban en la gran sala de reuniones.

—Imposible. He hablado con un montón de gente a quien no conozco y han cortado. No hay nada que hacer. Esto del Skizo es deprimente —respondió København malhumorada.

—Tengo una sorpresa para tí.. Aún hay esperanza... Vamos a poder hacerlo —susurró Frasch echando la vista al fondo de la gran mesa.

København le miró intrigada y se sentó a su lado. En la elegante sala, las paredes de madera casi negra se hallaban

ahora desnudas bajo la tímida iluminación. Todas aquellas obras de arte, que antaño ocupaban la última planta del edificio Frasch, habían sido subastadas. Un capital que posteriormente fue invertido en la construcción de las Islas África, el gran proyecto de Marcus y su padre. Marcus Frasch consideraba aquel gesto un símbolo. «La Islas son la mayor obra de arte. No necesitamos esos signos de fetichismo y status». Su emporio empresarial se empleaba intensamente en la construcción de un futuro empático y aquella reunión de anónimos que iba a tener lugar en el edificio Frasch daba buena cuenta de su grado de implicación.

Marcus se levantó y pasó la mirada por los asistentes que se sentaban alrededor de la gran mesa, y por los que esperaban de pie. La sala estaba abarrotada. Este tipo de asambleas solía hacerse en red, pero el maldito Skizo impedía ahora la toma de decisiones directa, sin representantes, horizontal. Así que allí estaban, portavoces de diferentes células anónimas, provenientes de todas las Islas, apiñados en aquella sala de espíritu corporativo. Marcus Frasch agradeció la asistencia a todos y directamente abordó el orden del día.

Abajo, un buzón de correos aún conservaba su equilibrio, carbonizado, con pequeñas llamas agonizantes que salían de su interior. Papeles, trozos de metal, piedras y otros restos inclasificables tapizaban la calle. Las señales de tráfico yacían retorcidas por los suelos. Los coches, otrora símbolos del refulgente consumo, habían perdido su pulida y rutilante presencia para, calcinados, devenir símbolos de lo salvaje. La valla de seguridad del edificio apenas se mantenía en pie; en varios puntos del perímetro las rejillas se convulsionaban, inoperantes, entre el asfalto y las matas. Junto a la entrada, escoltas armados ocupaban estratégicos puestos. A lo lejos, sobre el perfil urbano, columnas de humo negro, resplandores y llamaradas no dejaban de surgir.

Aldo estaba agazapado en una esquina, *Célula* gruñía a su vera. Aún le quedaban varias manzanas para llegar al edificio. Miró al coche. Quizá pudiera rodear por otro lado. Eso haría. Pero antes quería inspeccionar lo que tenía delante.

La calle era un desierto en ruinas. Pasó medio agachado rodeando el autobús y siguió por la derecha, acera arriba. *Célula* se adelantó al trote hasta llegar a la esquina. La perra se paró allí y, dando brincos de aquí para allá, mostró su dentadura.

—Ggrrrrrrrrrr.

Cuando Sanchís se asomó a la esquina, se heló. A su izquierda, un dispositivo antidisturbios fuertemente armado esperaba inmóvil. La perra les estaba plantando cara, exhibiendo sus colmillos y ladrando.

—¡*Célula!* ¡Ven aquí!

Cuando Aldo miró a su derecha, el sonido de la turba apareció de golpe. De la nada surgió una multitud encapuchada.

—¡Hijos de puta!

Fue lo que oyó.

—¡*Célula!* ¡Ven! —fue lo que él dijo.

De repente, un chaval corrió hasta donde estaba Aldo y le puso algo en la mano. Exponiéndose en mitad de la calle, el chico lanzó un molotov. Una lluvia de guijarros y piezas de metal le sobrevolaron. Aldo Sanchís estaba pasmado. Miró su mano; otro molotov. Miró a su izquierda; la policía estaba avanzando con celeridad. *Célula* se movía nerviosa, ladrándoles sin miedo. Sanchís arrojó el cóctel entre los antidisturbios y el animal, y salió corriendo a por ella. La agarró por el collar y desaparecieron del centro de la calzada. Una pelota de goma les pasó silbando. Siguieron recto por la calle por donde venían, para intentar dejar atrás el conflicto. Pero, por desgracia, su coche había quedado al otro lado del campo de batalla. Se giró para ver si podría recuperarlo. Entonces, vio que la revuelta se estaba exten-



diendo también por la calle donde ellos estaban. Grupos de manifestantes corrían perseguidos por agentes que se empleaban a fondo con quien pillaban por delante.

—¡Vamos, *Célula*, corre! —gritó Sanchís, mientras la masa le engullía.

Anna København escuchaba con atención lo que decía Frasch.

—Amigos, aquí tenemos la solución a este caos. El futuro empático.

Diciendo esto Marcus colocó un maletín metálico sobre la mesa. Lo abrió y mostró una pequeña bombona plateada embutida en la espuma negra de su interior.

—El gas E. La implementación global —dijo con gravedad. Un murmullo corrió por la sala.

—Estamos preparados —añadió Frasch.

—¿Lo habéis probado? —dijo un anónimo.

Marcus se viró hacia København.

—¿Kø?

Anna contempló el maletín y le devolvió la mirada. Suspiró y se levantó hasta la pantalla de proyección, donde una película mostraba el fondo de una gran piscina. En una elegante danza, entre chasquidos y silbidos subacuáticos, dos delfines mulares se movían alrededor de otro más chico. El contacto con la cría que, en principio, parecía responder a una cariñosa sucesión de arrumacos y mimos, tan propios de la fama amable que tienen los delfines, en una segura mirada, descubría a los dos adultos embistiendo, mordiendo y golpeando con su fuerte cola al pequeño, hasta dejarlo muerto.

—Con delfines asesinos —dijo København—. Es la especie, junto con los chimpancés y los elefantes, y quizá también los perros, que más capacidad empática han demostrado tener, aparte del ser humano, claro. Aunque, como vemos —apuntó a la pantalla—, y como sucede en

la especie humana, hay individuos agresivos e indeseables. Hemos seleccionado ejemplares que cometen infanticidios, atacan a humanos o dan muerte a marsopas sin motivo aparente y les hemos sometido a la exposición del gas. Con excelentes resultados en una semana.

La película mostraba ahora a esos delfines conviviendo pacíficamente con las crías, las marsopas y los cuidadores.

—El gas produce un efecto inicial que marea al animal, desconcertándolo. No hay que olvidar que estamos programando su cerebro. Pero en unos minutos vuelve a la normalidad. Sobre los delfines pacíficos el gas es inocuo, simplemente sienten un mareo, pero pasa rápido. Es la operación menos invasiva jamás creada. En principio, el gas estaría a punto, pero...

—¿Cuántas bombonas hacen falta? —se oyó al fondo.

—El gas E se reproduce rápidamente al contacto con el aire —explicó Marcus—. Cinco pequeñas bombonas son más que suficientes. Hay una igual que ésta en cada continente, esperando la señal.

La concurrencia se alborotó.

—¿Y cómo vais a dar la señal? ¿Gritando? —bromeó un anónimo.

Las consecuencias del virus Skizo habían desanimado a muchos.

—Podemos hacerlo. Esa, amigos, es la segunda parte —respondió Frash.

Kø le lanzó una mirada escéptica.

Marcus alzó levemente la mano, y a ese gesto correspondió un anónimo bastante joven, casi adolescente, que salió de entre las sombras. Anna le conocía de vista, provenía de Isla Index y Aldo había colaborado con él en algunas investigaciones sobre redes, bioinformática y sistemas híbridos. Eso había sido antes de que Aldo Sanchís dedicase sus horas enteras a la creación del gas empático. El joven anónimo se dirigió a ella y con una

sonrisa pícaro extrajo de su bolsillo un broche redondo y plateado. Lo prendió de la solapa de Anna y se echó hacia atrás.

—Dale un golpecito suave, por favor —solicitó.

København le miró incrédula y acto seguido obedeció.

Ante ella apareció una pantalla desplegada con un interface de comunicación.

—Lo llamamos Yoko.

Se oyeron algunas exclamaciones de admiración.

—¿Coge Internet? —preguntó un anónimo pragmático.

—Hace más que eso.

—¿Cómo elude al Skizo? Los satélites no funcionan —añadió otro.

—No utiliza satélites, ni Internet. Es una red nueva, que aún no tiene nombre, se trata de algo absolutamente nuevo.

Entonces Marcus Fräsch, que había estado financiando el proyecto de investigación y lo sentía un poco suyo, comenzó a explicar.

—Aquí, nuestros jóvenes amigos de Isla Index llevan trabajando de sol a sol, desde hace años, en este proyecto. El Yoko no emplea un sistema binario, sino trinario. Dicen haber encontrado un intersticio entre el 0 y el 1. Lo increíble que se encuentra entre el apagado y el encendido, entre la vida y la muerte. El *misterio*, como ellos lo llaman —dirigió una sonrisa al chico—, programan con eso. Así que el Skizo no afecta al Yoko.

—Además —añadió el joven anónimo— se trabaja con la modulación molecular, como la pantalla táctil inmaterial. Y no necesitamos satélites. Las señales se envían al espacio y allí nanorrobots programan las partículas de gases que las hacen rebotar, dirigiendo los datos al punto exacto del globo que se desea. Es muy complejo y aún tenemos mucho que explorar... Por ejemplo, esta red no es un rizoma, como Internet, sino capas superpuestas de rizomas, donde habita el *misterio*.

Los anónimos, incluida København, se quedaron atónitos. El silencio invadió la estancia. Luego, comenzaron los aplausos.

Aldo corría sin mirar atrás, con *Célula* y un montón de gente que ocultaba su identidad bajo pañuelos y pasamontañas. Algunos caían a su lado, presas de las bolas de goma. También se empezaron a oír disparos de otro tipo. Sanchís no quiso saber, se concentraba en lo que tenía delante. Si lograba llegar a la próxima esquina de una pieza, quizá encontraría un lugar por donde salir de aquella pesadilla y tomar el camino hacia el edificio Frasch. No le sobraba tiempo, la reunión de anónimos ya habría empezado y él debería estar allí. Tenía que estar allí. «¡Joder! Después de todo lo que he trabajado en el gas... ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder!». Una bruma densa de humo blanco surgió ante ellos. Aldo se subió el cuello de la camiseta para taparse la nariz e intentó detener a *Célula* para protegerla también. Cuando quiso agacharse, la perra ya se había internado a toda velocidad en la espesa neblina lacrimógena. Fue tras ella.

—¡*Célula*!

Cruzó la cortina de humo y pasó al otro lado. Se encontró al animal desorientado, dando tumbos. Con un fuerte ataque de tos acudió en su rescate. La cogió en brazos y la levantó. «Joder, cómo pesas *Celulita*». Cuando se incorporó y miró al frente, el terror invadió su cara. «Mierda». Lo que tenía ante sí, no era la policía, sino tanques y fuerzas militares armados hasta los dientes que esperaban a unos cien metros. El zumbido de un helicóptero retumbó sobre su cabeza.

—Esto es una manifestación ilegal. Disuélvanse.

Aldo estaba petrificado. *Célula* se revolvió entre sus brazos. Quería bajar. La soltó y, con una ojeada fugaz, comprobó que estaba bien. Miro a ambos lados. Por la calle de

la izquierda avanzaba un pelotón, por la derecha estaba, en principio, despejado. En ese momento, notó que una gran sombra oscurecía la carretera ante él, y escuchó unas voces que provenían de arriba, muy lejanas.

—¡Logo vaaaaa!

—¡Apartaos, apartaos! —gritaron a su espalda.

Alzó la vista y vio como un descomunal letrero luminoso, el logotipo de un banco, caía desde lo alto de un edificio corporativo. En la azotea, varias personas se asomaban alzando los puños con entusiasmo en señal de victoria. «Joder, joder, joder». Comenzó a correr por la calle de la derecha cuando el suelo tembló bajo sus pies y una «O» gigante pasó rodando junto a él, desmembrándose en trozos de metacrilato, piezas de aluminio y polvo de fluorescente.

—¡Corre, *Célula*, corre!

—**A** amigos, con el Yoko, ¡podemos activar las bombonas ya! —dijo Marcus Frasch.

—Además —interrumpió el jovencísimo talento anónimo—, se están enviando Yokos a todas las comunidades. Al menos uno para cada Isla, de forma provisional. Aún debemos hacer varios ajustes para la producción en masa, pero esta primera versión nos permitirá, de momento, comunicarnos entre los empáticos, en medio de este desastre producido por el Skizo.

—En medio de este infierno, querrás decir —corrigió un anónimo, al tiempo que descorría la cortina de la gran cristalera que circundaba la sala de juntas y dejaba ver el exterior. Una espesa nube de humo negro ascendía a pocos metros del edificio.

—Debemos dar la señal, ¡ya! —repitió Marcus Frasch con ojos encendidos.

Se oyeron varias expresiones afirmativas. Entre ellas, se alzó la voz de una mujer.

—¿Estáis seguros de que no habrá errores? Tan sólo habéis probado el gas en delfines. ¿Cómo sabemos que va a funcionar en el ser humano, que no tendrá efectos secundarios? ¿Cómo...

La interrumpió el estruendo de una explosión en el exterior que hizo retumbar los cristales. La situación era cada vez mas tensa.

—¡Maldita sea! Lo hemos probado, lo hemos probado. ¿Queréis verlo? —gritó Marcus.

Estaba fuera de sí. Sacó la bombona plateada del maletín y un tubo de goma negro que colocó en la boquilla. Lo alzó mostrándolo a todo el mundo y se introdujo la goma en la boca, con los ojos abiertos como platos. Al instante, abrió la llave y aspiró.

—¿Queréis más pruebas? —dijo cuando cerró la llave.

—¡Marcus! —gritó Anna.

Marcus Frasch colocó la bombona en el interior del maletín ante la atenta mirada de todos. Se apoyó en la mesa con ambas manos y miró fijamente al frente, con una sonrisa de suma satisfacción en el rostro. Luego, se irguió; su cara cambió de expresión, los ojos perdieron el norte, dio un par de tumbos y cayó al suelo.

København, que estaba a su derecha, se agachó para atenderle.

—¡Echaos atrás! Necesita aire —dijo—. No os preocupéis, ya os expliqué que al principio hay un mareo. Se pondrá bien... Marcus, ¿te encuentras bien?

—Estoy... estoy bien —respondió Frasch aturdido.

Se reincorporó con la ayuda de Anna y se sentó en la silla. Todos le miraban con expectación.

Frasch alzó la vista y se levantó como si nada. Dio un golpecito al broche que llevaba puesto y desplegó el Yoko.

Se escuchó otra explosión, la luz de la sala parpadeó.

—Hay que actuar. Es el momento. Votemos.

Dos botes de humo volaron sobre la cabeza de Aldo Sanchís. *Célula* iba delante y uno de ellos pasó peinándole el costado peligrosamente. A un grito de Sanchís, se dio la vuelta y ambos corrieron hacia un portal. Aldo agarró con ambas manos la manilla y tiró con fuerza. Estaba cerrado. Entonces, a través del cristal, descubrió a una chica junto a la puerta. Tras ella, dos jóvenes con pasamontañas y banderas se escondían en las sombras. Aldo conectó con los ojos de la muchacha y le lanzó una mirada de súplica. *Célula* se apoyaba con las patas delanteras en la puerta, con la lengua fuera. Hubo un momento de intensa quietud a ambos lados. Luego la chica se apresuró, abrió y los dejó pasar.

—¿Qué haces? ¡Nos van a pillar! —dijo uno de los encapuchados.

—¡Cállate, Robby! Pasad y agachaos —dijo ella, acariciando a *Célula*.

—Gracias.

El dibujo a línea de una bombona girando en el vacío se iluminaba frente a Marcus. Tenía la pantalla del Yoko proyectada ante él. Bajo el esquemático dibujo, dos opciones en forma de botón: comenzar y cancelar. Cuarenta y dos anónimos se contaban en la sala; la mitad votó sí a la implementación global inmediata por gas E, la otra mitad se opuso. La asistencia de Aldo podría haber desbloqueado aquel empate, pero él no estaba allí para opinar.

Anna København votó NO.

Marcus Frasch no ocultó una mirada de rencor.

—Ya sabes cuál es mi postura, Marcus —se giró y habló para todos—. Tengo dudas. Pienso que aún es pronto, debemos hacer más experimentos con humanos. No sabemos lo que te va a pasar a ti mañana, tras inhalar hoy el gas. Además, tú eres empático, habría que probarlo en psicópatas.

—El caso, querida Kø, es que no tenemos tiempo. Sinceramente, la situación no promete un mañana. La gente se está volviendo loca. La violencia nos está ganando la partida. Y eso no nos lo podemos permitir. No a estas alturas.

—Intentemos llamar a Aldo, necesitamos su voto para...

—¡Votemos otra vez! —interpuso Marcus.

—¡Sí, sí, votemos otra vez! —dijeron varias voces nerviosas.

Se armó un pequeño alboroto entre los anónimos.

Anna llamó a Aldo de nuevo, por quinceava vez. Ahora dio señal.

—¿Aldo? Me oyes —gritó sobre el barullo de la asamblea.

—hÅíNiliéÄäτ ≥UåðòbÅHö\_ìlÅτ?

—¿Aldo?

—¿Anna?

—¡Sí, Aldo! ¡Increíble! ¿Dónde estás? —se retiró a una esquina para escuchar mejor.

—Anna estoy... à¿õPâ»»ãZã≥àÁ,,,,,ìù,,,,,ìù,,ìùóτ?ÅH. Da igual. Anna escucha... äCiyîléíNiliÛdòEéÄäâjèäóLil ¡Eh! ¡Eh! No. Yo no he hecho nada. ¡Aug! ¿Qué... qué hacéis? ¡No! ¡No!

Se oyeron dos disparos al fondo y una voz de mujer que gritó «¡Asesinos!». Luego unos ladridos y «çlĩãcéĒÅBĩlì dòaCiyîéEé≥äUåjè ãZã≥àÁ»

—¡Aldo!

—õPãcãZãÿîàÁ,,,,,.....

Anna se quedó paralizada y volvió a la reunión en estado de *shock*.

Marcus se estaba dirigiendo a la audiencia, su cara aparecía iluminada tras la pantalla semi-transparente del Yoko. Su ojos irradiaban determinación.

—Amigos, os arrepentiréis de no haber actuado cuando pudisteis. Después de todo el trabajo, de todos los sacrificios... Después de todas las implementaciones, de todas las Islas construidas, de todas las utopías superadas, ¿vamos a dejarlo todo sucumbir? ¿Nuestro sueño? ¿La única salvación



para este mundo de injusticia, hambruna y crueldad? No amigos, no podemos. Tenemos una responsabilidad creada con la especie humana desde que comenzamos a actuar. Ahora, no hay marcha atrás. No es momento para remilgos. Ahora no. ¡Votemos! ¡Votemos que sí a la salvación!

—Creo... que han matado a Aldo —dijo Anna Kopenhagen con la mirada perdida mientras levantaba su mano al votar Sí.

Lo que pasó en aquel portal, donde se ocultaban Aldo Sanchís, *Célula* y los tres radicales, fue algo delirante. Sucedió como un relámpago. Cuando la chica cerraba la puerta sonó el móvil de Sanchís; era Anna Kopenhagen. Respondió y oyó su voz y luego, lo de siempre, un idioma loco, interferencia. Y entonces volvió a oír a Anna, que le preguntaba dónde estaba. Sus ojos se iluminaron. «Anna estoy en medio de una revuelta». En ese momento un policía, porra en mano, abrió la puerta con una patada impresionante. La chica salió despedida y cayó por los suelos. «Anna escucha...». El policía irrumpió y fue hacia Aldo. «¡Eh! ¡Eh! No. Yo no he hecho nada». Le asestó un golpe en el estómago con la porra y Aldo Sanchís se dobló en dos. *Célula* se tiró a la pierna del antidisturbios. Los dos encapuchados, provistos de barras de acero y cadenas, se abalanzaron también sobre el agente y comenzaron a golpearle con saña. «¿Qué... qué hacéis? ¡No! ¡No!», dijo Sanchís con dificultad, mientras se retorció contra la pared. De golpe, dos soldados aparecieron en la puerta y dispararon a los chicos.

—¡Asesinos! —gritó la chica.

*Célula* ladraba enloquecida.

Las fuerzas del estado entraron como una tromba en el portal y se llevaron a la chica y a Aldo.

—Escuchadme, esto es un error. Tengo que avisar urgentemente. Es un asunto de vida o muerte. ¿Tenéis radio? Tengo

que llamar —imploró Sanchís mientras le llevaban esposado hacia un furgón policial.

Recibió otro porrazo por respuesta y una patada que lo incrustó en el apretado grupo de detenidos.

Cuando el furgón se iba calle arriba, una perra color canela le siguió ladrando, sin descanso, hasta que la velocidad del vehículo la dejó atrás, tan sólo con el aullido de un triste lamento.

**E**scortada por dos anónimos, Anna København salió del edificio Frasch con premura, a la búsqueda de su amigo, o de su cuerpo, o de lo que pudiera encontrar. Un par de equipos más salieron en dirección a la revuelta más cercana. Ella se metió en un coche camino al laboratorio Frasch, quizá Aldo hubiese sido atacado allí antes de salir. Conducía ella, atrás iban los dos anónimos. Eran dos atletas, vestidos de negro de pies a cabeza los dos. Los dos exactamente iguales, con físico gemelo e idéntica actitud. Un hombre y una mujer de pelo rubio y facciones juveniles que no tenían nombre; activistas de primera línea, gente de acción. Su expresión helaba el aire.

Llegaban a la puerta del complejo farmacéutico cuando un mareo fulminante dejó a los tres fuera de combate. El coche siguió sin amo y se estrelló contra un árbol. La bocina permaneció un largo rato pitando y el humo que fue saliendo del motor desprendió un fuerte olor a chamuscado. København abrió los ojos y lo sintió todo blanco; y blando. El airbag le impedía respirar. Abrió la puerta y salió dando tumbos. Los dos idénticos anónimos, salieron también, ambos a la vez. Dejaron el coche atrás y se internaron en el edificio. Se separaron. El gemelo subió al laboratorio. La gemela acompañó a Anna en dirección a la gran piscina donde estaban los delfines. Un presentimiento la impulsó a buscar allí. La musculosa rubia abrió la puerta

y echó un vistazo antes de dejarla pasar. Estaba despejado. Completamente en calma. Demasiada tranquilidad quizá.

La imagen que pronto apareció ante sus ojos dejó a las dos mujeres petrificadas. La piscina era una inmensa nave de planta circular y bóveda acristalada; a este lado, el estanque acababa en playa. Sobre la arena yacían los bellos cuerpos turgentes y aerodinámicos de los animales. Cuerpos sin vida, con bocas abiertas, que antes fueron sonrisas.

Anna tapó su cara con ambas manos. «¿Qué hemos hecho?»

Un silbido inconfundible hizo que echara la vista al fondo.

—¡Allí! —exclamó la escolta extendiendo el brazo.

Cuatro delfines saltaban en el agua.

København fue hasta la orilla y se paró ante los cadáveres de seis animales. Cayó arrodillada en la arena y se quedó mirando al agua con ojos brillantes.

—Estos parecen estar sanos —dijo la anónima rubia desde el otro extremo, con suma frialdad—. Hay que llamar a las Islas.

Anna København, con la mirada perdida, desplegó el Yoko. Una lágrima corrió por su mejilla cuando conectaba.

**Y**a se va. Echa el último vistazo de control a su obra y se da media vuelta para salir, no le sobra tiempo.

En ese momento, se encuentran.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has entrado?

Tiene un brillo extraño en la mirada.

—Sabía que estabas aquí —le contesta con aires sombríos.

Entonces recibe un pinchazo en el cuello, casi imperceptible, y las vigas, allá arriba, comienzan a girar sobre su cabeza. El suelo pierde su estabilidad y cae de rodillas.

Entre una neblina cada vez más densa y somnolienta, alcanza a ver primero una pierna y luego una bota. Recibe el impacto, como la embestida de un carnero, en el costado. No siente dolor. No entiende nada. Cae al vacío, cada vez más denso, cada vez más oscuro. Hasta que el crujir de su cráneo contra el suelo apaga por completo su alma.

Celia abrió la puerta de su habitación y se encontró a Kristel Salazar. Enseguida comprendió que algo iba mal. La joven integrada exhalaba un tenso aire taciturno. Parecía otra persona. Algo debía haber sucedido para que aquella desvergonzada muchachita, de perenne mono negro, tornara su rostro a la expresión más seria del mundo.

—Winkler... Ernesto... —tragó saliva—. Ernesto Winkler ha muerto.

—¿Qué?

Celia More no pudo pensar. El núcleo de su mente sufrió una de esas sacudidas que transforman todas las imágenes en blanco y niegan su existencia a las palabras.

Tardó bastante en reaccionar.

—¿Co... cómo ha sido? No puede ser... ¿Estás segura? ¿Qué ha pasado?

—Se cayó de la pasarela superior del *Cubo*... de cabeza, al lado del monumento.

—Pero ¿cuándo?, ¿cómo...? —los ojos de Celia orbitaban.

—Hace un rato, parece ser... Barbara... Barbara Akum lo encontró allí tirado, hará como media hora. Había ido a recoger algo del estudio y... bueno, le vio... allí...

Kristel se perdió en la nada, con los ojos en ninguna parte.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué se cayó?

—La barandilla está rota, así que suponemos que venció o algo así, no sé. Están los Servicios de Salud y Salvamento ahora allí...

—¿Y Barbara? Pobrecilla... Pobrecillo... ¿Está allí?

—Sí, allí está. La están reanimando. Ha sufrido un

ataque de ansiedad que le paralizó las extremidades, pero ya está bien. Rosalind está con ella.

Se quedaron mirando la una a la otra junto a la cama, retroalimentando su estupor. Una pantalla ocupaba la pared frente al lecho. La música, los ruidos y los gritos de *Power* estaban causando un alboroto del todo inadecuado para aquel trágico momento. Kristel se giró y miró la pantalla: Aldo Sanchís, en medio de un violento caos, corría delante de la policía.

—Lo voy a apagar, espera... —dijo Celia.

Extrajo de la ranura la ficha plateada en la que estaba grabada la serie, la colocó sobre la mesita y se sentó en la cama. Miró a Salazar que estaba allí de pie, observándola a ella. Celia tuvo la sensación de estar ante una niña, y de ser ella una niña también; sola y desamparada. Rompió a llorar.

Entraron en el Archivo de Arqueología Industrial por el acceso superior. Cruzaron el edificio dejando atrás el estudio de Flux&Flow y abrieron la puerta que daba a la gran pasarela industrial sobre el *Cubo*. Celia temía mirar, pero lo hizo. Una hilera de pequeñas luces dibujaban los extremos del puente. Sobre una hermosa manta, todo estaba dispuesto para celebrar una romántica cena; blancas flores, cojines rojos y suaves almohadas.

Un robot atornillaba el pasamanos en el lugar del siniestro, a su lado una mujer vestida con el uniforme del Servicio de Salvamento dirigía la operación. Notó la presencia de Celia y Kristel.

—Esto no estaba bien rematado. Hay que arreglarlo antes de que suceda otra desgracia —les dijo con gesto apenado—. Pobre muchacho...

Los ojos de Celia More se anegaron de nuevo al ver aquel romántico set que, sin duda, Ernesto había preparado para ellos dos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió susurrando entre sollozos.

Kristel la abrazó.

—Sé lo que pasa. Esto era por ti, ¿verdad? —le preguntó tiernamente.

Celia le dirigió una mirada empañada de afirmación.

—Os vi ayer en el concierto, había química entre vosotros. Lo siento mucho Celia, de veras.

Celia More se echó las manos a la cara.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te lleve al hotel?

—Oh, no, no...—respondió More secándose las lágrimas—. Vamos abajo, quiero ver a Rosalind y a Barbara.

Bajaron por la escalera muy despacio, con el ritmo sosegado que impone el abismo; el amargo recuerdo de la mortalidad, la diminuta importancia de nuestra fugaz existencia y su inevitable desenlace. Bajaron en silencio.

Cuando se internaban en la gran sala del *Cubo*, salía de allí un robot-camilla guiado por un sanitario. El cuerpo de Winkler iba cubierto con una tela bioplástica celeste. Se detuvieron a su paso. Celia apartó la vista. Kristel mantuvo la atención con un embalse de lágrimas a punto de desbordarse. Cerró los ojos con fuerza para contener el escape y, tomando a More del brazo, siguieron andando.

Tulipanes blancos rodeaban el gran *Cubo*. En un extremo había una calva donde las flores se desperdigaban por el suelo sin sentido. Arriba, justo en ese punto, el robot y la mujer de uniforme trajinaban en la baranda. Junto a los tulipanes, un ramo de rosas blancas yacía en

soledad sobre las relucientes baldosas, aún manchadas de sangre.

Rosalind Goodman les recibió con un entrecortado llanto. Se abrazaron las tres y no dijeron nada. Celia examinó el espacio por encima del hombro de Goodman; sentada en una esquina se hallaba Barbara Akum, asistida por dos miembros del Departamento de Salud. Su aspecto era terrible. En ese momento entró en la gran sala enladrillada su compañero Félix, que barrió con la vista el lugar y fue directo hacia ella. Un estridente llanto reverberó en la sala.

—¡He sido yo, Félix! ¡Mi mente le ha matado! —gritó Barbara.

—Tranquila, cariño. No digas eso. Tú no tienes culpa —Félix intentó calmarla entre sus brazos.

—Pobrecita.... está destrozada —dijo Rosalind estremeada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Celia More.

—Ha sufrido un *shock* brutal. No sabe lo que dice, la pobre, va a necesitar un AutoPysco —dijo Kristel Salazar.

—Es que... Kristel, ha sido tan duro... estaba ahí mismo, con toda la sangre y ... —el llanto atrapó a Rosalind, que ya no pudo continuar hablando.

Se quedaron allí unos minutos que se hicieron agobiantemente eternos. Félix y los sanitarios se llevaron a Barbara. «No es él, eres tú. Vuelve a tu fe», retumbando en su cabeza. Celia subió de nuevo con Kristel y Rosalind al estudio de Flux&Flow. Comentaron largo rato lo acontecido, hasta que una sucesión de incómodos silencios hicieron la estancia insoportable y resolvieron irse, para intentar descansar.



—¿Seguro que estarás bien? —le dijo Kristel Salazar en el hall del hotel.

—Sí, Kristel, no te preocupes. Muchas gracias —Celia More sonrió amargamente.

Cuando Salazar se fue, More se quedó mirándola un instante. «Qué fuerte es esta chica. Qué templanza. Es excepcional», pensó. Se dio media vuelta y cruzó el vestíbulo. Al llegar al mostrador, constató, a través de una puerta de cristal, que ya estaban preparando las mesas en la cafetería. Preguntó al chico de recepción si podría desayunar.

—Sí, claro, algo te podremos preparar. No te preocupes —dijo amablemente el recepcionista que había visto a las dos chicas despedirse en la puerta, envueltas en una atmósfera de lágrimas.

Celia se sentó junto a la ventana con una infusión y un bollo al que no prestó atención. Aún era de noche, pero por la oscura calle circulaban ya solitarios comunitarios destino a sus actividades matinales. Más allá, por la orilla del río, pasó un chaval corriendo, vestido con ropa de deporte. Celia More le siguió con la mirada. Pensó en sus ejercicios matutinos. Pensó en su nuevo bikini. Y pensó que Ernesto no había visto lo bien que le quedaba. Que nunca más la vería, ni así, ni de ninguna otra manera. Ni tampoco ella lo vería a él. No lo vería más. Ni le olería, ni escucharía su voz masculina. No pudo ser. Lo que pudo ser no fue. Y nunca sería. ¿Por qué? ¿Por qué, ahora, que se entregaba de nuevo, le pasaba esto? Siempre era así con ella. Qué mala suerte tenía. El amor se le escapaba. Lo mismo sucedió con Scott, su amado Scott, que se le fue y se perdió para siempre en el cosmos infinito. Se había marchado también, como Ernesto, aunque Scott, por fortuna, no

estaba muerto. Simplemente, se hallaba a tanta distancia, en el espacio exterior, que la comunicación con él se había vuelto cada vez más y más complicada. Aún así, de tanto en tanto, Celia recibía algún mensaje, alguna llamada de Scott. «Te seguiré esperando. Te espero en las estrellas», le decía, y ella lloraba. No podía vencer su vértigo, nunca sacó las fuerzas suficientes para embarcarse en una nave y reunirse con él, allá en las colonias, tan lejos...

La fuerza del amor no fue suficiente y Celia comenzó a temer cada vez más esas comunicaciones con Scott. Tan sólo servían para causarle una profunda depresión de varios días y nada solucionaban. Por suerte, su creatividad actuaba como un portentoso antidepresivo. Se volcaba en sus tareas de diseño e investigación hasta lograr apartar del corazón y la mente esa amarga ausencia del ser amado. Pero Scott volvía a llamar, podían pasar meses pero siempre llamaba. «No me llames más, Scott. Me haces daño. Debemos pasar página», le dijo la última vez que habló con él, un año atrás. Pensó que sería lo mejor. Pero quizá estaba equivocada. Quizá, en realidad, debería haber vencido su fobia al espacio. Debería haber luchado por Scott, por su amor. Había sido una cobarde. Pero ahora, todo eso carecía de importancia. Ya, qué más daba. Ahora estaba sola allí. Sin Scott. Sin Ernesto. Pobre Ernesto, pobrecito Ernesto. No pudo aguantar más el agrio sabor de la tristeza y explotó en lágrimas.

Dejaba la cafetería, para subir a su habitación, cuando Celia More se encontró a Moss en el vestíbulo.

—¡Moss! ¿Qué haces tú aquí? —corrió a abrazarle.

—Salazar me llamó. He venido en cuanto he podido.

—Ay, Moss, qué desgracia. Ha sido horrible... Horrible.

—Lo sé, lo sé... —dijo Moss estrechándola torpemente entre sus brazos.

Se quedaron así un momento, en silencio, hasta que Moss la acompañó a la habitación.

—Debes descansar, tienes cara de agotada —le dijo.

Ante la atenta e inexpresiva mirada de Moss, Celia fue relatándole todo lo acontecido. Todo, incluso su incipiente romance con Winkler. Necesitaba descargar. Fue para ella un alivio que Moss, su viejo amigo, estuviera allí para escucharla.

—He llamado a Jack. Pero está en Ciudad Selva. No he podido hablar con ella... —dijo él, dando a entender que posiblemente Celia se sintiera más a gusto con Jacky, Melissa Jack, para airear sus problemas sentimentales.

Celia le miró con un tierno gesto y dibujó media sonrisa.

—Gracias, Moss. Gracias por venir, eres un amigo.

Moss no supo decir nada. Celia se metió en el baño y salió al rato, vestida con un pijama. Se sentó en el lecho y del cajón de la mesita de la derecha sacó unas pastillas.

—Voy a intentar dormir un poco.

—¿Cuándo sale tu avión?

—Mañana al anochecer —dijo Celia More. Entonces, echó la vista a la ventana para constatar que el sol comenzaba ya a despuntar, y corrigió—. Bueno, hoy, a las ocho y media de la tarde.

—¿Sigues queriendo ir a la Isla de Hidrógeno? Supongo que nadie de Flux&Flow irá...

—No lo sé, ahora sólo quiero descansar e intentar olvidar. ¿Me pasas el vaso, por favor? —dijo Celia con una pastilla en la mano, al tiempo que señalaba la mesilla que estaba al otro lado de la habitación.

Moss caminó lentamente y se inclinó para coger el vaso. A su lado estaba la moneda digital que él le había proporcionado, con *Power* en su interior. La levantó ante sus ojos y se quedó observándola pensativo. Luego miró a More, con la ficha plateada aún en la mano.

—Llévate eso, por favor. No quiero ver más muertes ni desgracias —dijo Celia More desconsolada.

Moss se metió la moneda en el bolsillo y le acercó el vaso con agua.

—Duérmete. Mañana será otro día —dijo—. Quizá te venga bien desconectar en la Isla de Hidrógeno. Yo... yo me quedaré aquí un día más por lo menos. Debo solucionar algunos asuntos con Salazar. Ahora, con esto que ha pasado, la chica necesitará ayuda. Ya sabes... es una integrada...

—Muy bien, Moss. Kristel te lo va a agradecer. Es una niña estupenda. Sufre el arrojito impetuoso de la juventud, pero es brillante. Y tiene un corazón enorme.

—Lo sé.

Moss cerró las cortinas y le dio un beso en la frente a Celia, que ya estaba acostada. Al salir apagó la luz y enfiló el pasillo con la mirada fija en el suelo.

Celia More alcanzó el sueño enseguida, gracias al efecto del fármaco. No recordó apagar su Yoko y éste sonó al poco de dormirse ella. No lo oyó, la pastilla era muy fuerte. Del Yoko salió una luz y, en la oscuridad de la habitación, sobre una bella Celia durmiente, se proyectó un mensaje.

*Estoy de camino a la Tierra. Aterrizamos cerca de la Isla de Hidrógeno. Nuestra isla, nuestra playa. Me encantaría volver a verte. Scott.*

La tarde comenzaba a cubrir los vivos colores primaverales con un velo azul rosado. Grupos de niños con ropas y pieles de tonos dispares jugaban en los jardines del Archivo de Arqueología Industrial; pequeñas risas y alegrías, diminutas algarabías, remolinos de vida e inocencia. Moss pasó caminando lentamente junto a ellos y siguió su andadura hasta el extremo occidental del recinto, frente al río. Allí se paró bajo un árbol, cruzó las piernas y se sentó sobre ellas, con la espalda completamente erguida, en hierática calma. Posó las manos sobre las rodillas y permaneció inmóvil, contemplando la hipnótica corriente que no cesa; el mismo río, aguas diferentes. En la mano tenía Moss la pequeña ficha de metal, la moneda que contenía *Power*. Acariciándola suavemente fue cerrando los ojos y descendió en el Yoko. Capa tras capa, abajo, muy abajo, hasta llegar al atardecer de un paisaje de arenas y dunas, completamente desierto. Moss estaba desnudo, frente a un mar liso como el cielo, dispuesto a volver a ver, por enésima vez, el epílogo de la serie; grabada en su mente híbrida de integrado.

Surgió ante sus ojos una pantalla gigante que se posó en el horizonte y a un gesto de Moss la música comenzó a sonar, tristemente, como un réquiem.

# POWER

---

(epílogo)

El legado de Anna København.

**S**e llamó la Gran Epidemia y nunca se supo muy bien de dónde vino. Sus consecuencias fueron devastadoras. Pasó a ser la mayor catástrofe a la que la especie humana se hubo de enfrentar a lo largo de su dilatada y sangrienta historia. Más del 60% de la población mundial falleció por efecto directo o indirecto de la inhalación del gas E, que rápidamente contaminó el aire. Las propiedades letales del gas habían actuado en los delfines una semana después de haberse visto expuestos a sus nanopartículas programadas; en los humanos, el plazo se redujo a un par de días. Después de aquella tarde en la que las bombonas se abrieron, de aquel día de caos y revueltas en el cual, repentinamente, la gente se desvaneció, víctima de un mareo fulminante, pero inocuo. Después de aquella crítica tarde, las mentes comenzaron a cambiar en un proceso lento, pero palpable, producido por la intervención en la actividad eléctrica de las neuronas, de la neurona espejo. Pero dos jornadas después, vinieron las dificultades: la falta de aire y la disminución de las concentraciones de oxígeno en la sangre. Los problemas pulmonares afectaron a todos aquellos que habían respirado el compuesto bioinformático. En algunos actuó inmediatamente, ahogándoles en la muerte. Otros tuvieron mejor fortuna y sobrevivieron al gas, pero algunos de ellos fallecieron también a causa de los efectos colaterales.

De los cielos cayeron aviones cargados de pasajeros, dirigidos por pilotos muertos. Los trenes descarrilaron, los coches chocaron. La muerte asoló el planeta. Las infecciones y enfermedades que trajeron consigo aquellos millones de cadáveres multiplicaron aún más el número de víctimas. Los delfines, los elefantes, los chimpancés y los perros sufrieron también la sacudida fatal del envenenamiento. El resto de especies no pareció verse afectado por el gas.

Se llamó la Gran Epidemia y no se supo muy bien de dónde vino. El virus informático Skizo había creado tal caos que agudizó exponencialmente las torturas de este infierno. La incomunicación del planeta hizo que todo fuera mucho más complicado. Y también ocultó al gas. Los archivos digitales de las redes se convirtieron en montañas de basura informacional. Los canales de televisión saltaban de un dial a otro sin sentido, mezclando contenidos de todo tipo que pronto se dejarían de emitir; un constante parpadeo de cartas de ajuste tomó su lugar. Nadie supo jamás de dónde vino el mal. Se llamó la Gran Epidemia, la dolorosa y cruel antesala de la Gran Toma de Conciencia, la forzada realización de una utopía global, nacida en sangre. Nunca se conoció la fuente de tal golpe; el Skizo hizo su parte, los anónimos, el resto.

Ante la tragedia, la solidaridad tomó las riendas del comportamiento humano. No hubo robos, ni asesinatos, ni saqueos, ni violaciones, ni actos que no fueran en beneficio de todos. Las personas se ayudaban, se cuidaban y protegían unas a otras. El efecto empático constituía el único rayo de luz en aquel tenebroso mundo plagado de desdichas.

Si el gas E de los anónimos hundió la vida —para dejar tan sólo unos cuantos seres humanos absolutamente empáticos, nadando en un mar de enfermedad y muerte— la creación del Yoko, supuso un proverbial flotador, si bien escaso. Aquellas Islas donde aún no había llegado el Yoko

sufrieron consecuencias similares al resto de las poblaciones, pero aquellas otras que habían recibido el aparato y la red, pudieron protegerse en cuarentena y dar auxilio a multitud de refugiados que huían de las megalópolis y su violencia. La llamada que hizo Anna København a las Islas, desde aquella piscina con los seis delfines muertos, salvó a muchos.

**M**arcus Frasch no sobrevivió a su gas. Encontró la muerte en el estudio, al pie de una Isla en miniatura, tumbado bajo las formas orgánicas a escala de Isla África. Su madre Hildegard vivió para ver morir a sus dos hijos; a Nina y a Marcus. Chester Steiner desapareció en una cárcel y el tío Wolf, Wolfgang Hertz, tuvo graves problemas respiratorios, aunque logró salvarse. La misma suerte corrieron Aldo Sanchís y Anna København.

Aldo sufrió el mareo inicial en el interior de una celda. Junto a él cayeron al suelo los treinta detenidos en las revueltas y todos los policías que los custodiaban en aquella comisaría. Tras el desfallecimiento colectivo, Sanchís sabía que estaba ante una ruleta rusa. Había observado en el laboratorio una célula mutar bajo el microscopio y, tras una visita a la piscina de los delfines, comprobó con espanto lo que pasaba. Eso fue lo que provocó su impaciencia para llegar a aquella reunión de anónimos a la que nunca asistió. Comprendió que la suerte estaba echada, y estaba horrorizado. Pedía a gritos que lo escucharan, pero nadie prestó atención a sus advertencias. Dos días después, llegó la masacre y más tarde, su puesta en libertad y el andar entre cadáveres. Buscó a *Célula* por las calles sin llegar nunca a encontrarla. Se dio por vencido ante la urgencia que la ayuda a otras personas demandaba. Las máscaras de gas eran un bien preciado, aunque poco podían hacer ya por quién hubiera respirado los nanorrobots que porta-



ban las partículas gaseosas. Quien lo hacía era sometido a una «implementación» instantánea; quizá muriese o quizá no. Aldo Sanchís dedicó mucho tiempo a investigar las causas, el porqué unos aguantaban y otros sucumbían. Se devanó los sesos durante años sin llegar a una conclusión satisfactoria, mientras entregaba su tiempo completo a los trabajos de salvamento y a la reconstrucción de una sociedad que nacía nueva.

Habían pasado quince inviernos cuando Sanchís recibió la visita de los dos anónimos gemelos. Le sorprendió verlos. Hacía años que se habían marchado con København a Isla Index. Su presencia ahora le devolvía a Aldo el aroma de otros tiempos, épocas de acción secreta y anonimato que ya eran historia. Los anónimos se habían disuelto. Su implementación total, si bien es cierto que pagando un precio desmesurado, se había llevado a término y ya no era necesaria la existencia de células operativas. Ya no tenían objetivos que transformar, para bien y para mal, todo estaba hecho en ese campo. Sus miembros, como el resto de los comunitarios, destinaron entonces todas sus fatigas a la superación de la catástrofe y a la construcción de un mundo nuevo, erigido sobre una roja tabula rasa.

La atlética pareja rubia, de idénticos músculos y ropa de campaña rotundamente negra, vestía ahora trajes blancos de corte funcional e inmaculado planchado. Aún así, seguían siendo un viejo recuerdo de los años en la sombra. Aldo se encontraba sentado a una mesa del comedor Skinner, en la Isla de Hidrógeno, al lado del laboratorio de bioredes donde colaboraba. Se disponía a cenar en soledad cuando los vio entrar por la puerta y avanzar hacia él.

—Hola, Sanchís —le dijo el hombre en tono mecánico, al tiempo que depositaba en la mesa un pequeño disco.

—Es un mensaje de København —dijo la mujer de hielo.

Como vinieron, se fueron. Dejando a Sanchís con una pregunta en la boca que nunca llegó a pronunciar. Miró disimuladamente a ambos lados y guardó el disco en el bolsillo. Recogió la bandeja, que dejó en la cinta transportadora del mostrador, y salió intrigado hacia el laboratorio, donde ya no quedaba nadie. Allí introdujo el disco en un viejo lector y se acomodó en la silla, con las cejas fruncidas y una duda en la mirada. Pulsó el *play*.

Efectivamente era un vídeo-mensaje de København. Con alguna arruga perdida, pero tersa como antes, su simétrica cara iluminaba la pantalla. Llevaba el pelo recogido en una coleta y el cuello de un mono blanco, con trabillas en los hombros, asomaba por el plano.

Aldo la vio calmada, o quizá cansada. La escuchó atentamente.

—Hola, mi querido Aldo. Te sorprenderá sin duda esta aparición anónima. Sobra decir que este vídeo no debe circular más allá de tus manos. Has de mantenerlo invisible. Tú sabrás hacerlo. Después de tantos años...

Anna miraba fijamente al objetivo, como reflexionando.

—Cuántas vivencias hemos pasado juntos, Aldo, cuánta muerte y cuánto amor hemos entregado, mi querido amigo, a este convulso mundo, cuánto... cuánto... cuánta desgracia, Aldo —los ojos de Anna titilaron, estaba manifiestamente afectada. Miró a su izquierda, de donde provenía la luz natural que le acariciaba el rostro, y prosiguió—. Pero todos los sacrificios, todos los crímenes cometidos, no han resultado en balde. Lo hicimos Aldo, lo hicimos: el espíritu empático por fin reina. La dominación comienza a ser un vago recuerdo del pasado, un pasado que ya nadie quiere recordar. La jerarquías, las delicias del poder y su ejercicio cruel, todo eso, Aldo, ya lo sabes, se ha olvidado, no tiene práctica. Los ejércitos, la policía, las armas están perdiendo su sentido. Hasta las leyes comienzan a carecer de función. «Yo Soy Tú», Aldo, lo oigo por todos lados, esa es la única ley.

»Pero, aún queda mucho por hacer... Debemos limpiar la bioesfera por completo, es una misión urgente, hay que frenar el calentamiento global y devolver el frescor a este planeta enfermo. Todos somos responsables de sus altas fiebres. Fuimos su virus y ahora nos corresponde ser su cura... —København permanecía de nuevo con la vista puesta al frente. Su mirada traspasaba la pantalla, se comía la cámara. La intensidad de su presencia se acentuaba con el ritmo sosegado que otorgaba a las palabras—. Las Islas, mi querido Aldo, las comunidades empáticas... estas pequeñas democracias directas de riqueza distribuida, serán el futuro, porque ya son el presente. Ya no queda nadie en las ciudades, ya lo sabes. El hedor de la violencia es lo único que permanece allí, como el amargo recuerdo de una sociedad desorganizada e injusta. Nuestras pequeñas y tecnológicas comunidades, que han superado los sentimientos nacionales, que se extienden por la red del Yoko como una sola comunidad global, que acogen al individuo en feliz equilibrio con el grupo, esta sana sociedad que ha surgido, por desgracia, como fruto de la muerte, está... podría... —Anna subió el tono—. Debemos luchar por mantener lo que hemos conseguido, Aldo. Ahora no se nos puede escapar. Hay que impedir que la utopía se derrumbe.

Anna København hizo una pausa dramática y continuó con calma.

—Pero yo no lo haré... Has de ser tú, Aldo, quien lo haga... con los nuevos anónimos.

Aldo Sanchís dio un respingo en la silla. No entendía muy bien a dónde quería ir a parar su vieja amiga con aquel discurso, ni porqué le enviaba un vídeo así. Instintivamente, se acercó a la pantalla.

—Yo... yo vine a Isla Index con una sospecha, que, muy a mi pesar, se ha visto confirmada. Aquí, donde se creó el Yoko, un grupo y yo hemos... bueno, hemos seguido trabajando en secreto, usando la fuerza del Yoko, limpiam-

do el rastro y también... en fin, hemos monitorizado a los comunitarios. Sí, ya sé que es una incursión despreciable en la vida de la gente pero... Aldo, se han dado casos... —København bajó la mirada, en un intento por recuperar la fluidez del discurso. Reflexionó un instante y, con ojos penetrantes, continuó—. Hay fallos de implementación, y no me refiero los fallos respiratorios. Eso, por suerte, ya no afecta a nadie. Aldo, son fallos en la empatía. No supone más que un 0,3 % de la población, pero es un riesgo terrible. Es un peligro tremendo el que aún convivamos con individuos sin capacidad empática.

»Hemos detectado casos y... les hemos vuelto a implementar, como antaño. Pero, y esto es lo más triste, la implementación no parece funcionar de ningún modo, la transformación no se produce. Nada. Ningún cambio. Así que... —volvió a mirar hacia abajo—. En fin, no podemos dejar que un pequeño virus se convierta de nuevo en una gran enfermedad. Hemos perdido demasiado en nuestra lucha, el sacrificio ha sido demasiado grande, para dejar ahora que unas pocas manzanas podridas infecten todo el saco, que esos errores biológicos derrumben el pilar de nuestra nueva sociedad: la confianza. No podemos, Aldo, no podemos...

Anna adoptó una expresión inexpresiva.

—Aldo, para esos casos... para ese 0,3%, se deben adoptar medidas drásticas. Esos individuos han de ser eliminados.

Un silencio sepulcral invadió el laboratorio.

—Es terrible amigo mío, pero es necesario, es vital que alguien se ocupe... que haya quien se encargue de salvaguardar la utopía. Y de limpiar el rastro, de esconder cualquier atisbo de violencia. Si algún crimen se produjera, si algún sociópata matara, o violara, o robara, o engañara... Todo eso, viejo amigo, todas esas lacras del pasado no deben ver la luz, han de ser silenciadas. Por el bien de la

confianza, por la empatocracia. Con el Yoko... quien controle el Yoko, Aldo, controlará la información. Una información que ha de ser transparente, libre, un conocimiento que ha de ser crítico, en una sociedad limpia y sana. Pero amigo mío, y esto es lo más difícil, hay que mantener nuestro secreto en una sociedad cristalina... debes hacerlo... debes... yo...

Los ojos de Anna se comenzaron a empañar y una tris-tísima expresión nubló su rostro.

—Yo no puedo más, Aldo. He aguantado todos estos años porque la gente me necesitaba, porque se lo debía al mundo, porque... después de... al haber... cuando... Aldo, jamás me perdonaré haber dicho que sí a la implementación global. Ha sido... fue horrible, una pesadilla que jamás pude soñar. Yo... yo no aguanto más. No soporto más esta carga. Ni puedo seguir... matando. Sí, Aldo, matando, porque es lo que hice, lo que hicimos... Y por desgracia lo que se debe seguir haciendo. Yo... yo no puedo continuar. No puedo, no puedo más.

Las lágrimas de Anna encontraron su espejo en los ojos de Aldo, que no pudo contener la emoción. «Anna... Anna...», susurró para sí. Comenzaba a comprender el porqué de aquel enigmático vídeo.

—Esto es una despedida, mi querido amigo. Aquí se acaba mi viaje. No sientas pena por mí, te lo ruego. Al fin, liberaré mi ser. Te llevaré a ti y a mi amada humanidad en el último pensamiento. Adiós, Aldo, adiós.

Y el vídeo cortó a negro.

Sanchís se echó las manos a la cabeza.

—Anna...

Las ropas de Anna København fueron halladas sobre unas rocas, en la playa occidental de Isla Index, una soleada mañana de octubre. Jamás se encontró su cuerpo, pero

sí unas huellas sobre la arena que conducían al océano, donde, al fin, descansó su atormentado espíritu.

Poco más tarde, Aldo Sanchís abandonaría la Isla de Hidrógeno para partir al Índico, cerca de Isla Index y fundar, junto con otros antiguos anónimos y jóvenes bio-informáticos, una comunidad en la que todos sus miembros votaron la «integración» con el Yoko; todos ellos se implantaron un nano-chip que les permitiría estar siempre conectados y por medio del cual podrían acceder a las diferentes capas misteriosas de la profunda red. Se dieron en llamar la «Comunidad de los 1.000 Integrados».

Aabajo, en las profundidades del Yoko, un extraño ser contemplaba la caída de un sol rojizo tras el horizonte ondulado. Las colinas y dunas, conformadas por carpetas metálicas, respondían con el fulgor de sus brillos a la oblicua incidencia de los rayos solares. Ni un remolino de información se vislumbraba a lo lejos. El paisaje estaba en calma.

Quieto, con la mirada atenta en el ocaso, se alzaba cuatro metros sobre la duna aquel ser digital con alma humana. De sus hombros despegaban metales desproporcionados, sus puños estaban cubiertos por guantes cromados que se escapaban en cortantes láminas sobre los codos. El pecho erguido, también metálico, y las piernas inmensas, compuestas de pura carrocería, engranajes y válvulas. Unas enormes botas con rodilleras le subían, entre brillos esmerilados, más allá del muslo. Coronando esta especie de armadura fabricada con mil ángulos, un casco, diminuto en comparación con el resto

del cuerpo, dejaba ver, entre dos aberturas, los ojos de una persona.

Del horizonte vino, a gran velocidad, otro ser volando. Llegó hasta donde estaba el primero y levantando un gran remolino de carpetas aterrizó junto a él. Armadura negra de curvas cortantes, pechos protegidos con metales oscuros. Su aspecto era similar al del otro, mas las formas de éste delataban un sexo distinto.

—Hola, Moss.

—Hola, Salazar.

Contemplaron en silencio el horizonte.

—Has hecho un buen trabajo, Salazar. Sé que no ha sido fácil.

—Ha sido horrible, Moss, jamás me acostumbraré a esto, yo... yo no creo que pueda volver a matar.

—Quizá no tengas porqué, Salazar. Estos casos, por fortuna, son la excepción, pero cuando surgen... hay que actuar. Es nuestro sino. Tampoco para mí ha sido fácil.

El extraordinario cuerpo metálico de la integrada se giró y en el interior del casco sus ojos verdes brillaron.

—Lo sé, Moss. Es sólo que... No acabo de estar de acuerdo con los procedimientos. Por ejemplo, *Power*. ¿Era necesario que Celia la viera?

—Lo sabes muy bien, es nuestro mito fundacional, y un vehículo de captación. Quería tantear a Celia, quería escuchar lo que pensaba sobre el tema y ver también si llegaría a aguantar la culpa, para poder unirse a nuestra comunidad. Me equivoqué de lleno.

—Por supuesto que te equivocaste, Moss. Ese antiguo proceder... A mí, la verdad, me parece muy arriesgado. ¿Qué pasa si llega a ver el final? ¿Si dudara de nosotros?

—Sabes muy bien, Salazar, o deberías saberlo, que una verdad, contada como ficción exagerada, pierde su



credibilidad. Además, muy pocos son capaces de soportar la violencia de la serie, la mayoría no llegan ni a donde llegó Celia.

—La verdad... la verdad... ¿Cuánto hay de verdad en esa historia, Moss?

—Es nuestro mito y como todos los mitos tiene parte de verdad y parte de... literatura. Hasta el momento ha funcionado, y lo seguirá haciendo.

—Pero, que la tuviera que ver ahora... justo cuando ese... ese... Winkler estuvo a punto de matarla. ¿Por qué ahora?

—Fue así como vinieron dados los hechos. La captación de Celia se había planeado mucho tiempo atrás, antes de que tú te iniciaras. Quisimos aprovechar el proyecto del Tricentenario. Ella es una integrante activa de la Filosofía Moral del Espejo, muy comprometida y organizada. Un buen perfil, todo encajaba, pero... de repente, desapareció Xing Owen y comenzaron las pesquisas. Lo demás ya lo sabes, es donde entras tú y descubres el escondite de ese maldito asesino —Moss hizo una pausa tras pronunciar esta palabra—. Xing Owen no merecía ese final, ni todas esas chicas que encontramos dentro del *Cubo*. Pero Ernesto Winkler...

Kristel Salzar asintió y tras reflexionar un instante volvió a la carga.

—¿Y Barbara Akum? ¿Qué va a pasar con ella? Está destrozada. Y me da la sensación de que sospecha. A punto estuvo de encontrarnos allí... con Winkler...

—No te preocupes por Akum. El AutoPsycho la controla. Nosotros controlamos al AutoPsycho. Se recuperará.

Siguió otro espacio mudo. No quedaba ya rastro del sol y el cielo era ahora un plano negro, sin estrellas y sin luna: la nada, sobre un mar de lomas escamadas.

—¿Preparada para el informe?

—Sí, estoy preparada —dijo Salazar, con la vista perdida en las dunas de metal.

Esperaron.

De pronto, sobre el firmamento apareció una cara de dimensiones colosales.

—Yo Soy Tú —dijo a modo de saludo.

Apareció inmediatamente otra cara descomunal y luego otra, y otra más. Cuantos más rostros surgían, más pequeños se iban haciendo éstos, para dejar espacio a otros más en la cúpula celeste. Las dunas desaparecieron y los dos integrados, enfundados en sus armaduras refulgentes, flotaron en el vacío. La multiplicación de rostros fue formando una enorme esfera alrededor de ellos, gigante como un planeta. Eran los integrados, que se conectaban desde todos los confines de la Tierra. Y seguían y seguían apareciendo, como estrellas luminosas, para pedir respuestas.

Por turnos, Kristel y Moss se cedieron la palabra. Explicaron cómo habían transcurrido los acontecimientos y las decisiones tomadas. A cada pregunta, una cara diminuta se iluminaba y a cada respuesta, un aura de miles de colores envolvía a los informantes acorazados.

Este proceso no duró más de dos horas. Cuando ya no quedaron dudas y todo se hubo aclarado, cuando se hubieron presentado todas las pruebas que justificaban aquella dolorosa misión, un silencio denso, casi sólido, se hizo con el espacio.

Entonces, sin previo aviso y como un rito que sellaba la congregación, la enorme esfera de integrados luminosos y los dos fabulosos seres de armadura digital, pronunciaron al unísono una honda palabra:

««««AMOR»»»»

Los Yokos de todo el mundo vibraron.

En el aire, volando a velocidad de crucero y a 2.000 metros de altitud, vibró el Yoko de Celia More, con un leve, pero profundo temblor. Viajaba en el SunSpeed 020 dirección Isla de Hidrógeno. Supervibró el Yoko, pero Celia no estaba allí, viajaba sí, pero instalada mentalmente en las afueras del avión, con la vista posada en las estrellas.



## **Epílogo gráfico**

*Estimados compañeros del Comité Federal,*

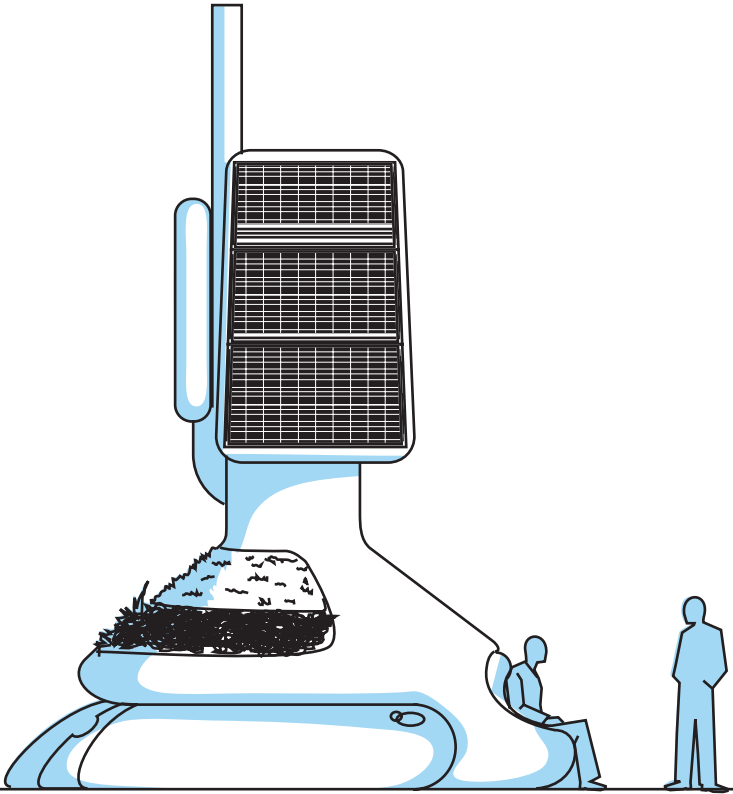
*Como convenimos, se adjuntan aquí algunas imágenes del diseño de experiencia para la conmemoración del Tricentenario de la Gran Transformación, fruto de la estrecha colaboración entre los equipos productivos Flux&Flow y YoSoyTú (YST), y que ha dado como resultado esta miniplanta energética, de fuente solar y almacenamiento en hidrógeno, con jardín macaronésico, estanque y servicios en su base. Como podéis comprobar, se proyecta la reconstrucción de generadores y aparatos de la época, así como el uso de una estética historicista.*

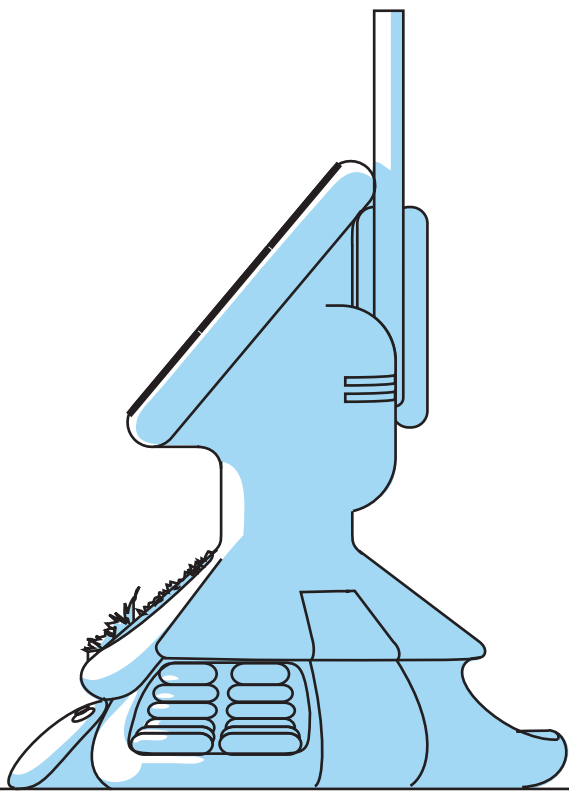
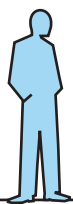
*Los servicios que los comunitarios pueden disfrutar en las tumbonas ubicadas en la base son: el consumo de música, el consumo de información sobre el consumo y el consumo de rayos UVA. Estos servicios, que actúan como signo, están directamente relacionados con los estilos de vida y responden a la idea de “utopía entrópica”, timón conceptual de todo el proyecto (ver texto y memoria de investigación ya enviado).*

*Esperamos que les gusten estos bocetos iniciales que acompañan al 3D que ya tienen en sus Yokos.*

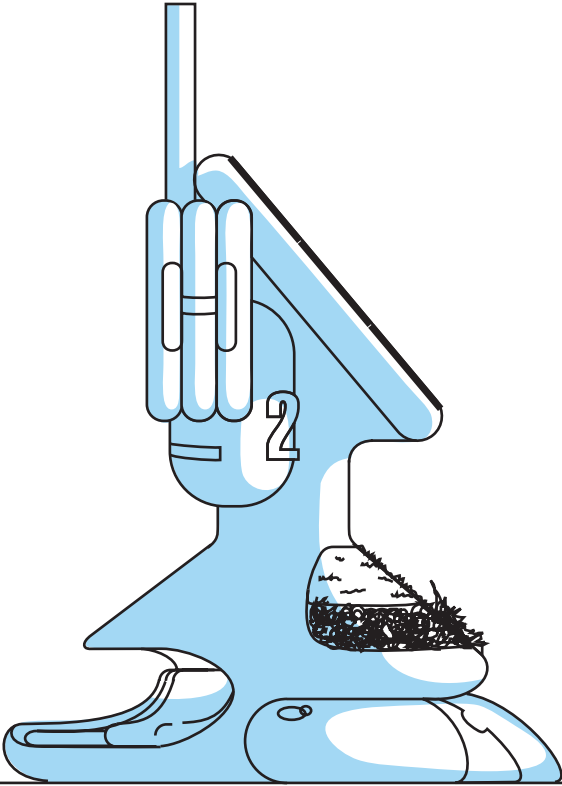
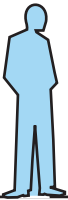
*Quedamos a la espera de sus comentarios.  
Se despide atentamente,*

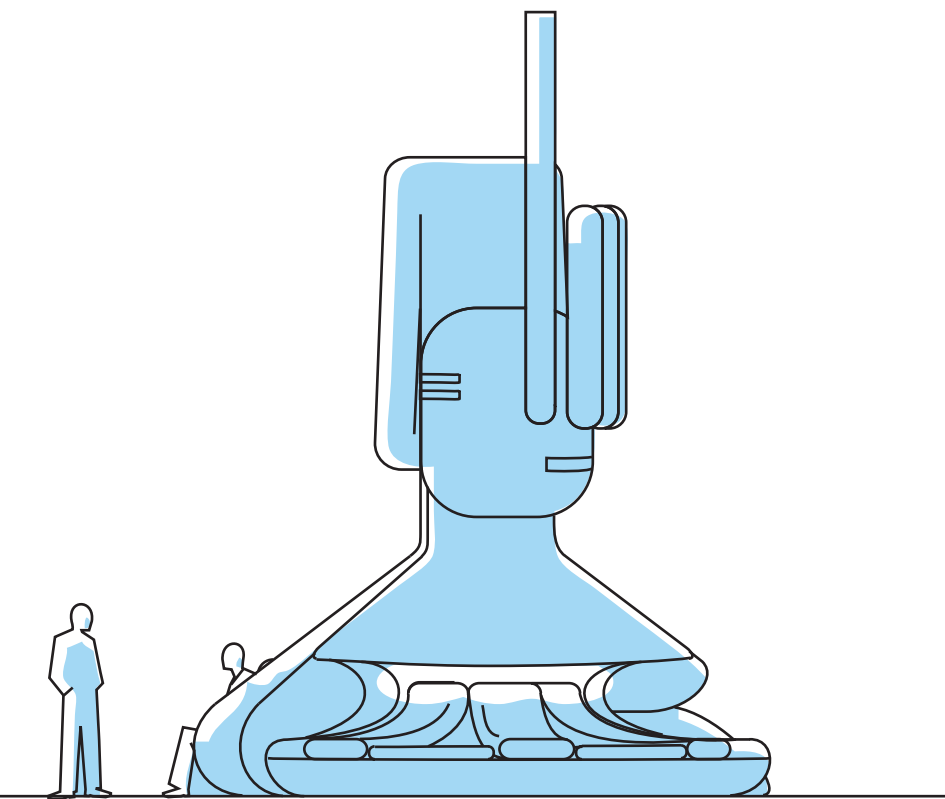
*Melissa Jack  
Diseñadora de Gestión  
YST*













# Agradecimientos

---

Esta obra no se habría escrito sin el apoyo institucional que el Ministerio de Cultura y la AECID han prestado a todo el proyecto *La Isla de Hidrógeno*. Pero tampoco hubiera sido creada si no dispusiéramos de un legado literario al que es de rigor rendir ahora un homenaje. Para occidente, la imagen de una sociedad ideal tiene su cuna en la *República* de Platón, pero, sin duda, la *Utopía* de Thomas More, autor al que se le debe la misma invención de palabra ‘utopía’, será aquella que instaure una tradición. De un modo más tenue, pero presentes en nuestra memoria, se hallan también las utopías renacentistas que siguieron a la de More, escritas por Francis Bacon y Tommaso Campanella. También las utopías socialistas del XIX, entre las cuales merece especial mención *News from Nowhere* de William Morris, pues inicia una línea en la que se entronca nuestro trabajo, aquella donde el artista-teórico se compromete con una visión ideal de la sociedad por medio de la palabra. Nuestro contemporáneo Liam Gillick y su novela abstracta *Literally No Place* supone la continuación de este imaginar utópico en tiempos post-utópicos. Compartimos con él la inclusión de una novela en el contexto del arte contemporáneo y la importancia que ciertos aspectos de la utopía *Walden Two* de B.F. Skinner toman en ambas propuestas.

El título de nuestro proyecto, que aboga por una economía del hidrógeno, tiene una deuda adquirida con el controvertido Jeremy Rifkin, y así queda patente de forma explícita en varios pasajes de esta novela. Cuando la mitad de nuestro relato ya estaba escrito, cayó en nuestras manos el último libro

de este autor, *La civilización empática*, que vino a confirmar el vínculo de los intereses sociales y morales que nos unen a él. El concepto de *empatía*, como una idea de la política, llevaba años inscrito en el corazón de nuestro colectivo, y así lo atestigua el nombre de nuestra pequeña editorial (Empatía) con la que hemos venido editando diversos ensayos y proyectos. Como quiera que sea, vaya para Rifkin nuestro más sincero agradecimiento. Y también sobre éste y otros aspectos, para un autor menos conocido: W. Warren Wagar, cuyo *A short history of the future* nos abrió las puertas a reflexionar sobre una sociedad utópica garantizada por el comportamiento empático.

Pensará el lector que *La Isla de Hidrógeno* no constituye exactamente una utopía y que, en cierto modo, supone una visión distópica. Sin embargo, si tuviéramos que poner como ejemplo de anti-utopía a *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, donde la aparente felicidad se cimienta sobre una sociedad de castas altamente desinformada, nuestra propuesta no sería tampoco una distopía, sino una utopía por la que se ha de pagar un alto precio, una *utopía entrópica*. En este sentido, queremos rendir homenaje también a la novela negra sueca y sus maestros Stieg Larsson, Arne Dahl, Ening Mankell, Åsa Larsson o Camilla Läckberg, cuyo trabajo supone, a nuestros ojos, una crítica sagaz de la única utopía en vida, la sociedad escandinava. Estas auténticas distopías, donde la literatura de entretenimiento se une a la crítica social, han significado para nosotros un referente de peso a la hora de experimentar

con la fusión de la literatura utópica, típicamente dialogada y sin excesiva intriga o acción, con la novela de suspense. Y aquí, debemos reconocer en nuestra trama el uso de la estrategia cinematográfica denominada *la bomba bajo la mesa*, con la que el gran Alfred Hitchcock, en respuesta a las agudas cuestiones planteadas por François Truffaut, explicaba su idea de suspense. No quisiéramos cerrar tampoco este reconocimiento a la obra de grandes autores sin recordar la prosa poética de F. Scott Fitzgerald, que tantos momentos de placer estético nos ha brindado. El lector informado hallará en *La Isla de Hidrógeno* múltiples referencias a otros autores procedentes del campo de la filosofía, la sociología, la antropología, la economía política o la historia del arte, mas no quedaría espacio suficiente en esta sección para citar la influencia de todos ellos en nuestra obra, aún así, nuestro eterno reconocimiento; nuestra modesta obra no sería nada sin su influjo.

Queremos agradecer su inestimable tarea a los primeros lectores del borrador: José María Durán, Sonia Mauricio, José Luis Corazón Ardura, Raquel Moreno, Pepe Medina y Cristina Anglada. Los comentarios, recomendaciones y correcciones que de todos ellos hemos recibido han sido de incalculable valor. No obstante, los posibles errores que estas páginas pudieran contener no han de atribuirse en modo alguno a su atenta mirada, sino que han de ser tomados como una responsabilidad ante la que tan sólo nosotros, como autores y editores, debemos responder.

Quisiéramos extender nuestro agradecimiento a aquellos medios y personas que han confiado en nuestra obra literaria otorgándonos un espacio en el que desarrollar nuestras teorías y críticas. A Pablo España y Aitor Méndez de *contraindicaciones.net*, a Avelino Sala de la revista *Sublime*, a Rubén y Ramón de *Neo 2*, (que publicó nuestra primera, si bien brevísima, narración), al Seminario Atlántico de Pensamiento y su director Antonio González, a Guillermo García-Alcalde y Javier Durán del periódico *La Provincia* de Las Palmas G.C. y a Roberto Moreira Junior de la revista brasileña *Recibo* que editó un primer extracto de la novela en portugués.

Dar las gracias igualmente al asesoramiento técnico del Instituto Tecnológico de Canarias y a su director de proyectos Gonzalo Piernavieja. A Marco Brosolo por componer la deliciosa música del proyecto, a Naone por su excelente trabajo de vídeo y 3D. A nuestras galerías Espacio Líquido, Blanca Soto y Trama por su continuado apoyo. A Enrique Ramírez, sin su respaldo no hubiera sido posible escribir. Y a Ulf Saupe, Miguel Cereceda, Chus García-Fraile, Begoña Suso y Carlos Amavisca, José María Benítez, José Otero, Ubay Murillo, Laura Santana, Virginia García, Ana Rico-Bornay, Mariola Azores, Emiliano González, Mercedes García, Javier Rejón, Josechu Dávila, Ana Bueno, Nacho y Estrella, Alfonso Ónega, Blanca De la Torre, Alejandro Vitaubet, José Ruíz, Clara Muñoz y Ruthy Ruthy por su amistad.

Y por último, a nuestras familias, cuyo apoyo y amor incondicional son la base de todo nuestro trabajo.

